



AÑO 8.

NÚM. 91

LA
ESPAÑA MODERNA

Director: JOSÉ LÁZARO

—
JULIO 1896
—

MADRID

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE A. AVRIAL

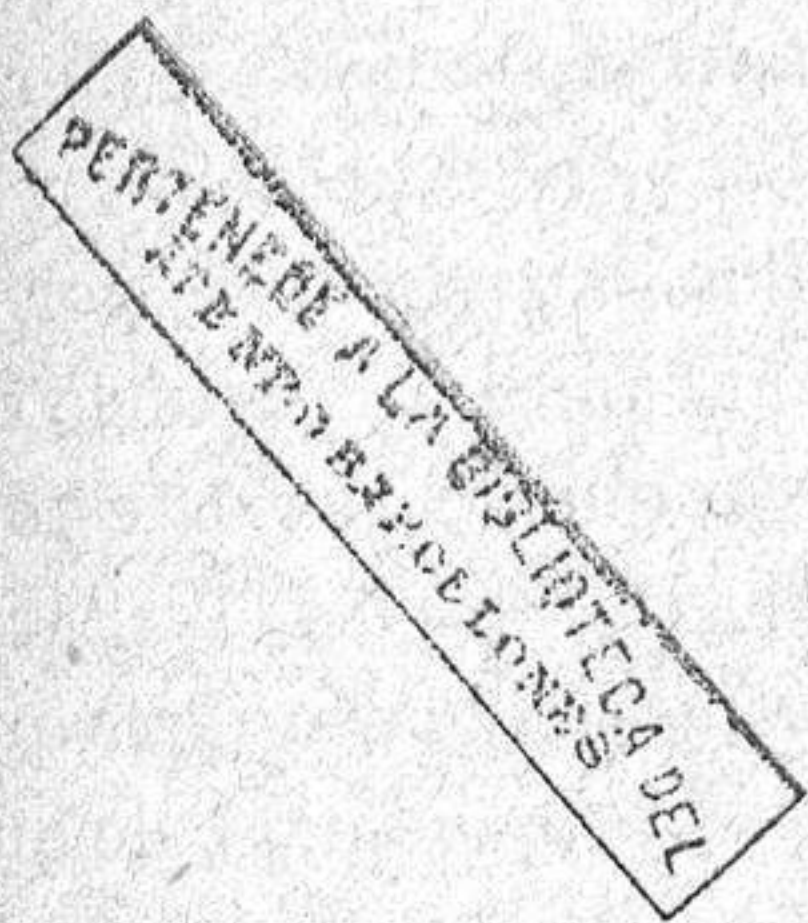
1.797.—*San Bernardo, 92.*

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director de LA ESPAÑA MODERNA.

LA REGENERACIÓN DEL TEATRO ESPAÑOL

Escribo por el arte que inventaron
los que el vulgar aplauso pretendieron,
porque, como las paga el vulgo, es justo
hablarle en necio para darle gusto.

(LOPE DE VEGA, en su *Arte nuevo de
hacer comedias.*)



Desde hace algún tiempo se observan corrientes, si no del todo nuevas, renovadas, en la actual literatura dramática española y en la crítica de ella. Se estudia, con nuevo espíritu, nuestro castizo y glorioso teatro y á la vez el contemporáneo de las demás naciones europeas, estudios ambos que han de concurrir á un mismo fin.

En las notas subsiguientes empiezo por recordar brevísimamente al lector lo que de sobra sabe, la historia de nuestro teatro, pues en su historia es donde ha de aprenderse su naturaleza. Es una perogrullada la de que el teatro precediera á la dramaturgia, como la oratoria á la retórica y á la astronomía los astros, pero hay que repetir á diario las perogrulladas que por saberse *de sobra*, de puro sabidas se olvidan. Repensar los más molidos lugares comunes es la más honda filosofía y el único modo de apagar su maleficio. «Se lo sabe de corrido, como el *Padre nuestro*», se dice, y aún no sabemos el *Padre nuestro*, sino *de corrido*. Preocupados en convertir lo reflexivo en automático, descuidamos hacer reflexivo y conciente

lo automático é inconciente; cuidando convertir el progreso en tradición, abandonamos el hacer de la tradición progreso.

Una vez que el lector haya repasado en su memoria la historia de nuestro teatro, puede fijarse en los males que hoy éste sufre, y examinar luego las tendencias nuevas, *forma* de la regeneración, y la vida dramática del pueblo español actual, *fondo* de ella.

A inducirle á que se haga tales reflexiones, no á enseñarle cosa alguna, van enderezadas las páginas siguientes, meros puntos de un programa razonado. Se escribe de sobra y á quien quiera vivir le queda apenas tiempo para leer, por lo cual no debo abusar del lector empeñándome en instruirle en lato desarrollo y ordenado sistema de lo que acerca de esto ó de lo otro pienso... ¿qué le importa? Deseo tan sólo excitarle á que repase sus ideas y las repiense, convencido de que lo que realmente se aprende se saca siempre de propio fondo, de que con la realidad toda llevamos en los senos oscuros de la mente la sabiduría potencial. Si el lector al contacto de estas deshilvanadas notas siente resucitar en su entendimiento un concepto, uno solo y propio suyo, y lo vivifica, habré cumplido con el deber á que me obligo al escribir, y es lo bastante.

* * *

Algo, muy breve, de historia.

Al acabar con el imperio cesáreo el mundo antiguo y hundirse su fábrica ostensible y aparatosa, se alza el pueblo (*populus*) sin historia, la omnipotente masa en cuyo seno se elabora y cumple la evolución del paganismo al cristianismo, aún hoy no perfecta. Nunca se interrumpió en los pueblos europeos la tradición antigua ni hay en su vida soluciones de continuidad. Su curso, como el del Guadiana, se oculta á las veces bajo el suelo de la historia, pero sigue cursando. El Re-

nacimiento, con flujos y reflujos, acciones latentes y patentes, fué continuo y persistente. Mientras se olvidaba el latín clásico, cayendo en bárbara jerga de torpe imitación, el popular, de que aquel brotara, el *sermo vulgaris*, palpitaba vigoroso en los romances, que en sus entrañas llevaban la potencia toda del primero. Y como con la lengua sucedió con todo; mientras al imperio romano, escindido, sucedían la Iglesia y un nuevo imperio, y al romanismo, el catolicismo que de él retoñó al fomento del espíritu cristiano.

El teatro siguió el curso general, pareció haber muerto y renacer de nuevo en doble origen, religioso y profano, ambos populares. Del origen religioso del drama moderno abundan pruebas, y ricas noticias acerca de las representaciones en los templos, por los clérigos mismos no pocas veces, en días de solemne fiesta. ¿Quién no ha oído hablar de los *misterios*? Y no hay menos datos de los orígenes profanos de nuestro teatro en viejos mimos y pantomimas. Es cosa también puesta en claro la continua y recíproca mutualidad de ambos elementos, profano y religioso, que llegó á punto de haberse compuesto el *Cristo paciente*, atribuido á San Gregorio Nacianceno, con versos de Eurípides y Licofrón (1).

Arrojadas por los concilios las representaciones escénicas, á causa de excesos y liviandades, de los templos, pasaron á escenarios improvisados, al aire libre, en tablados ó carros, para fijarse más tarde en corrales que administraban piadosas hermandades y cofradías en beneficio de enfermos y desvalidos.

En el pueblo se conservaron vivas las tradiciones y las fuentes vivas literarias, de la vida dramática coetánea sacaba la suya el drama. Por ministerio del pueblo revivió el teatro á lozana vida.

(1) Acerca de todo esto, véase la «Historia de la literatura y del arte dramático en España» de A. F. Schack. No es lo más nuevecito, es cierto, pero es de lo mejor y de lo más accesible.

La vida toda del teatro español se concentra en el juego mutuo y la lucha entre el elemento popular y el erudito, lucha que acaba con el triunfo del primero, bien que modificado, y no poco, por el segundo. Cuando las dos tendencias se unen y el proceso docto informa al vulgar tomando de él materia y alma, el drama sube en excelencia, pero siempre que los doctos se apartan del pueblo, caen ellos en el cultivo de vaciedades muertas y el pueblo en recrearse con truculentos disparates, porque la escisión del pueblo en espontáneo y reflejo, su disgregación interna, lo polariza en mandarinato de un lado y de otro populacho.

Pero el elemento popular, mejor ó peor informado, es la sustancia vivífica de nuestro teatro y la raíz de su grandeza. Nació de humildes gérmenes que aún pueden estudiarse en vivo, porque así como subsisten junto á los más elevados mamíferos organismos representantes de la gástrula embrionaria de que brotan, así quedan hoy verdaderos dramas gástrulas. No son otra cosa el romance que recita el ciego por las plazas acompañándose de violín y mostrando en su cartel decoración incipiente, ni son otra cosa los villancicos y los nacimientos de noche buena y las farsas de los pueblos (1). Y en la esfera litúrgica quedan las antífonas, uno de los óvulos de las representaciones simbólicas de que se valían los sacerdotes para enseñar al pueblo, y ¿quién no recuerda la honda

(1) Recientemente invadió á Alemania la moda de ir á presenciar representaciones populares de la Pasión, análogas á las medio evales, á pueblos rurales donde se conservaban, como en Oberammergau. En España se representa en muchos pueblos, y hasta en las Provincias Vascongadas (en Elorrio y en Anzuola, por lo menos que yo sepa, y por cierto en graciosísimo castellano chapurrado la relación en el segundo) en días señalados batallas entre moros y cristianos, ú homenaje de aquéllos á éstos. Y nadie se cuida de ir recogiendo este riquísimo material de estudio. *El folk-lore* está aquí más muerto que en parte alguna; ni la lengua, ni el derecho, ni la literatura, ni las supersticiones, ni nada del pueblo se rebusca, ó investiga; el estudio libresco lo absorbe todo.

impresión que de niño nos produjera el solemne recitado de la Pasión en cadenciosos diálogos en la Misa de Jueves Santo?

De aquellos humildes gérmenes de representaciones escénicas populares, ya religiosas, ya profanas, surgió nuestro teatro. El llamado por antonomasia Renacimiento, ó más bien los Renacimientos, pues hubo más de uno, momentos críticos del renacimiento continuo, aquel despertar de la memoria reflexiva que volvía al pasado, olvidándose no poco de que el pasado lo llevaba en sí, en el presente, produjo acciones de la conciencia refleja del pueblo, cuyo órgano pueden ser los doctos, sobre su conciencia espontánea, encauzándola á las veces, empobreciéndola casi siempre.

A fines del siglo XIV, en los reinados de Enrique II, Juan I y Enrique III padeció España un ataque de eruditismo, ministrado, sobre todo, por los marqueses de Villena y Santillana y Juan de Mena, y eternizado en el *Cancionero de Baena*. Y en tanto que ahondaban su distancia al pueblo, dramatizaba éste, empezando á sacar su teatro de donde todo gran teatro ha salido, de la epopeya.

De la epopeya, escrita ó no, ha surgido todo gran teatro. El griego se alimentó de las leyendas del ciclo troyano sobre todo, y el español de nuestras rapsodias, los romances.

El romance, que precedía á toda representación en tiempo de Lope de Rueda y que Maese Pedro representaba con sus muñecos ante Don Quijote, se hizo drama. Y se hizo drama la epopeya viva del pueblo español, la de la reconquista.

Volvió el pueblo, pasado el aluvión cortesano de Juan II y recogido su poso aprovechable, á tomar el desquite, y en tiempo de los Reyes Católicos empezó á robustecerse el teatro, por ser popular, nacional.

En Juan de la Cueva se manifiesta la doble corriente de nuestro teatro, pues que acudió «al caudal clásico erudito, sacando á escena á Mucio Escévola, Ajax, Virginia, á la vez que de los viejos romances, copiándolos á la letra á las veces, tomó el cerco de Zamora, las leyendas de Bernardo del Car-

pio, de los Siete Infantes de Lara, y ahogada la tragedia clásica por sufragio popular, sube el teatro español á su verdadero culmen con Lope de Vega.

Había vivido España vigorosa y desbordante vida dramática en el siglo XVI, en Italia, en Flandes, en América, y aquel nuestro pueblo de aventureros, retirado á sí, empieza á convertir la acción cumplida en idea, pero en idea activa, en idea que en acción se vierte, desbordando, en el teatro, lo hondamente popular de la vida artística española.

El teatro es, en efecto, la expresión más genuina de la conciencia colectiva del pueblo; nace con la épica y la lírica populares, cuando aún se ostentan estas en unidad indiferenciada (1), y lleva á escena la vida dramática del pueblo, sus tradiciones y la gloria de su historia.

El fondo de que se nutrió nuestro teatro fué riquísimo y popular ó popularizado, y aún siendo tan rico, los asuntos se repiten en las tablas como buscando por tanteos su expresión más adecuada, la forma única de revestimiento. Cualquiera que conozca, siquiera un poco, nuestro teatro, sabe de sobra cómo se repiten en él los temas y argumentos; cómo más de uno ha recorrido de poeta en poeta hasta nuestros días; cómo abundan los arreglos, refundiciones é imitaciones, qué frecuente es en él el plagio. Pero no son muchos los que penetran hasta lo hondo la significación de este fenómeno, mucho más frecuente en la dramática que en otra cualquiera producción literaria.

(1) Acaso huelgue advertir lo superficial que es discutir acerca del orden genético de los llamados géneros literarios, porque apenas queda quien no sepa que no precede uno á otro, sino que surgen los tres de una primitiva unidad más ó menos homogénea é indiferenciada, que en potencia los contiene, y siguen luego accionando y reaccionando entre sí en íntima reciprocidad. Conviene también recordar lo vago de la distinción entre ellos, y que la lírica popular suele confundirse en lo épico, por ser expresión de sentimientos colectivos y no de pasiones individuales. Hay una lírica objetiva, por contradictorio que esto parezca á primera vista. Y basta de nota.

El teatro es algo colectivo, es donde el público interviene más y el poeta menos. En un tiempo, en el tiempo de vigor juvenil, las condiciones de la publicación eran muy diferentes de las de hoy; un drama permanecía en manuscrito mucho más que hoy y muchísimo más sujeto á continua revisión y enmienda, para las que daba sugerencias cada representación nueva. De la comparación de las ediciones del *Hamlet* resalta la manera que tenía de reformar Shakespeare hasta sus obras más personales y preciadas. Y aquí, ¿quién sabe hasta dónde llegó la influencia de aquellas honradas masas de *mosqueteros del paraíso*, definidores casi inapelables, de aquellos zapateros críticos que obligaron á Lope á que, ahogando su conciencia refleja y la superfetación erudita de ésta, les hablara en necio con la sublime necesidad del genio más radicalmente popular?

El drama se hacía representándose, como todo lo verdaderamente vivo por adaptación selectiva y trasmisión hereditaria; el drama era hijo del pueblo y productor de grandes ingenios, que no éstos de él. Lo grande, lo glorioso y profundo aquí fué el drama, no el dramaturgo. ¿Qué hacía éste, sino sacar á aquel, sin grande esfuerzo, del opulento fondo de las tradiciones vivas del pueblo? No eran, como hoy suelen ser, meras invenciones del autor, invenciones infecundas, eran engendros de generación sexuada, hijos de la robusta matriz de la fantasía colectiva.

Nuestra dramática llegó á su ápice con «Lope de Vega todopoderoso, poeta del cielo y de la tierra», ídolo del pueblo, héroe verdadero, arte él mismo, que fué, como se ha dicho, una fuerza natural, en cuanto lo es un pueblo, porque fué todo un pueblo. Sus comedias son de la naturaleza y no de la industria, porque un pueblo es la verdadera naturaleza humana (1).

(1) La frase entrecomillada es de un *símbolo de la fe que ha de tener á la poesía el apóstata de ella* de que habla el índice de la Inquisición de 1647. El que él mismo fuera arte (*ipse sit ars*) y que sus obras son de la naturaleza y no de la industria, con otros elogios que en su tiempo se

Riquísimo como pueblo, como éste sereno y grave hasta en la burla, hondamente serio, en él se sumergió y á él le puso ante los ojos la historia nacional y la vida de los campos. En Calderón lo nacional domina á lo popular y aun lo ahoga, la conciencia refleja á la espontánea, simboliza á su casta, no como Lope en su contenido todo, sino más bien en sus caracteres diferenciales, el *yo* reflejo colectivo sofoca mucho al pueblo espontáneo. Lope, como Cervantes, es ciudadano del mundo (1).

Después de Lope continuó la vida del teatro español, vivificado por el espíritu popular, decadente cuando éste languidece, cuando se vigoriza vigoroso, grande cuando ha sido voz del pueblo y cuando todos eran pueblo, mar de hermosura. Las vicisitudes de nuestro teatro son las del popularismo en España, y su decadencia actual efecto del abismo que separa á nuestros literatos de nuestro pueblo. Hoy es reflejo del público que lo mantiene.

*
* *

Los males del teatro español actual.

A diario casi se denuncian los complejos males de la actual literatura dramática española, males comunes unos á la ge-

le tributaron, y revelan la *idolatría* verdadera que se le tuvo, puede verse en Schack.

Obsérvese cómo se dice hoy en tono ponderativo de algo enorme: «eso sería un pueblo.»

(1) Claro está que en Calderón hay sustancia popular, como accidente nacional en Lope; pero en aquél la individualización por *via remotiois*, por exclusión, es dominante. En esta misma Revista, en el número de Abril de 1895, tomo LXXVI, hice reflexiones acerca de Calderón en este respecto, en el tercero de los cinco artículos que bajo el título común de «En torno del casticismo» me hizo la Revista la gracia de publicar. El presente ensayo es en esencia consecuencia y secuela de aquellos.

neral nuestra y al mismo ingenio español, otros privativos de la de hoy; no pocas enfermedades del teatro moderno en todos los países y muchos resultado del concurso y conjunción de pestes endémicas en nuestra literatura española con otras epidémicas europeas.

El mal que más se denuncia es la difusión hipertrófica del género chico y la vacuidad de éste. No ha mucho que un crítico juiciosísimo, de conciencia y sinceridad verdaderas, *Zeda*, escribía en *El Imparcial* (13 Octubre 1895):

«Si como hay manuales de cocina los hubiera de hacer comedias, la receta correspondiente á la manera de confeccionar los *juguetes* cómicos podría redactarse en estos ó parecidos términos: Reúnanse con un pretexto cualquiera, ó sin él, cinco ó seis polichinelas que no tengan de persona más que la figura; métase entre ellos un sujeto, cuanto más grotesco mejor; imagínese una equivocación cualquiera; dérivense de ella otras, sean ó no posibles; hágase hablar á los personajes de tal manera que cada palabra ofrezca dos ó tres sentidos á cual más disparatado; sosténgase esta quisicosa durante cuarenta minutos en las tablas del escenario, y puede apostarse doble contra sencillo á que el público aplaude á rabiar y se desternilla de risa.

»Copias de tipos reales, observación de costumbres, situaciones verdaderamente cómicas, frases atinadas, lógica, verosimilitud... ¿Quién se atreve á pedir semejantes gollerías? Nosotros—dicen los espectadores—venimos á reirnos al teatro, y con tal de conseguir este objeto, poco importa lo demás, Los autores, por su parte (hay excepciones, aunque pocas), repiten aquello de «Pues lo paga...» y todos tan contentos.»

El padecimiento de nuestro teatro que aquí se señala es en gran parte obra de nuestro ingenio nacional que ve la realidad en discreto y mosaico, caleidoscópicamente, á cachos, es obra del mismo temperamento que lleva á nuestros autores de artículos festivos á hacerlos ensartando chistes sin unidad orgánica, incapaces, al parecer, de que surjan los chistes del

artículo mismo, como flores de una mata, y mucho más incapaces, por lo que se ve, de hacer artículo chistoso sin chistes, con gracia difusa y de conjunto que se derrame suavemente por sus partes todas.

Con sus defectos y todo el género chico es lo que queda de más vivo y más real, y en los sainetes es donde se ha refugiado algo del espíritu popular que animó á nuestro teatro glorioso. El género grande vive divorciado del pueblo, sin penetrar en su vida dramática, atento á esas casuísticas del adulterio que aquí á nadie interesan de veras y que son de torpe importación.

El pueblo abandona el teatro y se va á los toros, por ofrecerle éstos representación más dramática y más viva; entre las corridas de toros y las representaciones escénicas existe una verdadera concurrencia industrial (1), fenómeno que merece ser estudiado. El pueblo se va á los toros ó á otras diversiones ó no va á parte alguna, y las personas de más elevada cultura tampoco van al teatro, y en realidad no van porque son también pueblo, porque á él vuelve toda cultura honda y de meollo.

El teatro no vive ya del pueblo ni busca sustento en las entrañas de éste; vive de sí mismo.

Todo el mundo sabe lo que va en pintura del estudio del natural á la copia de los modelos, y cuán inagotable fuente de males es la de que los artistas pinten en vez de la realidad visible otros cuadros, cayendo así en el cromo. Este y no otro es hoy en España el mal mayor del teatro, el convencionalismo del cromo teatral. Fórmanse los autores dramáticos en el teatro y á él sacan el mundo teatral; es el teatro teatro de teatro, una muerte, y peste que se agrava cuando se escribe para tal ac-

(1) Llaman los economistas concurrencia industrial á la que se establece entre productores de productos diversos y cuyo efecto es ajustar al coste la remuneración, y comercial á la que se establece entre vendedores del mismo producto, siendo su efecto nivelar los precios.

tor ó actriz, mal ya antiguo, puesto que Cervantes lo denunciaba (en el capítulo XLVIII de la primera parte del *Quijote*), y según todas las apariencias, nada menos que en Lope.

Al teatro, que languidece por querer nutrirse de sustancia propia, no le queda otra salvación que bajar de las tablas y volver al pueblo. Conviene en ocasiones tales la irrupción en escena de algún *bárbaro* que ahuyente al público no pueblo, un azote de todo convencionalismo. No importa que fracase; ha abierto vereda por donde pueden pasar los dramas no teatrales. Sí, dramas no teatrales. A nadie extrañaría que un crítico recomendara á un actor el que no declamase teatralmente, y no debe extrañar que se sostenga que el teatro tiene que renunciar á lo teatral para nutrirse de lo de fuera de él. ¡Que no se diga al ver un drama: eso sólo pasa en las tablas!

Dramaturgos y público y críticos están teatralizados; no respiran aire libre. Ni el dramaturgo es poeta, verdadero poeta en el rigor íntimo de su sentido, ni el público es apenas pueblo como lo era en los gloriosos tiempos en que el divino Lope hablaba á los mosqueteros en necio para darles gusto.



El autor, el público y el pueblo y la crítica.

El autor y el público se hacen y rehacen uno á otro en la atmósfera confinada del teatro, y la crítica bendice y atestigua su infecundo enlace. ¡Qué tiempos para el teatro aquellos en que un ingenio salido del pueblo y que en él se chapuzaba hasta la coronilla, después de haber vivido vida dramática sacaba á escena tradiciones y leyendas arrancadas á las entrañas del pueblo mismo! Hoy al autor suele abrumarle educación libresca, ha pasado por él la peste de nuestro bachillerismo, y suele ir al teatro formado en el teatro mismo. Salen de

la cervecería, del café, de la academia ó ateneo, de la redacción de un periódico, de una estufa cualquiera donde se han despopularizado; tratan y se comunican los unos con los otros; viven á oscuras de la vida honda, no la conocen, ni la ven.

Si se acercan al pueblo es *a posteriori*, en vista del argumento, con segunda intención literaria, para aprovecharlo cual materia dramatizable, mero *caput mortuum*, tomándolo cual rana ó conejillo de Indias de fisiólogo. «¡Qué asunto!» exclaman, como un industrial «¡qué negocio!» y ¡es claro! así sale ello, como tiene que salir cuando el propósito de hacer drama precede á lo dramatizable. Son de los que decía Schopenhauer que piensan para escribir y no escriben porque han pensado. Esta es la raíz de todas las preocupaciones que esterilizan su labor.

Hay que repetirlo; en nuestro glorioso teatro, el drama se hacía solo, por ministerio del pueblo, y hacía á los autores; la materia popular informábase por virtud propia en la fantasía del poeta dramático.

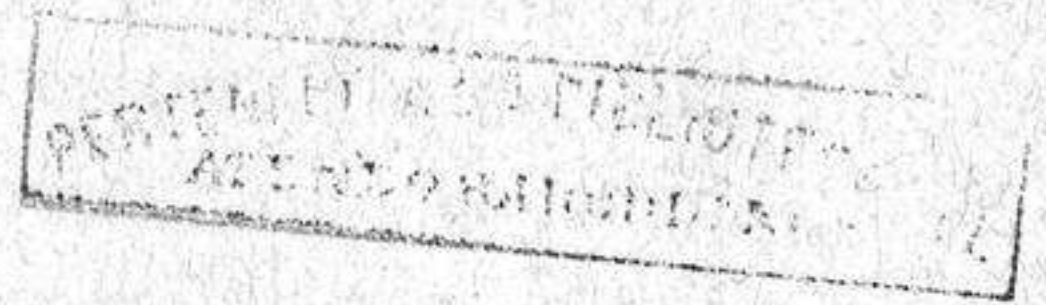
Y, ¿qué les importa á los nuestros el pueblo, si no escriben para él sino para el público, que es quien les paga? Porque el público no es sino parte del pueblo y la más artificiosa de él, apenas es pueblo; el público no representa á la totalidad, on es representativo ni mucho menos. Como se habla del público de los estrenos puede hablarse del de los teatros, no mucho más numeroso, y del público de cada teatro en la corte. Tal diferenciación es raíz de todo mal en arte. El público se forma como el autor en el teatro mismo y va á ver lo teatral, es la quinta esencia del espíritu de rutina y convención hipócrita. Va al teatro á hacer la cocción y ver caras bonitas, á reirse y olvidar luego aquello de que se rió; todo latigazo moral le corta los horrores de la digestión.

La prensa sólo se ocupa con alguna detención de lo que se escribe para ese público, que es el mismo de la prensa. Donde el público tiene algo de pueblo, como en Novedades, no interesa á lo que se llama neciamente el *todo Madrid*.

Entre ese público y esos autores se interpone la crítica que Galdós fustigaba achacándole vicios que no son de ella sino que son de todos nosotros, de nuestra sociedad. Esa crítica es verdadera y genuina representación del público, es informativa ó dogmatizadora, *impresionista* á las veces, *crítica* casi nunca. Ni por asomo se le ocurre indagar por qué gusta un drama cuando gusta, por qué desagrada cuando lo rechazan, ó da la noticia del éxito ó el fracaso, ó define aprobando ó condenando, no estudia la suerte de la obra, ni ahonda en la impresión colectiva. Hay veces en que el crítico, oponiéndose al veredicto del público, insinúa lo de que el vulgo es necio, pero no ve el abismo de enseñanzas que abre el estudio de esa necesidad (1).

Tal vez para forzar el argumento exagere yo un poco, pero en el fondo los aquí denunciados, son los males de público, crítica y autores dramáticos. ¿Cuál es el remedio?

*
* *



Tendencias nuevas ó, más bien, renovadas.

Predican algunos la vuelta á nuestros clásicos castizos y un repaso más de nuestro teatro; otros el estudio hondo de las tendencias modernas en la literatura dramática; los juiciosos, y en esto lo son casi todos, una y otra cosa á la vez. Por un lado Ibsen, por otro Calderón; lo sensato juntarlos. Tal vez

(1) La crítica al día, de lo palpitante hoy, es la que verdaderamente exige jugoso vigor mental, empapamiento de vida y sólida preparación, porque la otra, la llamada alta crítica, la que se hace sobre producciones *ya juzgadas* por otros, suele reducirse á crítica mediata, á crítica de críticas, suele ser labor de alquimia en que los alambiques y retortas de la erudición, más ó menos viva, hacen el principal gasto. Con algún talento asimilatorio y leerse algunas críticas de las más juiciosas y hondas acerca de tal ó cual producción, basta hojearla por encima para hablar ó escribir de ella con toda discreción y sin temor á desbarrar.

no sea la sociedad noruega actual más desemejante á la nuestra que la pasada sociedad española, que si con ésta nos une la sucesión, con aquélla la coexistencia. La estructura económico-social de nuestra actual sociedad española, estructura que forma la verdadera base de las variaciones en el carácter de un pueblo, es más análoga acaso á la estructura económico-social de la actual sociedad noruega que á la de nuestro pueblo de los siglos XVI y XVII.

Útiles, indispensables tal vez, son los *lunes clásicos*, necesario re-vivir la vida de nuestro teatro y no menos necesario abrir el pecho á lo moderno; pero lo esencial es zahondar en el popularismo actual, no nacional sólo, internacional sobre todo, cosmopolita. Hay que chapuzarse en pueblo, plasma germinativo, raíz de la continuidad humana en espacio y tiempo, sustancia que nos une con nuestros remotos antepasados y nuestros lejanos contemporáneos, fuente de toda fuerza (1).

Ahora se agita eso que llaman tendencias nuevas y se revuelve en el teatro el realismo, y se vuelve á la tesis y al simbolismo dramático. ¡Tendencias nuevas! sí, nuevas... y no nuevas, porque tan verdad es que nada hay nuevo bajo el sol como que no metemos dos veces los pies en el mismo arroyo. Junto al misoneísmo tenemos la neomanía, hermana gemela de aquél, porque la moda es una forma de la rutina, la rutina en el cambio. Modernismo no es modernidad, lo eternamente moderno es verdaderamente eterno. Hay una frase estúpida que es como la consigna de la modernistería, y es la que á troche y moche espetan los que «están al corriente» de la moda, los que viven *al día*, cuando pronuncian: «eso está

(1) Desde que me puse á escribir estas reflexiones he venido pensando que puede el lector interrumpírmelas á cada paso para decir: «¿y qué es el pueblo de que tanto hablas? ¡defínelo!» No, no lo defino, porque definirlo es falsearlo; sólo se *define* las figuras geométricas. Con un poco de buena voluntad, bien claro se ve lo que es el pueblo, *populus*, que sustenta los pueblos y hace y deshace las naciones.

mandado recoger.» Este es el santo y seña del esnobismo, que se burla de nuestra hermosa y castiza cursilería.

Mas dejando estos escarceos, vengamos á lo de las tendencias nuevas en el teatro, y en primer lugar al realismo.

Pocas cosas han ocasionado, con grandísimos y numerosos beneficios, mayores daños á la pintura, que la fotografia, ó mejor dicho, el fotografismo. Su influencia es tal que se extiende á todo arte, pues por todas partes va haciendo estragos el pseudo-impresionismo y la condenada instantánea. Tómase por lo sumo de la realidad total la fotografia instantánea sin pensar que el ojo humano es algo más que una cámara oscura. Se sabe de sobra que en el ojo se funden instantes sucesivos, se sobreponen imágenes consecutivas, y se verifica verdadera síntesis psíquica y combinatoria de impresiones en nuestro sensorio. Esto se sabe *de sobra*, y por eso se olvida. A todas horas se nos muestran *realidades* análogas á la realidad del agua de un globo lleno de oxígeno é hidrógeno en mescolanza, y los que nos las muestran saben de sobra la doctrina abstracta (1). Sabiéndola de sobra les lleva la verdadera pedantería á procurar dejar turulato al hortera, lo que los franceses llaman *épater le bourgeois*, oponiendo la realidad objetiva, aprendida más en libros que en laboratorios, á la psi-

(1) Hoy es muy conocido el cinetoscopio (y no kinetoscopio, porque no se escribe kefálico, kenobita, kíklope, kilindro, kítara, kinamomo, kítrico, etc., etc.), aparato en que fundiéndose en la retina las imágenes sucesivas de un curso rápido de instantáneas representativas de sucesivos momentos del movimiento complejo de un objeto cualquiera, se engendra con maravillosa verdad la impresión del tal movimiento, impresión psíquicamente mas real que cada una de las instantáneas. Y sin embargo de esto, se persiste en pintar con instantáneas sin discernimiento, como si alguien pintara una rueda en reposo en coche en marcha, y si no véase los caballos á toda carrera que se pintan.

Por de contado las instantáneas son de poderoso auxilio para el pintor, como *datos componentes* y fuente de estudios, y como gimnasia para educar la vista y corregir ilusiones ópticas. La vista misma evoluciona en la especie humana, es cierto, pero hay que entender la evolución y no querer adelantarse á ella.

quica, como cuando el bachiller afirma muy serio y tiritando en cruda noche de helada que el frío no existe.

Sí, ya sé que los realistas esos han leído el capítulo de Spencer sobre el realismo trasfigurado, y que saben por Zola que el arte es la realidad «vista á través de un temperamento.» Pero esto es letra muerta cuando el temperamento es bachilleresco con arlequinado dominó de modernista.

¿Y el realismo en el teatro? El teatro vivo sale del pueblo, y á él se dirige: ante el pueblo, ó cuando menos ante un público, se representa el drama, para suretina colectiva. Y es claro, que para que el drama sea drama y guste ha de estar visto con retina colectiva, con una participación de la vista colectiva. El novelista lucha con cien, con mil lectores, uno á uno, con cien ó mil conciencias individuales y las vence una á una; mil conciencias individuales sumadas no dan más que una sola conciencia individual. El dramaturgo lucha con una conciencia colectiva, verdadera síntesis combinatoria de conciencias individuales, ha de vencerlos no ya á todos juntos, al conjunto (1). El teatro hay que verlo á través del pueblo y por verlo así fué grande Lope; un pueblo entero él mismo, como lo es siempre el genio, ministro de la espontaneización de lo reflejo y conciencia individualizada del pueblo.

En la visión popular tiene su raíz todo el llamado convencionalismo del teatro. Mientras se creyó que el lenguaje ha surgido de convención humana, que es un volapük construido por el pueblo en una especie de pacto lingüístico, no hubo filología científica posible; mientras queden rastros de la vieja

(1) La doctrina de la conciencia colectiva, frase metafórica después de todo, no tiene nada de lo que algunos llaman metafísico. En el individuo puede estar una cualidad ó complejo de cualidades, *b*, contenida por las demas, y si se unen los individuos *bacd*, *befg*, *bhij*, *blmn*, etc., en su unión y juego mutuo se engendra *bⁿacdefghijklmn...* en que el carácter *b*, *secundario tal vez en cada uno*, es el predominante. Creo basta para indicar la idea esta imperfectísima y tosca mostración esquemática. La muchedumbre suele ser un verdadero compuesto social, como los químicos, y hasta hay isomerías en ella.

concepción *convencionalista* del teatro no hay salvación verdadera para el drama. No es convención el que las cosas guarden en escena entre sí las mismas relaciones que en la realidad guardan, por mucho que varíen los elementos relacionados de como la realidad nos los da. Anticonvencionalismos hay profundamente convencionales (1), porque convención es todo lo que se saca de conciencia refleja, de razón racionante, de silogismo, y no lo que brota de conciencia espontánea.

El convencionalismo terrible es la invasión en el teatro de la *hechología* porque si de algo carece el hechólogo de toda laya es del sentido dramático de la realidad.

Con el realismo ha vuelto al teatro otra cuestión tan vieja y tan nueva como ella, la de la tesis, que en el fondo se reduce á la de la moralidad.

¿Será preciso acaso repetir una vez más que todo arte, como toda realidad, es docente, que todo argumento si es vivo y real es tesis por ser tesis la realidad viva misma? Si la obra genial no envejece es por ser, como la realidad misma, eternamente docente, y educativa siempre. El teatro es docente, escuela de costumbres por ser espejo de ellas, y para enseñar al pueblo hay que aprender primero de él, como para domar á las fuerzas naturales precisase primero someter á su estudio la mente. Son las fuerzas mismas naturales las que, por ministerio del hombre, se aplican á la mecánica artificiosa; es el

(1) Sirva de ejemplo cierta engañosa naturalidad en el diálogo que se logra á costa de que no lo oigan en el paraíso los que para oirlo pagan. Porque si á dos personas que están conversando familiarmente se les hace alzar la voz de manera que les oiga un concurso entero y numeroso, al variar la intensidad varía por fuerza la cualidad ó entonación de la voz. En nuestros teatros se ve que los actores modernistas sacrifican á las veces la intensidad á la naturalidad de la voz, defraudando así en provecho de los que tienen cerca los intereses de los espectadores lejanos. «¡Más alto!» gritan del paraíso entre los siseos de la cazuela, á esos actores naturalistas y no naturales, y tienen razón los paradisiacos.

pueblo mismo quien por mediación del poeta, verdadero *medium*, se ve y conoce en el teatro.

La tesis está en la cabeza de quien contempla la realidad, pero ésta la ofrece siempre á quien la contempla con cariño. Una noche serena enseña astronomía, y es una verdad siempre la de que *coeli enarrant gloriam Dei*, traducida á una ú otra lengua. Donde no hay tesis no hay realidad. El valor del poeta estriba en acentuar con la realidad su tesis, en poner de relieve las voces de las cosas, en despejar la incógnita y sacar á toda luz la tesis, que es la hermosura de las cosas mismas. Si el espíritu humano llegara á ver en todas y en cada una de ellas, y en sus partes y en su conjunto total verdadera tesis, aparecerían totalmente hermosas y la hermosura una con la bondad y la verdad, identificadas con el ser mismo; porque el espíritu purificado lo purifica todo y el ojo luminoso ilumina cuanto ve.

El fondo verdadero de la tesis es la moralidad. Sostener que el teatro ha de ser amoral (ni moral ni inmoral) en sí, es sostener que el verdadero universo, el dramático, el que llevamos en el alma, el universo psíquico, es amoral. En fin de cuenta, la honda misión del arte, su misión moral, consiste en preservar esa realidad de la acción corrosiva de la realidad de la ciencia imperfecta, en tanto va ésta, á medida que se perfecciona, fundiéndose con aquélla en las entrañas del espíritu humano.

El artista es moral por fuerza, y su moralidad, buena ó mala, tiñe su visión y empapa su obra.

Hay otro aspecto de moralidad en el teatro, y es que éste sirve de liberador de pasiones. Así como es una ley física la de la convertibilidad mutua del calor y el movimiento, su identidad esencial, lo es psicológica y análoga á la física, la de la convertibilidad de la acción y la idea, la identidad esencial de la sensación y el movimiento. Pensar es obrar; tan acción es la interiorizada como la exteriorizada; todo movimiento que se complica y surge en forma de idea lo hace á cambio de

acción exterior, y nadie ignora que un exceso de ideación paraliza los actos, como un exceso de éstos amengua el curso de las ideas. Artistas ha habido que se han libertado de alguna obsesión perniciosa, trasladándola á obra artística, así se purificaba Goethe. ¡Cuántos hombres educados doman al brutal salvaje que duerme en el seno de todos, y dan salida á no extinguidos criminales instintos describiendo crímenes! Y lo que sucede con un hombre sucede con una muchedumbre; la impresión trágica es, en virtud de la ley psicológica precitada, una impresión liberadora (1).

¡Liberar de pasiones! Pero ¿qué es la moralidad para ese público, apestado de gazmoñería, que se asusta de ver en escena *El Castigo sin venganza*, y se precipita á presenciar vistas de causas públicas desnudas de todo velo artístico?

Otra característica de las tendencias modernas es la irrupción en el teatro del psicologismo y de las psicologuerías con él.

Naturalísimo es que en el teatro se tire á mostrar la realidad total y el interior de las almas, que no siempre se revelan

(1) Certísimo es, por otra parte, que hay impresiones que solicitan á la acción y mueven los afectos, aspecto en que se fijan los rigoristas que combaten el teatro, olvidándose del otro aspecto, del expuesto arriba. No es difícil, sin embargo, con algún estudio discernir qué impresiones y en qué circunstancias mueven á acción y cuáles la descargan. La impresión trágica, que tan bien estudió Schopenhauer, es de esta última clase.

Un amigo mío, desdeñador y aborrecedor del teatro, al que acusa de enmuellecer los espíritus, defiende las corridas de toros como espectáculo trágico liberador de los instintos sanguinarios de nuestro pueblo. Y recuerdo que en cierta ocasión le mostraba un espectáculo vicariante de las corridas, una sustitución de ellas, recordándole las famosas corridas que en el circo de Parish daba el clown Tony Gryce, y cómo oí á un espectador, que al salir decía: «¡Bah! Ya no voy mañana á la corrida; me he puesto ronco de gritar.»

al exterior, que se quiera mostrar á los oyentes el fondo de la conciencia de los protagonistas porque no hay tiempo para que con sus actos la patenticen por entero. No á otra cosa conducen los monólogos y es á la vez tal necesidad la justificación de las apariciones todas de fantasmas y de todo lo maravilloso en escena. Pero junto á esto ha empezado á hacer estragos en el arte dramático el psicologismo.

La psicología se reduce hoy en general al estudio de los fenómenos psíquicos, de los estados de conciencia, más bien que extenderse al de los individuos concretos; apenas balbuce lo que Stuart Mill llamó *etologia*, la ciencia del carácter. La psicología en su grado y fase actual desindividualiza, muestra en vez de almas (complejos concretos de estados de conciencias) tejidos de fenómenos anímicos, y sobre todo, nos presenta al hombre promedio típico, á verdaderas abstracciones, no á realidades concretas (1).

(1) Aún apenas ha empezado á bosquejarse la síntesis psicológica, estamos todavía en el análisis, que ha'iendo adelantado muchísimo en pocos años, tiene que adelantar mucho aún. Y como á algunos artistas se les ha subido el cerebro á la mollera y no aciertan á dar paso sin agarrarse del nombre de Wundt, de Ribot, de James ó de Münsterberg, venga ó no á pelo, conviene indicar hasta qué punto es hoy aprovechable por el arte la psicología. Tal vez el flaco mayor de Zola, soberano artista cuando habla *en necio*, ó en romántico, sea su psicología tosca, su obsesión de claudio bernardismo superficial, que le lleva á trazar un cuadro genealógico de sus personajes, siguiendo en él á Próspero Lucas, y que luego se revela en lo endeble de sus personajes junto á lo vigoroso de las masas populares, que pinta con honda verdad por ser él mismo un pueblo. En un tiempo los autores sin visión genial presentaban bajo el nombre de un avaro la avaricia, el concepto abstracto, y hoy han progresado, presentando, no ya la avaricia, sino el avaro tipo, el promedio sacado de una pirámide de datos, una abstracción más perfecta y detallada, con más elementos concretos, pero abstracción al fin y al cabo. Zola nos presenta en *L'assommoir* á un borracho típico, *construido* de datos sacados de memorias clínicas, lo cual no es en el fondo mas que presentar la borrachera personificada. Claro está que como la abstracción naturalista procede de mayor cantidad de documentos y datos, y estos más precisos, tiene más elemento concreto y produce mayor ilusión de realidad viva, pero no lo es. Realidades vivas, tomadas en vivo de la realidad objetiva, chorreando vi-

Todo teatro grande es psicología espontánea, como la realidad misma; en los dramas no debe haber psicología sino psique, alma. El teatro de Shakespeare, el de Lope, el de Calderón mismo, enseñan psicología, como la enseña la realidad misma (1). El valor de la psicología, como de todo conocimiento de lo real, es en el arte enseñar á ver, á intuir, pero ¡ay del que sin ampliar su espíritu se lo llena de fórmulas! Cuando una doctrina ha sido olvidada y ha descendido al fondo de la mente, donde forma cuerpo con ella, es cuando es viva y fecunda, y da fruto artístico; entonces es parte orgánica de nuestra conciencia.

Con el psicologismo vuelve al teatro, remozado y vigorizado en baño de mayor realidad, el espíritu que informó nuestros autos sacramentales y los dramas alegóricos, vuelve en otra forma, y bienvenido sea, el drama de conceptos. Bienvenido, sí, porque los conceptos tienen, como los hombres, vida

da, nos las presentan los artistas geniales, sean antiguos ó modernos. Todo lo que no sea ver en intuición es pura abstracción y alquimia, sáquese de la ideología escolástica ó de la psico-fisiología.

Otro absurdo del mismo jaez es llevar el determinismo científico al arte, donde sólo produce monigotes, porque en la infinita complejidad de lo concreto é individual, no cabe que veamos lo determinado como tal, y así resultan fantoches todos esos personajes cuyos actos se prevén. Hay fantoches de admirable mecanismo, como muchos de Stendhal, pero fantoches con algún que otro arranque vivo.

La función artística de la psicología es educar la visión del artista, enseñarle á ver, afinarle la retina mental. Cuando en una obra de arte aparece en la superficie psicología técnica, irreducida á intuición, es que sólo está en la superficie. La experiencia enseña que el que cita en obras de arte nervios, acciones reflejas, psicosis, abulias, etc., etc., sólo las ha visto en libro.

(1) No es mera impertinencia la de hacer notar que es un disparate el llamar fenómenos psicológicos á los psíquicos y sociológicos á los sociales. Y no es impertinencia por ser tal disparate síntoma inconciente de un error en que se cae á cada paso, y es el de confundir la ciencia con la realidad y dar á aquélla valor objetivo distinto de el de ésta, como cuando se dice que la ciencia *dice ó enseña* esto ó lo otro. De hecho, hay gentes que discurren como si los libros guiaran y dirigieran las cosas, como si la fisiología hubiera inventado la digestión.

interior y dramática y alma; un concepto es una persona ideal llena de historia y de intra-historia. No son ya las viejas alegorías en sus formas antiguas, la justicia, la gracia, el pecado, el alma, la razón, la fe, el mundo, el demonio y la carne, el tiempo... no son ya alegorías, sino conceptos más concretos y encarnados, pero son como los viejos, verbo hecho carne, símbolos. El simbolismo ha venido con la comprensión del dinamismo de las ideas, con la ideología dinámica. El simbolismo ibseniano es la resurrección del alegorismo antiguo á nueva vida.

La Vida es sueño ó *El Condenado por desconfiado* sacaron á tablas hecho carne el verbo teológico popular de entonces, conceptos de fe; hoy hay que ir á buscar los símbolos rebosantes de vida al fondo del pueblo donde hay fe, porque vivimos en una época de fe, de honda fe.

Y con el simbolismo, esfuerzo del verdadero espíritu dramático por desasirse de sus mantillas, viene la expresión de lo indeterminado é inorganizado, de lo que escapa á los hechólogos que ven toda realidad en visión caleidoscópica, ó á través de libros, etiquetada en fórmulas.

*
* *

El teatro popular y el nacional.

Todas las tendencias apuntadas concurrirán á la reforma del teatro, pero su verdadera regeneración está en que vuelva á ser lo que fué, en que se sumerja en su primitiva é íntima esencia, sofocada por el ámbito histórico; en que se remoce al contacto de su propio plasma germinativo, en que torne á ser popular.

Y aquí conviene hacer notar que no faltan doctos conocedores del proceso de nuestro teatro castizo, clásico y popular, convencidos de que aquél nació del pueblo, pero que no por

eso ven al pueblo de hoy, que no les llega depurado á través del arte, y no viéndole, ó le creen muerto ó inferior al pasado. Enamorados estos doctos de los que entonces pelearon por el popularismo y lo entronizaron, pelean hoy ellos por aquel popularismo antiguo contra el moderno, por el que lo fué contra el que lo es. ¡Cómo se prendan del pueblo de Lope no pocos que sienten secreta é instintiva aversión al pueblo vivo y palpitante hoy, que lo desconocen! Es la eterna canción, el empeño por re-encerrar á la mariposa para que rejuvenezca en el capullo en que se encerró cuando gusano, sin esperar á que ponga huevos y el gusano sea otro y otro el capullo.

Popular no es lo mismo que nacional. El pueblo es en esencia cosmopolita y lo nacional, cuando más, forma de lo popular, forma representativa de caracteres diferenciales, individuales. Esto cuando más; que de ordinario es, en su mayor parte, sólo forma de parte sólo del pueblo. El héroe popular de nuestro teatro es Lope, el nacional Calderón (1); aquél más rico, más espontáneo y más inorganizado; éste más pobre, más reflejo y más preciso.

Hubo un tiempo en que la labor de los pueblos ó de los pastores y miembros reflejos de ellos fué la formación de las grandes nacionalidades, la integración de la anarquía medioeval; á ello se reducía la historia. Y entonces el teatro, reflejo de la vida dramática del pueblo, fué nacional. Ya el gigantesco Esquilo, genio arrebatado de la locura dramática, nos presenta grandes dramas históricos, *Los Siete contra Tebas*, *Los Persas*, en que la masa es el protagonista. Es el drama de la individuación del pueblo griego. Nuestro Cervantes llevó al teatro su *Numancia*, y con los dramas históricos sólo de Lope podría componerse una historia dramática de España hasta su

(1) Claro está, lo repito, que ni Lope dejaba de ser nacional, sino más hondamente nacional acaso que Calderón, intra-nacional que diría algo bárbaramente, ni á Calderón le faltó espíritu popular; pero la cosa no es tan oscura.

tiempo. Dramas históricos reventando vida abundan en nuestro teatro; modelo de ellos aquel vigoroso cuadro de *Las mocedades del Cid*, en que palpita la nación castellana entera. La serie de dramas históricos de Shakespeare es acaso lo que más raíces le da en el pueblo inglés. Goethe llevó al teatro un pueblo vivo con su «Goetz de Berlichingen», en que se ve la agonía de Alemania feudal; y Schiller hizo desfilarse la guerra de los treinta años en la portentosa tragedia de *Wallenstein*. Dramas son todos ellos poderosísimos é imperecederos, mil veces más grandes que los infortunios de cualquier adúltera vulgar, porque es irremediable la vulgaridad del adulterio.

El teatro, recogiendo de la conciencia popular el sentimiento patriótico en formación, se lo devolvía reflejo, le mostraba la labor de su alma misma, provocando así el ulterior desarrollo del sentimiento mismo; la voz directa y el eco se acordaban en uno para acrecentarse mutuamente y pulir en su armónico acorde las esperanzas de una y de otro.

Del pueblo, masa relativamente homogénea, origen y fuente de donde toda la diferenciación surge y adonde vuelve para resucitar en incesante palingenesia, plasma germinativo de las naciones y raíz de su inmortalidad, principio de la continuidad en espacio y tiempo de las naciones todas, del pueblo brotó el drama, del coro.

El coro era en el drama antiguo compacto, indiferenciado, verdadera masa homogénea en que á lo sumo se dibuja embrionaria oposición de semi-coros. Luego, á medida que la vida individual toma significación y relieve dentro de la colectiva, con el individualismo social creciente, desciende el coro á comparsa y acúsase más el relieve de los protagonistas, del protagonista al cabo, que suele llegar á ser uno (1).

(1) En Calderón, v. gr., el coro se ha reducido, como sugiere é indica Schak, al gracioso, á menudo estorbadizo y de pegote, y la acción, empobrecida, se nos ofrece sencillísima, con pocos personajes, llena de monólogos.

Y hoy parece que quiere resucitar el coro, surgiendo de la multiplicación de personajes, pero coro de integración, no la masa antigua indiferenciada, coro resultante de muchedumbre de protagonistas concordados. Dibújase ya el coro moderno en *Los Tejedores*, de Hauptmann, robusta pintura de aquella dramática revolución de los tejedores de Silesia, que cantó Enrique Heine y dramatizó antes que Hauptmann Freiligrath (1).

Y á la vez que vislumbramos el advenimiento del coro redivivo y remozado, el teatro mismo, que tomado en amplísimo sentido representa el fondo primero de donde brotaron diferenciándose las artes, y en la literaria la épica y la lírica, volverá á reunir las en poderosa síntesis como tal vez fundirá de nuevo lo profano con lo religioso (2).

Nuestro teatro clásico puede y debe darnos orientación para el sentido nacional español, sentido aún no agotado ni mucho menos, pero hay que decirlo frente á todas las patrioterías en que ofician tantos escritores, el popularismo se impondrá aquí y en todo el mundo culto al nacionalismo, remozándolo y regenerándolo. La honda patria, la ideal, el reino que radicando aquí no es de este mundo, ha de ahogar al mezquino producto histórico que lleva tal nombre. El concepto y el sentimiento de patria sufren honda crisis á duras penas velada por hipócritas convencionalismos é intereses egoístas y estrechas con-

(1) Para cuando vuelvan á ponerse en moda filosofías hoy «trasnochadas» y «mandadas recoger», puede decirse que en el teatro antiguo se nos muestra el coro en tesis, en el moderno en la antítesis de personajes, y que el futuro volverá al coro, pero al coro sintético; lo cual en otra lengua, menos pasada de moda, quiere decir que á la diferenciación del homogéneo coro antiguo sucederá la integración en él de lo diferenciado. En ese carácter del coro antiguo en oposición al coro que se esboza en obras como la de Hauptmann se ve la diferencia del socialismo antiguo al venidero, integración de la diferenciación individualista.

(2) De las más hondas concepciones wagnerianas es á la vez que la de la tragedia, tomada en mucho de Schopenhauer, la de la integración de las artes todas en el teatro y la del carácter religioso de éste. Aún no ha influido Wagner lo que debiera fuera de la música.

cepciones suicidas. Hoy la religión es inmensamente más popular que la patria, y tienen religión aún los que de todas abominan.

El pueblo va recobrando fuerza y adquiriendo conciencia de sí en el regionalismo y el internacionalismo crecientes de día en día, movimientos paralelos y al fin de cuenta convergentes. El sentimiento de la patria ha de regenerarse y hacerse fecundo de nuevos frutos, como se fecundan las células orgánicas, por polarización del núcleo, por lo que se llama en embriología carioquinesis. El concepto de patria se está polarizando; en efecto, tira de un lado la patria chica, de campanario, la sensitiva, de impresión directa, y de otro la gran patria humana, la intelectual. Y así que se fundan en uno y mutuamente se fecunden en el espíritu la patria chica y la gran patria surgirá la patria completa y pura, la de los hombres emancipados de la tierra.

España también ha entrado en esta crisis regenerativa del patriotismo, y los literatos no lo saben en general, y sigue la prensa soplando en el viejo clarín y oficiando en el culto á la patria de los terratenientes. Y ¡es claro! así no se vuelve al pueblo que no ha estudiado historia de España, pero que lleva en su seno la sustancia viva de esa historia, y sólo se piensa en el público ávido de chismes. ¡Qué tesoros ignorados guarda aún para el pensador y el poeta el pueblo! ¡Qué mundo dramático en sus entrañas! Pero ¿cómo han de verlo los que, hundidos hasta el cogote en la prosa ritmoide de una vida galvánica, repiten á diario la enorme simpleza de que vivimos en una edad de prosa?

Y no sólo no ven los abismos de vida que palpitan gigantesca y terriblemente debajo de la historia, tampoco ven ésta. Id donde uno de nuestros literatos jóvenes salido de alguna redacción donde toda política se ve á luz de gas y en parlamentos y *meetings* é *interviews* y telegramas, y decidle que hay un venero dramático en lo hondo de las querellas de íntegros, leales y mestizos, en las peregrinaciones y romerías, en el apedreo

de procesiones, en la historia de nuestras guerras civiles, en la Mano Negra, y no os entenderán del todo. Son cosas de provincias que no llegan á ese *todo Madrid*, que de nada se entera.

Galdós ha intentado llevar á escena el coro futuro en su *Gerona*, drama nacionalista. ¡Ah! si en un marco como el de Gerona hubiera puesto, dándole la vida que tiene *Realidad*, el pensamiento inicial de *La de San Quintín*, drama de endeble alegorismo y de un simbolismo ultra-esquemático y candidísimo en que se ven los hilos todos del reverso del tapiz! ¡qué drama popular si hubiera hecho eso! O si hubiera llevado á las tablas su *León Roch*, su *Doña Perfecta*, su *Gloria*, lo mejor de su ingenio acaso, lo más fresco sin duda, lo que le brotaba de la conciencia espontánea antes de que diera en el zumbido de las correas sin fin novelescas.

Quieren los ingenios bien intencionados que nuestro teatro sea español, europeo y contemporáneo, y esto sólo se encuentra en el pueblo. Cuando se toca á sus fibras sensibles, responde. Nuestro pueblo aplaudió con delirio al Marcial de *La Pasionaria*, y no por aquellas sus chabacanas patrioterías de la bandera roja y gualda, sino por sus arranques insurreccionales. Y el que aplaudía era pueblo entre el público, el que va cada año, religiosamente, á ver el *misterio* moderno del día de difuntos, al Tenorio desafiando toda autoridad. Hay que ver en el paraíso á los *mosqueteros* de hoy presos en el encanto de un *Don Alvaro*, de todo insurrecto, hay que verles en Novedades aplaudir *El Pan del pobre*, un melodrama declamatorio (también esto trasnochado) que dicen los verdaderos cursis. En tanto el público menos pueblo va á hacer la digestión oyendo insulseces acromadas.

Y no son pasiones malsanas las que mueven á ese pueblo que aplaude al insurrecto, no, es un pueblo sumiso y resignado, va el pobre á liberarse allí.

Así, mientras se hace el pueblo y en su inmensa conciencia empieza á transformarse la patria, siguen los autores rumiando su dramaturgia de escuela, atentos al público que les

paga, y obsesionados con el todo Madrid, público mezquino, sin acordarse del popular ni aun del español, del público de provincias, incluso el del Madrid-provincia.

La salvación está, una vez más, en volver á hablar en necio, con la sublime necesidad con que Lope hablaba á los mosqueteros de los corrales y desde los carros de los cómicos de la legua al pueblo de los campos.

El fondo del problema y para concluir, un sueño.

Demos que todo eso esté bien—podría contestar un empresario, si tuviera tiempo que perder leyendo estas cosas—todo eso está bien; pero el teatro popular ¿produciría rendimientos? Y los autores podrían inquirir también si es que el pueblo les había de dar lo que el público hoy les da.

Cuando Lope hablaba en necio le pagaba el vulgo, en honores á idolatría más que en dinero; en dinero ó cosa que lo valiera pagaban entonces los reyes y los grandes al artista. Ya he dicho que en los heroicos tiempos del teatro era éste superior á los ingenios que lo cultivaban, no había el dramaturgo cobrado la importancia malsana que hoy se da, importancia derivada de la triste necesidad de acreditar la firma.

Teatro popular es teatro para todos, porque el pueblo, *populus*, lo componen todos, es el conjunto orgánico. Y si el teatro no es popular es pura y sencillamente porque se escribe para quien paga y parece que sólo lo paga el *público*. El empresario, he aquí el microbio del arte dramático.

Hemos llegado al último fondo del problema, al nucleolo de su núcleo, á su *ultima ratio*, que es la razón económica. En el fondo de todo problema literario y aun estético, se halla, como en el fondo de todo lo humano, una base económica y un alma religiosa. El económico y el religioso son, en acción y reacción mutuas, los factores cardinales de la historia huma-

na, el cuerpo y el alma de todo ideal vivo, nacido de la unión sustancial de esos factores. De la panza sale la danza y de la fe la mística.

Los críticos é investigadores de literatura que, bien comidos y bien bebidos, sin cuidarse de su vestido más que los lirios del valle del suyo, ni más de su pan que del suyo los pajarillos del aire, no buscan las razones económicas de los procesos literarios, no ven la verdadera realidad, como no la ven los que desdeñan el problema teológico que Proudhon señalaba en el fondo de todo tema.

La economía es la lógica material, la fe el ideal de toda cuestión (1).

La literatura, el arte y la ciencia misma se sustentan y arraigan en la estructura económica; raíces económicas tiene la literatura mandarinesca que padecemos, razones económicas explican nuestro teatro, y por esto no se le puede culpar á autor alguno. En contaduría es donde puede ahondarse los elementos de nuestra dramaturgia y estética teatral. Sujeto á la oferta y la demanda, el arte se hace industrial y huelen á leguas sus producciones á manufactura. Y de esto nadie tiene la culpa en especial; ó se acomoda uno al ámbito, ó degenera si es que no perece. Estudiar problemas literarios ó artísticos dejando de lado su aspecto económico, es como estudiar anatomía sin vivisección, porque la vista de las carnes amoratadas, de las abiertas entrañas tal vez hedientes, da asco.

¡Qué triste es el régimen de la mentira! Y si se rompieran sus cadenas y apareciéramos desnudos todos, una inmensa co-

(1) Max Nordau, en su obra *Degeneración*, donde hay mucho aprovechable, revela aún más que su ceguera estética, y ésta no es en él floja, la económica. En *Las mentiras convencionales* la superficialidad estriba en no ir siempre hasta la base económica. Y esto de no tirarse á fondo en todo problema á esta base, aún cuando se la vea clara, es la gran mentira convencional de todas las gentes que forman la superfetación social, como es el síntoma de su enorme archi-cursilería evitar tocar las cuestiones religiosas.

rriente de caridad fundiría en la Humanidad á los hombres y á través de los cielos se alzaría un *miserere* formidable y augusto á que el universo respondería con un místico *sursum corda*.

Mas basta de digresión y volvamos al hilo. Las primeras empresas teatrales fueron en España cofradías y hermandades benéficas, y los primeros corrales escénicos pertenecieron á los hospitales. No fué el teatro empresa privada, sino societaria y benéfica, y estuvo bajo protección oficial. Hoy ha vuelto á pedirse en parte ésta, pero será todo pobre paliativo mientras no vuelva á ser el teatro á la vez que en esencia popular, popular también en pertenencia, institución pública. En tanto haya pueblo que no pueda ir al teatro por no tener humor, ni dinero, ni tiempo para ello, será el teatro teatral y el arte será mezquino artificio, en tanto sea la función de artista profesión y oficio especializado y haya quienes se dediquen á hacer dramas, novelas, poemas, sinfonías ó cuadros como quien se dedica á construir zapatos ó sillas (1).

Ser poeta no es nada diferente de ser hombre, verdadero hombre, todo un hombre, como Goethe. Triste necesidad es la de que el artista viva de su arte, pero ¡cuán nobles los cantos de un Burns que soltando la mancera del arado, y mientras

(1) La especialización es una muerte para el arte; aplicada á él la división del trabajo, lleva al artificio mecánico, porque el arte es la suprema integración. ¡Grandes artistas aquellos que no vivían de su arte! Escribe Schopenhauer que hay tres clases de escritores: los que escriben sin pensar, los que piensan para escribir, y los que escriben porque han pensado. Los que pensamos para escribir, escribimos por lo general por la paga, pero si pecamos por ella es que hay un público que paga por pecar.

El arte y la literatura como profesiones lucrativas llevan á sentir para cantar, á mirar para pintar, y no se sabe cómo envenena esto la fuente verdadera del arte, grande cuando se pinta porque tal se ha visto, y se canta porque se ha sentido, y no se siente y mira para cantar y pintar. ¡Qué triste es ver á tanto Tamberlick del arte y de la literatura arrastrando su nombre glorioso por los escenarios y cantando con voz senil y cascada viejas arias ya olvidadas.

descansan humeando sus bueyes, traza estrofas tan frescas y puras como el aire que respira en el campo del trabajo regado con su sudor! Y un Burns, un noble Burns, después de haber divertido á los señoritos ociosos, concluye tristemente en aforador de cerveza.

Cuando el trabajo en fuerza de diferenciación remitida al ámbito y á los instrumentos y útiles llegue á hacerse llevadero y más fructuoso, cuando trabajen las máquinas, ahorros de inteligencia, y quede al hombre, una vez cumplida su labor directora, fuerza y tiempo para integrarse y vivir vida humana, sobrehumana más bien, entonces el arte será holocausto santo, espontánea expansión de un espíritu honda y realmente culto, profundo *Te Deum* á la madre Naturaleza humanizada por el esfuerzo humano, por el trabajo santísimo sobrenaturalizador del hombre. Será la edad del sobre-hombre, del *Uebermensch*, con que entre tanta escoria de egoístas sueños, soñaba el pobre Nietzsche; la edad del triunfo, no de los más brutos ni de los más listos, sino de los más hombres, de los que lleven en su seno más humanidad, más sustancia común, de los más buenos. En esta edad el teatro, recogiendo su proceso histórico todo en un supremo momento crítico, volverá á ser el de ayer, el de hoy y el de mañana, el eterno, recobrando vigor como Anteo al contacto de la tierra, al contacto del pueblo, entonces verdadero pueblo. Disiparánse los modernismos todos ante el eternismo triunfador.

Y este teatro será lo que fué al nacer, religioso.

¡Qué teatro! Es la tarde de un domingo, la muchedumbre se agolpa al aire libre, bajo el ancho cielo común á todos, de donde sobre todos llueve luz de vida, de visión y de alegría; va á celebrar el pueblo un *misterio* comulgando en espíritu en el altar del Sobre-Arte. Contempla su propia representación en una escena vigorosa de realidad idealizada y por idealizada más real, y oye con religioso silencio el eco de su conciencia, el canto eterno del coro humano. Canta su gloriosa y doliente historia, la larga lucha por la emancipación de la ani-

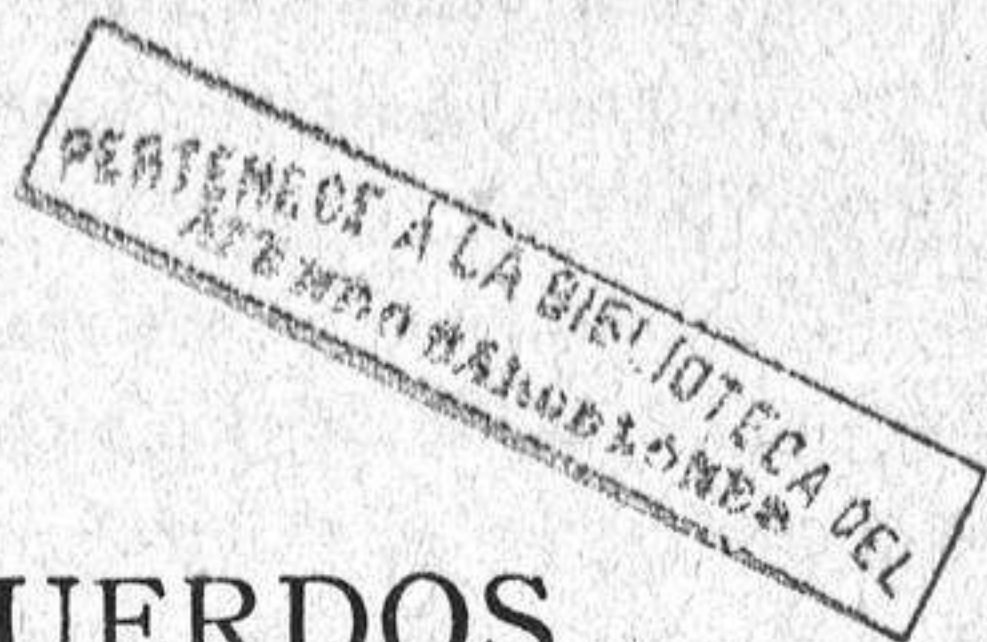
malidad bruta, el inmenso drama de la libertad en que el espíritu humano se desase trabajosamente del espíritu de la tierra para volver á él, la leyenda de los siglos. Como orquesta armónica acompaña en vasta sinfonía á la voz cantante del coro humano la música de los campos y de las esferas, hecha ya perceptible con sublime arte, y á su voz siente la muchedumbre en recogimiento augusto irradiar en sus pechos el Amor, intuyendo con intuición profunda el misterio de la Trinidad del Bien, la Verdad y la Belleza...

.....

¡Basta! Todo esto son utopías enterradas en hojarasca retórica, fantasías poco serias y nada documentadas, trasnochadas y mandadas recoger por los más graves hechólogos, por los más concienzudos picapedreros que á maza y martillo labran las piezas de granito de la torre de Babel; todo esto no es formal, ni digno siquiera, porque á nadie le importa lo que pueda soñar otro...

E pur si muove.

MIGUEL DE UNAMUNO.



RECUERDOS

Había pasado dos días en Murcia, y si aquellos recuerdos tan vivos de mi infancia y de mi primera juventud, que por todas partes encontraba, como si á mi paso fueran despertando, me retenían con la misteriosa atracción que siempre ejerce sobre nuestro espíritu lo pasado, con más fuerza me atraía Madrid, en donde mis padres me esperaban con impaciencia.

Me resolví, pues, á emprender mi viaje de regreso.

En aquellos siete años el mundo había progresado, y aunque lentamente, también había progresado nuestra patria. Quiero decir que ya se iba de Murcia á la capital de las Españas en diligencia, más ó menos desquiciada y con *celeridad* más ó menos *lenta*.

De modo que ya teníamos diligencia. Diligencia hasta Aranjuez; porque en Aranjuez teníamos ferrocarril. ¡Por algo se empieza!

En el momento de subir al vehículo noté cierta agitación entre los viajeros y las personas que habían ido á despedirlos. Hablaban en voz baja de graves sucesos políticos; de una sublevación en Madrid, en que habían tomado parte unos cuantos escuadrones de caballería; y aunque nadie precisaba los hechos, todos estaban conformes en que bien podía surgir, de un día á otro, un gran movimiento revolucionario.

Cuando uno es joven toda agitación le agrada, de cualquier clase que sea. La agitación y el movimiento son la vida para el que empieza á vivir.

Contentísimo ocupé mi asiento en la diligencia.

Viajar, que era entonces mi delicia; ir á Madrid, que era entonces el centro de mis esperanzas; abrazar á mis padres, que eran el foco de todos mis cariños; y entrar en la corriente de una nueva vida: y como si todo esto no bastase, encontrarme con una revolución formal, como si dijéramos con un drama real y soberbio en acción, ¡qué mayor felicidad!

Arrancó la diligencia y emprendí mi viaje.

A cada paso evocaba recuerdos del viaje anterior, cuando iba á los catorce años, como estudiante y en compañía de mi padre, á emprender la carrera de ingeniero.

Al pasar por la Mancha no pude menos de consagrar un recuerdo al *pobre macho* que se nos murió de calor, de fatiga y de disgustos, cerca del corral de Almaguer.

Yo á mi paso por la vida me he encontrado con bastantes animales domésticos y con muchísimas personas más ó menos domesticadas. De muchas de éstas no me acuerdo: de la plancha fotográfica de mis memorias sus imágenes se borraron para siempre; pero de aquéllos no me he olvidado nunca: puedo irlos enumerando uno por uno. Los veo; recuerdo sus nombres; y casi me atrevería á decir que recuerdo sus fisonomías: porque, digan lo que quieran los vanidosos y los secos de corazón, un perro, un gato, un caballo, un macho, hasta un pájaro, todo ser tiene en el mundo su fisonomía, y á veces muy expresiva.

Yo recuerdo el primer perro que tuvimos en Murcia; aquel perro, uno de mis primeros cariños y uno de mis primeros dolores.

Era un hermoso perro de aguas, blanco, gallardo, fuerte, feroz con todo el mundo menos con nosotros; se llamaba *Adonis*.

Era preciso tenerle en casa, y atado casi siempre, porque

como se fuese solo á la calle, había de dar algún disgusto á los que pasaban.

En el portal estaba casi de continuo sujeto con una cadena, y en los días de Navidad y en los días de San José, en que entraban en casa, casi me atreveré á decir que centenares de regalos, demostraba con su conducta su buen talento y el cariño que nos profesaba.

Sentado gravemente sobre su cuarto trasero, luciendo su noble hocico cuidadosamente trasquilado, y las blancas y espléndidas madejas de su pelambre, veía entrar grandes platos de dulce, que llaman *platos montados*, con dos y tres pisos de tostados arcos de caramelo, anchas bandejas con docenas y docenas de colosales merengues rellenos y de cónicos pechos de monja; ya grandes cestos de fruta; ya palomas, perdices, pavos y gallinas; algún cochinitillo que otro, y á veces objetos de más valor, aunque no tan gustosos: pues bien, *Adonis* veía entrar por el portón y subir por la escalera aquella regalada procesión sin dar la menor señal de enojo, sin un ladrido, sin un tirón de la cadena, sin un gruñido siquiera.

Pero ¡ah! cuando mujeres, hombres y chicos bajaban llevándose cestos y bandejas, entonces su cólera estallaba, sacudía ferozmente la cadena y lanzaba ladridos aterradores que ponían en precipitada fuga á la pobre gente.

*
* *

Porque *Adonis* era feroz—ya lo he dicho. Al principio andaba suelto por la casa; pero un día vió la puerta abierta, salió como una centella, cruzó la calle en cuatro saltos y se arrojó sobre un pobre sacerdote, que pasaba por la acera de enfrente, derribándole en tierra. El diablo del perro tenía un espíritu anticlerical formidable.

Afortunadamente, ni le mordió ni le causó ningún daño, salvo el susto de la caída.

Pero fué para mis padres un gravísimo disgusto, y fué preciso sujetarle con una cadena.

¡Pobre *Adonis!* ¡Su fin fué trágico! Le sacaron un día á la calle, pasó un perro corriendo, y al pasar le mordió; le mordió cruelmente. El perro estaba rabioso.

A los pocos días notó mi padre que *Adonis* presentaba síntomas alarmantes. No cabía duda: el pobre animal rabiaría muy pronto. Entonces se celebró consejo de familia: tristísimo, cruel, doloroso. Era caso de conciencia, y se le condenó á muerte casi por unanimidad de votos. Por unanimidad, porque no contaron con el mío, que yo no le hubiera sentenciado.

Bernardo se encargó de llevarlo fuera de puertas y de dispararle un balazo.

La despedida fué trágica. Bernardo tiraba de la cadena: el animal, que siempre salía gozoso á la calle, aquella vez se resistía á salir; se echaba en tierra; á todos nos miraba y á todos nos quería lamer. Yo, hecho un mar de lágrimas, pugnaba por abrazar al pobre *Adonis*; pero mi madre, que lloraba también, me contenía diciéndome: «No, hijo, no; que te va morder»; y mi padre, frunciendo el entrecejo y fingiendo mal humor, porque estaba muy conmovido, repetía volviendo la espalda para no ver al infeliz animal: «Pero llévatelo, Bernardo, llévatelo»; y Bernardo, con la escopeta en una mano y tirando de mala gana de la cadena, contestaba: «Pero si no quiere, señor, si no quiere venir».

Al fin, se lo llevó.

Yo vi salir por el portal á mi querido *Adonis*: después no volvió nunca. Volvió Bernardo solo, diciendo, á modo de consuelo: «No ha sufrido nada; se tumbó panza arriba él mismo, y yo le acerté en el corazón. Pero era preciso, señor, era preciso; ya le colgaba la baba.»

Luego dicen que yo en mis dramas escribo escenas terribles. Ninguna más terrible ni más dolorosa que aquélla. Por mis dramas nunca he llorado; por *Adonis* lloré mucho.

*
* *

Más tarde, me encariñé con un hermosísimo gato negro, gordo, lustroso, manso.

Por toda la casa me seguía, y por las noches dormía al pie de mi cama. Pero nunca le quise tanto como al inolvidable Adonis.

Era un espíritu filosófico, pacífico, quizá egoísta, el de mi gato negro.

Jamás le vi enojado, nunca sacó sus uñas, nunca bufó, ni se tomó el menor disgusto por nada.

No persiguió ratones ni creo que jamás ensangrentase sus zarpas en ninguno. El pensaría que era trabajo inútil. Nunca le faltaban ni comida abundante ni pequeñas golosinas. Y con esto y con dormir veinte horas de las veinticuatro del día, tenía, por lo visto, bastante para ser feliz. Estaba gordo y rollizo; sus hermosísimos ojos, casi siempre entornados; su ancha pupila, casi siempre convertida en una estrecha hendedura como la de una pequeña alcancía de cristal; por ella el sol iba echando al fondo rayitos dorados.

Siempre tras de mí para dormir en mis piernas ó á mi lado; y hasta cuando yo jugaba con aquellos ejércitos de pajarritas de papel, que minuciosamente describía en uno de mis primeros artículos, mi gato negro me buscaba sobre el mismo campo de batalla, y pasando blanda y pausadamente por encima de batallones y escuadrones de pájaras, venía á echarse á mi lado. Y á mi lado estaba en perfecta inmovilidad horas y horas, hasta que la campaña del día terminaba.

Más de una vez me sirvió de montaña y sobre su piel lustrosa coloqué destacamentos de valerosas pájaras.

No se cuál sería el fin de mi gato negro; porque cuando mi familia salió de Murcia se lo regaló á una señora, que tenía especial predilección por perros y por gatos.

Creo, sin embargo, que dado el buen carácter del mío y su honrada conducta, pronto se ganaría el cariño de su nueva ama, llegando sin penas ni disgustos á una avanzada edad.

Mi hermoso perro Adonis, blanco como la nieve, murió de muerte trágica.

Mi gato negro, negro como el azabache, moriría de muerte natural como cualquier pacífico burgués.

¡Fíese V. de colores!

*
* *

Algún tiempo después de la muerte de Adonis me encariñé con un hermosísimo y colosal perro llamado Cervero.

Era el formidable guardián de la gran fábrica de salitre de Murcia, adonde solía yo ir de paseo todas las tardes; unas veces solo, en compañía de mi padre ó de mi familia otras veces.

El administrador era un D. Anselmo, hombre muy sabio, muy respetable y muy voluminoso; de gran cultura científica, y de gran cultura clásica sobre todo. El interventor era el célebre naturalista y sobre todo botánico, D. Vicente Cutanda, ambos, amigos íntimos de mi padre; y el hijo de mi padre resultó amigo íntimo de aquel perrazo llamado Cervero, que era como el hijo adoptivo de ambos señores.

Cervero estaba generalmente en una huerta contigua á la fábrica; pero en cuanto yo entraba en la fábrica, ó por instinto maravilloso ó por maravilloso olfato, adivinaba mi presencia y rompía en tremendos ladridos.

Le abrían la puerta; salía dando saltos y ladridos gozosos; desde lejos me veía, y hacia mí se lanzaba á toda carrera: veíale yo, y hacia él corría también cuanto correr podía, hasta que al fin nos encontrábamos en choque formidable.

El llegaba con la boca abierta, luciendo su blanca dentadura, blanca como el marfil, sus colmillos enormes y su lengua de coral.

Yo le presentaba mi brazo derecho á manera de escudo,

que en su boca penetraba; y su dentadura se hundía blandamente con cariñosas presiones en un chaquetón de punto, que yo solía llevar en aquel tiempo.

De este modo rodaba yo por tierra y él se dejaba rodar á mi lado.

Y en juegos y en saltos y en carreras; persiguiéndome él unas veces, yo persiguiéndole otras; ya procurando cabalgar sobre sus fuertes lomos, ya viniendo á tierra caballo y caballero; mordiendo en el chaquetón ó mordiendo en los mendrugos de pan que le llevaba, pasábamos toda la tarde.

A veces iba yo provisto de un poderoso arco de caña, tendido por un bramante ó por una cuerda de guitarra, arma primitiva y clásica, en cuya construcción demostraba yo cierta habilidad.

Y además del arco, construía flechas ligerísimas, de caña también, con aletas de papel.

Todo tan bien fabricado y tan propio para el caso, que las flechas que disparaba en dirección vertical, se perdían de vista.

Pero como al caer, muchas veces caían lejos, Cervero iba á buscarlas y me las traía cuidadosamente, sin estropearlas nunca.

Así vivimos algunos años, y cuando yo salí de Murcia, el buen Cervero quedaba en perfecta salud.

La despedida fué muy dolorosa; pero no quiero entristecer con ella á mis lectores, que bastantes dramas tristes he escrito en este mundo.

Algún tiempo después recibí la noticia de su muerte. ¡Quién sabe si contribuyó á ella mi ausencia! Los animales tienen á veces corazón más tierno que las personas.

*
* *

Otro de los animales á quien yo profesaba mucho cariño era á la mula negra, lustrosa, gorda, fuerte, que en nuestra

pulida tartana me llevaba de paseo y que todos los veranos me llevaba á Cartagena, como queda concienzudamente explicado en uno de los artículos precedentes.

Pero como la mula era tan grande y yo era tan pequeño, no podía jugar con ella como jugaba con Adonis, con Cervero y con mi gato negro.

No podía hacer más que sentarme en el asiento más delantero de la tartana y acariciar el anca redonda y suave del hermoso animal, con mi mano de niño.

Cuando fui la primera vez de Murcia á Madrid en otra tartana de alquiler, tirada por el desventurado macho de que he hablado ya varias veces, al contemplar sus ancas colosales pero descarnadas, huesosas, con alguna que otra matadura, contraídas dolorosamente al tirar de la tartana sobre la desigual y áspera carretera, no podía menos de recordar las redondas ancas de nuestra regalada mula.

¡Vea V. lo que son las cosas de este mundo! ¡Cómo *todo está en todo*, y en lo pequeño, cual en diminuto espejo, se refleja lo grande!

Aquellos dos pares de ancas, las de la mula, lucientes, redondas, limpias, en que el correaje nunca hizo mella, y las del pobre macho, animal de trabajo, muerto siempre de hambre y de fatiga, esqueleto que se arrastra en convulsiones supremas bajo el sol abrasador de la Mancha; aquellas ancas y aquel lomo llenos de dolorosas mataduras, pasto sanguinolento de las moscas crueles; unas y otras ancas—repito—me dieron algo así como el presentimiento de la cuestión social, y me hicieron pensar más tarde en los seres que viven vida de regalo y en los seres que viven ó que mueren, muertes mil de trabajo y de miseria.

Si el macho, que se nos murió sobre el abrasado suelo de la Mancha, en abrasador día de Agosto, se hubiera visto frente á frente de la redonda y lustrosa mula, que nos paseaba alrededor de la Glorieta murciana, es posible—á poco discurso que le hubiese quedado—que el macho proletario hubie-

se planteado ante la mula burguesa la formidable cuestión social.

Claro es que yo entonces no pensaba estas cosas como ahora las pienso; pero si no las pensaba las sentía, y si mucho cariño despertaba en mí nuestra soberbia mula de lujo, honda piedad sentía por el pobre macho de trabajo, que penosamente procuraba llevarme desde la tierra murciana de mi infancia al Madrid de mis esperanzas y mi juventud.

Sí, sentía honda piedad por el pobre macho: verdad es, que me repugnaba poner la mano sobre aquel pellejo martirizado, áspero, sucio por el sudor y el polvo, manchado algunas veces con gotas de sangre; pero, sin embargo, le pasaba la mano, no queriendo hacer menos por la bestia moribunda que por nuestra hermosa bestia.

Me figuraba yo que el pobre macho iba á tener envidia de la mula regalona.

Todos estos sentimientos entonces eran en mí instintivos, vagos, espontáneos, y ahora son razonados y precisos; pero entonces existían, yo lo aseguro, porque no hago hoy más que explicar lo que entonces sentí, ante el recuerdo vivo de aquellos tiempos.

*
* *

Ya presumo que algún crítico encontrará pesada y hasta ridícula esta enumeración de los animales que conocí y á que traté en mi infancia. Pero no se impacienta que á todos les irá llegando su turno.

*
* *

Caminando iba, pues, nuestra diligencia desde Murcia á Madrid, y todos íbamos impacientes por tener noticias exac-

tas de la sublevación, revolución ó lo que fuese, que nos habían anunciado á nuestra salida de Murcia.

A las tres ó á las cuatro de la tarde del día siguiente, y á poca distancia de Aranjuez, nos detuvimos en una posada, donde también se habían detenido otros viajeros, que venían de Madrid; y por ellos tuvimos noticias más circunstanciadas de aquel movimiento militar, que por movimiento militar empezó para convertirse, por fin, en revolución formidable.

Sí; el general Dulce, director general de caballería, se había sublevado contra el gobierno, sacando al Campo de Guardias más de dos mil caballos. Es decir, todos los que tuvo á su alcance.

Se le había unido el general O'Donnell, á quien reconoció Dulce como jefe supremo del movimiento; y se les habían unido otros generales de gran prestigio y algunos hombres civiles importantes.

El conde de San Luis, es decir, Sartorius, como entonces se le llamaba, ó, mejor dicho, el gobierno, había mandado contra los insurrectos casi toda la fuerza militar de Madrid, y la vispera se había reñido un sangriento combate, de resultado dudoso, en los campos de Vicálvaro.

Las fuerzas del gobierno se habían replegado hacia la corte y O'Donnell con sus 2.000 caballos ocupaba en aquel momento Aranjuez.

Esto fué lo que los viajeros nos contaron, produciendo bastante inquietud entre mis compañeros de diligencia.

Con alguna excepción, sin embargo.

Yo no sentía inquietud ninguna, sino, por el contrario, mucha alegría. ¡Ahí es nada! Encontrarnos, como nos encontraríamos seguramente, con las fuerzas sublevadas. ¡Qué acontecimiento tan curioso! ¡Qué emoción tan nueva! A mí me han gustado durante muchos años, en el teatro y fuera del teatro, las emociones fuertes. El peligro es casi siempre artístico.

He dicho, que entre nosotros los viajeros de la diligencia hubo más de una excepción, y he dejado la segunda para lo

último, por ser la más interesante, y porque en estos casos entiendo yo, que el puesto de honor es el último, y el puesto de honor corresponde á las señoras.

Con nosotros venía, pues, una señora ó señorita en compañía de una criada.

La señora ó señorita tendría unos ventiséis ó ventiocho años: era blanca, sonrosada, buenos ojos y preciosos dientecillos. La estatura bastante elevada, pero extraordinariamente gruesa, rayando en la obesidad. Una cabeza linda sobre un bloque grandísimo é informe de nieve.

Hablaba mucho, y no cesó de hablar en todo el viaje, y por su acento dulce y su gracejo debía ser andaluza. Mostraba ser persona bien educada y de instrucción poco común. Hablaba perfectamente el francés, y de música y de pintura discurría también con discreción suma.

Aunque su charla era interminable, era siempre decorosa y oportuna.

Pues esta señora ó señorita se entusiasmó extraordinariamente con la idea de encontrarse en Aranjuez á las fuerzas sublevadas. Ella conocía—según dijo—muchos generales: «¿Estaría alguno de ellos entre los insurrectos?»

Esta idea la regocijaba, brillaban sus ojos, sonreía contentísima, y su alegría, brotando así á lo exterior en sonrisas y destellos, era algo como una mariposa de vivos colores revoloteando sobre un saco enorme de blanquísimo algodón cardado.

Cuando la tarde ya caía, nuestra diligencia entraba lentamente en Aranjuez.

Reinaba mucha animación por todas partes; pero una animación puramente militar.

Grupos de soldados, todos de caballería, se encontraban á cada paso.

Otras veces, masas de sesenta y ochenta caballos que llevaban al abrevadero.

De cuando en cuando, jefes y ordenanzas que pasaban al trote largo.

En cambio, se veía poco paisanaje.

Llegamos, por fin, al parador de la diligencia, y allí nos dijeron que el ferrocarril estaba cortado, que ningún carruaje podía salir de Aranjuez sin un salvoconducto de los generales, y que, por consiguiente, no podíamos continuar nuestro viaje.

Todos protestamos con indignación; pero las protestas eran completamente inútiles, porque realmente se trataba de un caso de fuerza mayor.

El dueño del parador nos dijo, que él tenía una especie de ómnibus á nuestra disposición, con tal que se lo pagásemos bien; pero que el viaje sería muy lento, porque no tenía en el camino tiros de relevo, y que, de todas maneras, no podía salir de Aranjuez el carruaje sin una orden escrita del jefe de las fuerzas militares.

Aquí la simpática andaluza volvió á repetir, que ella conocía á muchos jefes muy distinguidos de la milicia y se empeñó en averiguar los nombres de los generales, que se habían unido á O'Donnell y Dulce.

Resultó, por último, que no conocía á ninguno; pero yo, en cambio, cuando oí pronunciar el nombre del general Ros de Olano, tranquilicé á mis compañeros de viaje, asegurándoles, que antes de media hora estaría el pase en nuestro poder.

Y dejando el parador, y encargando que el coche estuviera listo, me eché por las calles de Aranjuez á buscar la casa, ó posada, ó lo que fuese, en que estuviesen los generales; ó, mejor dicho, en que estuviese el general Ros de Olano.

El general Ros de Olano era muy amigo de mi padre. Se habían conocido el año 43 ó 44, pero en aquellos diez años habían estrechado lazos de amistad, que no se debilitaron nunca.

Yo recuerdo, que los hijos del general Ros de Olano venían con mucha frecuencia á mi casa á jugar con mis hermanos entre el año 48 y el 53.

Muchas veces, acompañado de mi padre, estuve yo en casa

del general Ros, y siempre mi familia ha recordado la protección noble y cariñosa, que el general prestó á mi padre, cuando aquél ocupó el Ministerio de Fomento.

Mi padre, durante su larga carrera, pudo decir con orgullo, que á nadie debió el menor beneficio. Pero esta regla general tuvo una excepción que ni él, ni yo, ni mi familia hemos olvidado nunca.

Mi padre y todos nosotros debimos al general Ros de Olano un favor inmenso. Inmenso para nosotros. Quizá más para mí que para nadie, y que tal vez fué decisivo para mi porvenir.

La gran pena de mis padres, y la mía también, que cariños y penas eran comunes para nosotros, era tener que separarnos cuando yo vine á Madrid para ingresar en la Escuela de Caminos.

Mi padre no podía abandonar Murcia: allí estaban su fama y su clientela; allí estaba su cátedra de botánica y su cátedra de griego; no era posible que se trasladase con su numerosa familia á Madrid sin contar con medios seguros de subsistencia, abandonando los amplísimos y seguros que poseía. Por otra parte, sus pequeños ahorros no hubieran bastado para sufragar los gastos de mi carrera y para vivir, sin otros recursos, durante los primeros años de su estancia en la corte.

En estas circunstancias acudió mi padre á la buena amistad del general Ros de Olano. Y el general Ros de Olano, haciendo los imposibles, como vulgarmente se dice, trasladó á mi padre de Murcia á Madrid, cambiando su cátedra de Agricultura y Botánica del Instituto, por una cátedra análoga en la Escuela superior de Veterinaria.

¡Bien lo merecía mi padre, que en Botánica y en Agricultura fué una de las primeras eminencias de España! Pero en su larga carrera, sólo la noble y cariñosa amistad del general Ros de Olano supo hacerle justicia.

Pongamos que mi padre no hubiera sido amigo del general. Pues probablemente nunca hubiera salido de Murcia. Yo me hubiera visto separado de mis padres: al concluir mi carre-

ra todo mi empeño hubiera sido, que me destinasen á aquel distrito; y mi vida toda habría corrido, probablemente, por cauces más estrechos, que los anchos cauces por donde después corrió, gracias al general Ros de Olano.

Yo no olvido nunca los favores recibidos; y el recordarlos siempre es gran regocijo para mi espíritu.

Dados estos antecedentes, ya comprenderá el lector con cuánta confianza cruzaría yo las calles de Aranjuez para pedir un salvoconducto al ilustre general.

Confianza y hasta vanidad. ¡Ahí es nada! *Yo tan joven y amigo ya de un general que se subleva*, y que se subleva en nombre de la libertad: ¡hermosa palabra, que siempre me ha sonado á toque de gloria en sábado de Resurrección!

José ECHEGARAY.

AVENTURAS Y DESVENTURAS DE UN SOLDADO VIEJO

NATURAL DE BORJA

Milicia antigua española.—El ejército á mediados del siglo xix.—Palo, pan y prest.—Indumentaria.—El pelo, la música y los asistentes.—Continúa mi autobiografía.

ANTES de proseguir contando mi vida y milagros, aunque pase por echarla de erudito, hablaré de materias que pudieran suprimirse en esta historia.

Para probar el alto concepto que se tenía en España de los soldados á fines del siglo xv y principios del xvi, cuenta Juan Rufo en sus *Apotegmas* que en la catedral de Toledo entró cierto día una mujer voluminosa, abriéndose calle á codazos y empujones.—Háganla plaza, que trae un león en la barriga,—dijo un concurrente, con sorna.—No miente, á la fe, que estoy preñada de un soldado,—replicó ella con gentil desenfado.—Lo mismo que en mi desventurada época, la más desgraciada para la milicia española desde los celtíberos, gracias á los políticos.

Añade Rufo: «Así como cien soldados viejos son de más efecto que trescientos bisoños...» Hace poco nos echaron del ejército á los viejos, y daban ventajas á los aguerridos en la mejor edad para que se retirasen. La cruz de San Hermenegildo holgaba. Se instituyó para retener en las filas á los veteranos.—Su lema es: «A la constancia militar.»

Aludiendo á los soldados españoles, escribió el gran poeta Calderón:

«Todo lo sufren en cualquier asalto;
sólo no sufren que les hablen alto.»

Cuando yo servía, á los soldados los abofeteaban y á los oficiales los insultaban sin causa ni motivo. Ahora no sucede, gracias á Dios. El noble orgullo infunde valor; los antiguos tercios españoles eran invencibles; el mal trato, acobarda. El ejército español no se ha disuelto cien veces en este siglo, porque el sufrimiento hasta el martirio es su principal virtud. De la infantería española, á la cual me honro haber pertenecido, dijo Bossuet, hablando de la batalla de Rocroy: «cuyos cuadros vivientes, parecidos á torres que saben reparar sus brechas.—¿Cuántos érais?—preguntó un francés á un español.—Cuenta los muertos—contestó.

La infantería usó arcabuz de mecha hasta el siglo XV y principios del XVI. Según se ve en el cuadro de la toma de Orán por el cardenal Cisneros, que existe en la capilla muzárabe de la catedral de Toledo, los arcabuces también se cargaban por la recámara. En el museo del Prado hay un retrato de Felipe IV, joven, cuyo monarca empuña una escopeta de chispa. En 1849 cambiaron los fusiles de esta clase por otros de percusión. A la compañía que yo mandaba en 1855 dieron carabinas rayadas, y al batallón que se hallaba á mis órdenes el 74 fusiles Remington. El Mauser no es de mi tiempo.

Si los fusiles de chispa llevaban abrazaderas de bronce, eran de fabricación española; de hierro, francesa; y si el cañón se sujetaba á la caja con pasadores, inglesa.

Según Zurita, en 1497 se puso en nueva ordenanza la gente de guerra. La tercera parte de los peones (infantes), usaban lanzas ó picas; otra espada y escudo, llamaban excusados, el resto ballestas ó espingardas. Eguiluz dice que la compañía tenía 200 piqueros y 100 arcabuceros, y el tercio de dos á tres

mil hombres. Los 14 tercios que formaban el ejército de don Juan de Austria cuando fué á sujetar á Portugal en 1640, sumaban 1536 soldados. Por esto, y por no haber destruido Felipe II las fortalezas del reino como lo verificó Fernando el Católico en Navarra, se separaron los portugueses, error que pagamos ellos y nosotros.

En 1704 se organizó la infantería en regimientos de 12 compañías. En 1707 se les dió nombre, conociéndose, lo mismo que los tercios, por los títulos ó apellidos de sus maestros de campo ó coroneles. En 1713 constaba la infantería de 94 regimientos de españoles, 24 de walones ó flamencos, 11 de italianos y 4 de irlandeses. Hasta principios del siglo XIX había en España varios regimientos suizos; de la emigración francesa de 1793, de la invasión vergonzosa del 23, de las legiones de gente perdida que vinieron á España en la primera guerra civil, ingresaron, por supuesto, en las armas generales del ejército, muchos extranjeros. Los que su apellido comenzaba con O, Mac ó Van eran irlandeses, escoceses, ó flamencos. Los que acababan en *i* italianos, según se comprueba por las Guías de forasteros del siglo XVIII. El conde de O'Relli, uno de ellos, casó con una señora muy rica; le repetía todo era de ella, la dió un azote y preguntó: ¿Y esto de quién es? Después de la expedición que mandó contra Argel en tiempo de Carlos III y fué rechazada con pérdida de 4.000 hombres, porque los franceses avisaron á los moros, se burlaban del conde diciendo:

«Debió O'Relli de creer
que el dar un golpe de mano
es lo mismo al africano;
que al cu... de su mujer.»

En la primera mitad de este siglo eran innumerables los chismes de incomodidad y farsa que llevaba el ejército. A la cabeza de los regimientos marchaban los gastadores, dejábanse las barbas, y si no las tenían, como los comediantes, se las ponían postizas. Además de las colosales gorras de pelo con plume-

ros, usaban mandil de ante que los cubría desde el cuello hasta los pies; llevaban al hombro un útil brillante y tan artísticamente construido que era inútil en caso de necesidad. Parecían tortugas puestas de pie. El cabo cogía con las dos manos una sierra que sólo servía para reflejar los rayos del sol y encantar á los muchachos. Seguía el tambor mayor, mamarracho gigantesco, lleno de galones de oro ó plata y tan majo que se hace posible el cuento del baturro aragonés, que al ver uno, cuando esperaban á Fernando VII en Zaragoza, creyó que era el Rey.

Muchos oficiales gastaban corsé ó se apretaban la cintura, hasta necesitar desabrocharse para comer. El colosal morrión abrumaba á todos, y era preciso guardar el equilibrio al andar. Correr era imposible.

El alto corbatín de suela aserraba las orejas. Los soldados se ponían una almohadilla ó peto, en la cual colocaban un bolsillo donde guardar los cuartos si por casualidad los tenían. El peto le suplían los sastres en el uniforme de los oficiales rellenando las solapas con lana ó algodón para que apareciesen abultados de pecho y se sofocasen en el verano. Cuando se suprimieron las almohadillas en los soldados, les hacían poner en su lugar las gorras de cuartel, de modo que las borlas saliesen por debajo del corbatín. ¡Qué gran regimiento! exclamaban los de cabeza huera al observar que las borlitas se movían á compás.

El summun del arte militar se reducía á tales fruslerías; que los fusiles brillasen y cantasen al manejarlos, para lo cual los soldados raspaban las cajas y limpiaban los cañones hasta que, adelgazándolos, reventaban al primer disparo.

En 1841 se mandó llevar unos pantalones famosos. Es lástima ignorar el nombre del inventor. Se hallaban abiertos por detrás para poder aliviarse de una necesidad sin quitarse el correaje y la mochila. No tenían más inconveniente si no que era difícil ponerse los botones, fácil que éstos saltasen y que se saliese como á los chiquillos el pañal, á manera de cola de

pájaro. A bien que tal suciedad se podría ocultar, porque el faldon de la casaquilla que entonces se usaba era tan corto que no llegaba donde concluye la espalda.

Las charreteras ó dragonas, que á los militares sin discurso les parecían el prototipo de la belleza, y hasta creían que daban más valor á los soldados, sólo servían de estorbo. De las compañías que llamaban de preferencia, las de granaderos no tenían razón de ser desde que no arrojaban granadas de mano. Los otros soldados del batallón se burlaban de ellos diciendo que eran altos, flacos, falsos, flojos y rompedores de alpargatas. Los llamaban pavos por los plumeros y dragoneras encarnadas que llevaban. Los cazadores las usaban verdes. Un mosaico.

En la guerra civil de los siete años se desecharon las mochilas de piel de cabra. Al acabarse volvieron, y en lugar de adoptar el morral de lona, hubo regimiento que llevaba maletones de hoja de lata forrados con bayeta encarnada los granaderos, verde los cazadores y amarilla los fusileros. Reinaba el mal gusto importado en España por el ejército de Angulema. El uniforme y equipo debe arreglarse al clima y topografía del país.

El pantalón de lienzo blanco era una mortificación para el soldado: sólo tenían dos, los lavaban, planchaban con una cuchara, algunos no se sentaban por no arrugarlos y se pasaban de pie la noche de guardia por no mancharlos. Mientras los lavaban permanecían sin ellos, expuestos á insolaciones y pulmonías.

Para manifestar que una cosa era igual á otra decían en el ejército, idem de lienzo, porque en la relación de prendas de los soldados se repetía. Pantalones de paño, idem de lienzo. Botines de paño, idem de lienzo.

Llegó la exageración hasta privar al soldado que usase bolsillos. Llevaba en el morrión dinero, tabaco y pañuelo.

Con el cortísimo haber, cuando se lo pagaban, todavía tenía lo que llamaban sobras; lo admirable es pudiera mantenerse y presentarse con decencia.

Entonces inventarían:

Cuatro cuartos me da el rey,
y con ellos como y bebo,
le pago á la lavandera
y me sobran tres y medio.

—
Cuando el centinela grita
«los de guardia, el coronel»,
se ponen sobre las armas
cuantos hay en el cuartel.

Si sólo fuera risible lo que se observaba en la milicia desde 1840 á 1860, podia pasar. La comedia se convertía las más veces en tragedia; palo, pan y prest, máxima brutal se tomaba en el peor sentido. Desde el coronel, que pegaba con el bastón, hasta el cabo con la vara, la mayor parte atropellaban injustamente. El menor descuido ó falta se castigaba con el sable ó á bofetones.

En un regimiento que serví dormían por pelotones músicos, banda y quintos separados de sus compañías; comían todos los soldados en una olla grande, contra lo que estaba mandado. El capitán que no se conformaba, reclamaba ó se oponía, con decir al director era conveniente su separación, le hacían viajar desde el cabo de Creus al de Finisterre, y le estampaban en su hoja de servicios la nota de insubordinado, caviloso ó discolo. El soldado pasaba la vida dando bola al morrión y cartuchera, albayalde al correaje y en limpiar el fusil. La ordenanza previene al capitán, «generalmente los regimientos se han dedicado á exigir una igualdad suma inconseguible en el manejo del arma con gran mortificación de la tropa». Se discurría el modo de atormentarla.

La táctica de aquella época disponía se cogiera el fusil con la mano izquierda, de modo que el talón de la culata estuviese á la altura de la cadera con el brazo extendido. Como unos tienen el cuerpo corto y el brazo largo, ó al revés, siempre había motivo para chillar á oficiales y soldados á lo bruto. La



ciencia consistía en hacer el manejo del arma á son de caja, que al atacar las baquetas sonasen á un tiempo; y hubo jefe obtuso que repetía no tocasen con ella en pared ó interior del cañón. Imposible. Se castigaba con veinticinco palos al soldado que hallándose firme movía la borla de la gorra de cuartel, yo no lo vi, lo oí, y exigían llevasen todos de igual manera lo que la decencia prohíbe nombrar. Un teniente de mi batallón, trataba tan mal á los soldados, que les dijo al irse con licencia: Si murmuran de mí, cuando vuelva me lo pagarán. Al perderlo de vista, exclamaron todos: ¡Va á volver! Llegó á tenerse tal horror á ser soldado, que se prefería ir á presidio mutilándose el dedo índice de la mano derecha para no poder disparar el fusil, ó se arrancaban los dientes que servían para morder el cartucho. Todo lo que humillaba ó mortificaba decían era muy militar. A los oficiales que tratábamos bien al soldado nos calificaban de poco carácter y falta de valor. Los que procedían de la clase de tropa ó que la echaban de liberales avanzados eran los más déspotas y crueles. Si algún soldado llevaba faja, que es higiénico, la hacían pedazos.

La ordenanza era una tela de araña donde se enredaban los mosquitos, pero que rompían los abejorros. Para los que no tenían recomendación ni los protegía el jefe de una kabila, se había reducido tan sabio código á obedecer, aunque se mandase cartuchera en el cañón.

El pan que daban á la tropa era un engrudo negro que no cocían bien para que pesase más, haciéndose proverbial como malo el llamado de munición. Ni los perros lo comían. Así se aumentaba la mortalidad en el ejército. Los contratistas robaban para ellos y para sus protectores. Con los pobres, enfermos, presidiarios y soldados, se han hecho muchos ricos.

Estaba tan arraigada la idea de robar al soldado, que el tendero, al suministrar los comestibles para el rancho, los daba faltos de peso. El cabo furriel recibía una gratificación, y el sargento primero se quedaba con menestra para su puchero,

que cocía gratis con el carbón de la compañía. A pesar de todo, la institución más decente y mejor organizada que había en España durante mi juventud era el ejército. ¡Qué tal estarían las demás!

Cuando en 1840 me incorporé al regimiento infantería voluntarios de Aragón 2.º de ligeros, los soldados que lo componían no eran voluntarios. Su equipo y uniforme no se diferenciaba de los soldados que pertenecían á los regimientos de línea. El primero que usé se componía de pantalón encarnado y dolmán azul turquí. Los galones, botones y cordones eran de plata. Conservo los de cadete de mi padre (año 1793), los de mi hijo (infantería de Marina 1873) y los míos. Estos, de los tres, son los únicos falsos. Prueba de que mis tiempos fueron peores que los de Carlos IV y la federal.

Espartero en 1841 nos puso verdes á los infantes. De este color llevábamos la casaquilla, levita, faja y cordones. Los jóvenes y delgados vestidos á la inglesa podían pasar, los barrigudos apedreaban. Los militares con panza me son antipáticos por antiestéticos. El coronel de mi regimiento disponía en la orden del cuerpo las prendas que debíamos usar, formando con ellas diversas combinaciones, sin olvidarse de mandar que lleváramos borla en el sable. Sólo tres subalternos teníamos el referido uniforme en 1.º de Setiembre de 1841. Por eso nos destinaron á mandar la escolta de la procesión cívica que se celebró en Badajoz en el aniversario del glorioso pronunciamiento de 1840. La tropa iba con pantalones y chaquetas de lienzo que se compraron con el haber de los soldados licenciados temporalmente. Patriotería y miseria todo en una pieza. Los ejércitos reflejan el estado moral y material de las naciones.

Llegó otro glorioso y el 44 nos engalanaron á la francesa; retrocedimos á Fernando VII. La reacción se conoció en alargar hasta las corvas los menguados faldones de las casaquillas. Narvaez nos vistió con casaca azul, cuello blanco y cabos dorados. El coronel de mi regimiento dispuso que las de los oficiales se hicieran por contrata; yo, teniente de cazado-

res, abultaba la mitad que el capitán de granaderos el cual todo lo tenía grande, incluso el apellido; se llamaba Mas. Las granadas bordadas en su uniforme costarían doble que las cornetas del mío, pagaría lo mismo que yo, protesté, y se rieron sin hacerme caso. ¡Ojalá fuera esta mi mayor desventura! El general Narvaez mandó el 44 se abonara al soldado cuatro reales y medio al mes por plaza; desde entonces fué el ejército bien vestido; los pantalones contruidos por los regimientos y eran buenos, costaban 35 reales. Por los que cargaba la administración militar 65, y no podían ser peores. «El que administra, chupa y enjuaga algo traga.»

Años más tarde llevamos casaca con cuello y vivos encarnados. La suprimieron, y quedó la levita hasta que se introdujo la guerrera. Las tres prendas son degeneración de la túnica celtíbera que es lo que debía usarse. Al desaparecer la casaca de la infantería española exclamó un comisario de guerra, catalán muy zafio:—A nosotros nos la dejaran como cuerpo facultativo.—En 1854 nombraron comisario de guerra á un empleado en Correos y el 68 á un paisano, intendente. El referido comisario, que se creía científico, cuando le daban la mano decía en la lengua del rector de Valfogona:—Sólo el dedo porque sudo—y alargaba el meñique.

La divisa de los capitanes españoles fué una banda roja que llevaron hasta el siglo xvii que la convirtieron en la faja que usan los generales actualmente. Esta la vi por primera vez en un retrato de Felipe IV, joven.

En 1709 el bastón servía de insignia en infantería. El coronel lo llevaba con puño de oro, el teniente coronel de plata, los sargentos mayores y capitanes con casquillo del referido metal, los ayudantes y tenientes con puño de marfil, los subtenientes de madera, los sargentos liso, y los cabos una vara. Antes de Felipe V ahorcaban, pero no apaleaban á los soldados. Debe suprimirse el bastón en el ejército. Estorba. En campaña y en grandes paradas he visto á cornetas de órdenes y asistentes con los bastones de sus generales y jefes metidos

en el cañón del fusil ó entre el cinturón y el cuerpo, pudiéndoles aplicar el cuento del asistente aragonés que iba siempre cargado con la lanza de un oficial y si se le preguntaban:— ¿Para qué quiere tu amo esa arma?—Contestaba:—Para jo... robarme.

Desde 1785 usaban dos charreteras los capitanes, una á la derecha los tenientes y otra á la izquierda los subtenientes. Al principio eran de tamaño chico, y en la primera guerra civil los que las podían comprar casi les llegaban los canalones al codo. En 1841 las usábamos con puente de plata en forma de media luna; el 44 se achicaron y suprimieron las de seda de los sargentos. El 55 gastábamos hombrera de metal, hasta 1864 que desaparecieron las de oficiales, granaderos y cazadores. Ahora se engalanan con ellas los generales. El general, jefe, oficial y soldado debe usar igual traje, distinguiéndose por las divisas y el más ó menos lujo de las prendas que visten las diferentes clases de la milicia. En ésta cuantos menos chismes mejor. Es ridículo que las prendas, corte, color, vivos y dimensiones de los jefes y oficiales sean diferentes de las que lleva la tropa, en cuyo caso no van de uniforme.

La prenda más difícil de encontrar para el soldado es la de la cabeza. Debe resguardarle del sol, del agua, de un golpe, poder dormir con ella y servirle de gorra de cuartel. Cuando se generalizaron las armas de fuego, al casco, capacete ó morrión sustituyó el sombrero. En el siglo xvii le levantaron un ala, en el xviii lo convirtieron en candil, á fines del mismo siglo lo aplastaron, y después de llevar el sombrero de tres picos en batalla, para que no hiciera sombra, le dieron media vuelta como ha llegado hasta nosotros. Para que se vea lo que es la moda. Apareció un ejemplar en Tetuán cuando la guerra de Africa y acostumbrado el ejército al ros y á la leopoldina, soltó la carcajada.

Con la invasión francesa de 1808, vinieron las gorras de pelo y los enormes morriones con carrilleras de metal, colosales plumeros, cordones trenzados y otros desatinos. En la pri-

mera guerra civil, durante la acción de Zornoza, los soldados se encasquetaron las gorras de cuartel, y tiraron los morriones. La paz trajo otros más ligeros y por el año 1850 se mandó usar carrilleras y plumero. Sólo la galleta ó adorno que llevábamos en lo que nos tapaba la mollera, se componía de diez y siete piezas; las carrilleras de sesenta y siete. Si una de ellas se perdía ó descomponía, mortificaban al soldado y al oficial.

El director de infantería, para cambiar el cubrecabezas del soldado en 1855, encargó el modelo á un industrial. Este imitó la gorra escocesa, el general dió su nombre al morrión-ros que, glorificado por la guerra de Africa, es lo mejor que se ha llevado desde el siglo xvii. Debían usarlo los generales siempre en lugar del antiestético, horrible y extranjero casco. El pueblo llamaba á los generales judíos en Semana Santa. Cuando la cuestión de las Carolinas con Alemania, avisaron á los generales no bajaran con casco á la estación del Norte, para acompañar á Alfonso XII. El emperador Carlos V y el gran duque de Alba, según los retratos de Ticiano, iban como los soldados de su época. Velázquez retrató á Felipe IV con sombrero igual al que llevan los arcabuceros que hay en el cuadro de la rendición de Breda pintado por tan gran artista. Lo contrario es mojiganga, adefesio, tontería, antiespañolismo.

El 12 de Diciembre de 1811 mandó la regencia que la infantería usase pantalón celeste y gorro cónico truncado. Este debía ser azul turquí, del tejido de las boinas, con visera, supliendo al morrión y á la gorra de cuartel; sería un recuerdo de la guerra de la Independencia y se disminuiría una prenda al soldado.

Sería conveniente que los militares en activo servicio vistiesen siempre de uniforme, dando ejemplo los oficiales generales. El fajín con el traje de paisano como distintivo de su alta categoría, debían usarlo los que no se hallan empleados ó se encuentran en la reserva. Al manifestar yo en 1866 no era justa la orden que sólo obligaba á los oficiales y jefes el ir de militar, me preguntó un general atrabiliario y egoísta:—«¿No van

siempre los clérigos con su traje?» — He visto muchos de seglar, pero á ningún obispo: los generales son nuestros preladados—le contesté.

Repito que el pantalón ó bragas de la infantería debe ser celeste. La sorpresa de Lácar en 1875, se debió á los pantalones; los de los carlistas y alfonsistas eran del mismo color. Los soldados franceses llevan pantalón encarnado; los españoles no deben usar el de nuestros enemigos tradicionales.

La ordenanza de 1768 prohíbe al soldado ir de capa. No rezaría con los oficiales. Mi padre la usó parda en la guerra de la Independencia. Al no llevar abrigo aunque helase, es decir, fastidiándose, llamaban ir á lo militar en el siglo XVIII. En 1841 se consentía que en la esclavina verde con forro blanco llevasen algunos oficiales charros la cruz de San Fernando, bordada, á guisa de templario en drama romántico.

El primer abrigo que tuve en la milicia y el más útil para el oficial de infantería, fué el gabán azul turquí, de reglamento en 1848. El poncho famoso en la guerra de Africa era una túnica larga con esclavina. Si esta, á impulso del aire, al dar la voz preventiva, envolvía la cabeza, no se podía añadir la ejecutiva. El color pardo es feo y de mala vejez. De coronel gasté capote ruso celeste, ascendí, lo tiñeron de azul turquí, y ahora que yo no sirvo me sirve de bata. La misma manta morellana me resguardó del frío en la guerra de Africa, en la civil y después de treinta y siete años, la tengo en la cama. A las prendas también se las toma cariño. La manta es utilísima para el soldado en paz y en guerra.

Los celtíberos llevaban el pelo corto, los godos no se raparon jamás, el invicto Cárlos V se quitó las melenas, lo imitaron sus cortesanos, algunos derramaron lágrimas al perderlas, desde Felipe IV los españoles se dejaron crecer el cabello, los soldados durante el siglo XVIII usaban coleta y para trenzarla se ayudaban unos á otros. De ahí viene el llamar al amigo íntimo camarada de peine. La única medida limpia que se tomó en el reinado de Cárlos IV, fué disminuir la suciedad

en la tropa mandándola cortar el pelo. Cuando decae la disciplina en ella, se aumenta la longitud del cabello. Siempre que veía en el regimiento que yo mandé en 1875 algún oficial que lo llevaba largo, le decía señalando á un soldado que se hallaba en el mismo caso:—Mande V. que corten el pelo á ese.—Ambos se rapaban.—¿Qué murmuran de mí?—pregunté á un médico militar.—Dicen que su empeño de que todos vayan pelados, es porque V. es calvo.—No; lo manda la ordenanza. Dispuse que los soldados de mi regimiento usasen pañuelo blanco de algodón al cuello. Les abrigaba en invierno, empapaba el sudor en verano y si los herían podía servir de venda. Como no llegué á personaje, se adoptó la tirilla, inútil en campaña.

La mejor música es la que más nos gusta. Si no la entendemos, es igual á que nos hablen en chino. La inmensa mayoría va al Teatro Real por ver y que la vean. Pasos dobles que marquen bien el compás, se oigan á gran distancia, aires nacionales que alegran, conmueven, recuerdan nuestros valles y cabañas, es lo que deben tocar las charangas del ejército. Estas debían componerse en cada batallón de un sargento, dos cabos, de los cornetas y de otros tantos individuos que tocasen instrumentos que no les impidieran llevar el fusil y disparar. En la milicia no deben existir hombres inútiles.—Cuando en la última guerra civil comenzaba el fuego, me decía el músico mayor:—Con el permiso de V. S. nos iremos á retaguardia; pensaba yo.—Donde debíais iros es á... el demonio.

Antes se contaba la paparrucha de que al entrar la parada en la plaza de armas del Palacio Real de Madrid, un tambor mayor lanzaba la porra ó bastón por encima de la Armería Real y sin perder el paso regular ó lento, lo cogía en el aire después de atravesar el arco á la cabeza de la banda. Lo único bueno que ejecutó la república fué suprimir el mamarracho del tambor mayor y los estorbos de los menores.—Los han vuelto á poner.—Ya los quitarán.

Pero probar que los músicos de los regimientos son una ca-

lamidad, obsérvese en el año de gracia de 1896, lo que sucede cuando vuelven de la parada después de relevar la guardia de Palacio. Desfilan á compás gastadores, cornetas y tambores; los músicos nunca. Manda firmes un coronel á su regimiento; hay algún músico que no obedece. Marchan los músicos á compás, de lo contrario no podrían tocar, no todos llevan el paso. En los varios regimientos que serví, los únicos individuos que fusilaron fueron músicos. El mayor disgusto que tuve mandando un regimiento en campaña me lo dió un músico. El peor de los estados es la civilización á medias. Los músicos se hallan á medio civilizar.

Hasta 1859, lo mismo en paz que en guerra, si podía elegía asistentes aragoneses.—En el ejército gozan fama de valor, honradez y lealtad. Tuve uno de lo más indómito que se ha criado en las orillas del Cinca. Durante las interminables marchas que hacíamos por Cataluña, sublevada contra las quintas en 1845, al pasar los carros por entre las filas de la compañía, en cuanto mi asistente escuchaba la voz del carretero, gritaba, remedándolo: «¡Sooó!», y las mulas se paraban en seco. El catalán no podía adivinar qué soldado se burlaba, arreaba á los animales, que cesaban de caminar cuantas veces el aragonés repetía «¡Sooó!», con gran risa de los cazadores y desesperación del carretero, que juraba, blasfemaba y hasta pateaba el gorro de rabia.

Tuve un asistente en 1850, hallándome destacado en La Línea, que decía:—En Gibraltar hay ingleses, gabachos, moros, judíos, pero sólo un aragonés cuando yo estoy en ese pueblo.—Si yo era fiscal en alguna sumaria, le nombraba escribano; tomaba yo las declaraciones; no había cuidado que faltase al juramento de guardar fidelidad y secreto. No hacía sino firmar donde le indicaba. Concluía yo los autos á escape.

Al llenar un botijo en una fuente de San Roque, un aguador le dió por detrás con un cántaro en la cabeza. Cayó en tierra, se levantó, rompió los dientes al paisano y le pateó las tripas.—¿Qué es eso?—le pregunté al verle herido.—Que me

han *pegao*.—¿Se ha dejado V.?—A traición me han dado; si no me lo quitan, le saco los hígados por la boca.

En Algeciras le insultó un sastre. Lo cogió por la cintura, lo sacó fuera del balcón, y le dijo con la mayor calma:—Si no *juera* porque mi amo *pegará*, con mí lo tiraba á la calle.—Se empeñó en tocar la jota. Para que cesara el sonsonete, le gritaba yo:—¡Ibor! No oía el *tiruriru*, pregunté por el maldito instrumento, y me contestó el asistente:—No pude aprender: rompí la *vigüela* contra una esquina.—Me alegré.

La ciudad más cara de España era Cádiz; me quedaban cuatro duros, no quería pedir ni á mi familia y dije á Ibor:—Con tres duros me mantendrá V. un mes. El asistente me miró asombrado y replicó:—Yo tengo dinero.—No quiero de nadie.—Jamás he recordado los manjares que me dió el asistente. Ya manifesté lo noblemente que me sirvió Ibor cuando caí herido en 1854.

Me hallo persuadido que los peores soldados son los civilizados á medias. Siempre que elegía cazadores para mi compañía entre las cuatro de fusileros del batallón, desechaba los de algunas provincias, los de las grandes ciudades y los menestrales. Tomaba labradores, pastores, leñadores, contrabandistas y que no supieran leer. Alguno presentaba la dimisión compungido, alegando que no podía aprender los toques de guerrilla.—¿No tiene V. otro motivo?—No, señor; siento marcharme. Le ponía la mano en el hombro y decía:—¡Bah! ¡Bah! Por un salvaje más ó menos no la echaremos á perder. El soldado quedaba contento. Reunía los más bárbaros del batallón, era la época de mi mayor entusiasmo militar, y supongo que la mejor compañía de cazadores del ejército era la mía.

Mandaba yo el castillo de Tortosa en 1859 se me presentaron el asistente y un ordenanza, se cuadraron respetuosamente y expusieron á duo:—Mi capitán, con su permiso nos vamos al cuartel. A usted y á los niños serviríamos de rodillas, pero... no podemos sufrir á la señora. Mi mujer por exagerada en limpia los tenía fritos.—Esperen Vds. á que yo acabe de escribir,

y.. nos iremos los tres—les dije muy serio.—Al oírlo echaron á correr riéndose á carcajadas, y permanecieron conmigo hasta que tomaron la licencia. Cuando lo verificaron, formé la compañía y pregunté á los soldados:—¿Cuál es el más bruto de ustedes?—Fornoza—contestaron á coro.—¿Quiere usted ser mi asistente?—le dije al bárbaro por elección.—Sí, señor. Había sido carbonero en Añón, pueblo situado en Moncayo. Era tan ligero de piernas como cerrado de mollera.—¿Para qué llevas puñal? ¿No tienes fusil, bayoneta y 40 cartuchos?—le interrogué.—Pues irá V. sin *cualque* herramienta—exclamó.

Pasaron veinte años; deseaba yo subir á Moncayo. Avisé á mi antiguo asistente Fornoza, y me esperó el 13 de Agosto de 1878 en el Monasterio de Veruela para servirme de guía. Me vió y dijo:—¿No trae V. *cualque* herramienta? *Paice* mal en un mandón. Pregunté á una labradora:—¿Qué imagen es la que hay en ese pilar?—La Virgen de Veruela. El cuadro lo guardó una vieja desde que echaron los frailes hasta que vinieron los jesuitas; más de cuarenta años. Es donde se apareció nuestra Señora.—¡*Miá* parecida! Los curas para sacar cuartos—exclamó Fornoza.—No seas bruto—le interrumpí—¿querías que tu mujer y tus hijas no fuesen cristianas?—¡Rediós! Las *escacharía* la cabeza—replicó furioso el aragonés.

La villa de Añón, es una fortaleza del siglo XIII bien conservada. Por las calles corren el agua, los cerdos, las gallinas, los chicos y las mujeres ágiles, fuertes, guapas y limpias; los hombres, carboneros y leñadores, no se lavan jamás. Son liberales para destruir los bosques, sin importarles que las generaciones futuras no tengan con qué calentarse. ¿Qué hace aquel que anda por el agua en el fondo del barranco?—pregunte á Fornoza.—Coge truchas; si tuviera una carabina se las quitaba—respondió.—Eso sería robar—le repliqué.—Fornoza tiró una pedrada al pescador, gritando:—¿Hay amanta? (muchas.) El montañés no le hizo caso. Llegamos á la hospedería al ponerse el sol por detrás de Moncayo. La casa está pegada á un peñasco que le sirve de abrigo. Sólo la habitan de Junio á Se-

tiembre. El resto del año se halla cubierta de nieve. A los viajeros dan gratis toda clase de utensilios. Los comestibles se encargan á Tarazona; al abandonarla antes del invierno tapián puertas y ventanas; en una bonita capilla del siglo XVI, se venera á Nuestra Señora de Moncayo. Después de rezar el Rosario, cantar gozos á la Virgen y cenar—dijo un muchacho des-harrapado al capellán del santuario:—Señor vicario, las *litaguericas* y *litueniguericas* quieren las deje V. el pandero para bailar un *poquico* hoy que hace luna. Varias mozas de Litago y Lituénigo dormían en la casa, al amanecer cogen el aromático chordón (frambuesa riquísima) que venden el mismo día en Borja y Tarazona; andan las pobres á pie ocho ó diez leguas.

El 14 de Agosto, por una cuesta sin vegetación, después de dos horas de penosa marcha, subimos á la cima de Moncayo, 2.926 metros sobre el nivel del mar. Descubrimos un magnífico panorama; se extendía por Aragón, Castilla y Navarra hasta las cumbres del Pirineo. El Ebro parecía una cinta de plata; vimos pasar el tren de Zaragoza á Tudela. De pronto una neblina cubrió el valle, las nubes se espesaron, culebrea-ron los relámpagos y se repetían los truenos. Mientras en la cima del monte tomábamos el sol, más abajo descargaba furiosa tempestad. Fornoza, que seguía como cuando lo declararon bruto sus compañeros, exclamó: De Moncayo que está lleno de demonios salen todas las tronadas. Yo los he visto. ¡Hacen un ruido!

En la *Vida y hechos de Estebanillo González* leí: «Hallóse al presente sin cocinero D. Pedro de Ulloa, capitán de caballos, y por haberle informado que yo era el mejor de todo el ejército, me recibió para que yo le sirviese en dicho oficio, porque en la tierra de los ciegos el que es tuerto es rey. Contóme mi amo que hallándose en una aldea una vispera del Corpus llegó una compañía de la legua, y delante de mi amo y de los jurados representaron el auto *La locura por el alma*, adonde el que hacía Luzbel por dar más voces que los demás parecía mejor que todos. Salió mi amo á la plaza con todo el ayunta-

miento, hallaron al cura, preguntó al alcalde que tal eran los representantes, satisfizóle con decirle que uno qué representaba el diablo era el mejor. A lo cual le respondió el cura: Si el diablo es el mejor, ¿qué tales serán los demás? y digo que si yo pasaba plaza del mejor cocinero del ejército, ¿qué tales serían los demás?» Desde las guerras de Flandes no hemos adelantado gran cosa en materia de asistentes.

Preguntó un oficial á su asistente si había colado el café. —Sí, señor, con un calcetín de los sucios que se quitó V.—contestó. En 1875, durante el campamento de Monte-Esquinza los asistentes, á falta de agua y paños, limpiaban los cubiertos con saliva y el pañuelo. Cuanto más sucia la cocinera, más gordo el amo.

A un sibarita rico le oí no comprendía pudiera pasarse sin tomar un baño diario. En el campamento de Monte-Esquinza se habría revolcado en el fango.

Antes, si los oficiales procedían de cadetes, se ponía en la hoja de servicios. Su calidad noble. A los de la clase de tropa. Su calidad honrada. Dice la ordenanza. «Si el oficial al ser reprendido produce su nacimiento será mortificado á proporción de la irregularidad del caso.» Encarga al subalterno la circunspección y dulce trato con sus súbditos. Al capitán, que tengan los soldados buen trato, pronta justicia, ánimo, interior satisfacción, y al coronel, que su propio ejemplo, aplicación, desinterés, prudencia y firmeza, sirvan de estímulo y escuela. En los honores fúnebres dispone: «Seguirá el acompañamiento de oficiales no empleados y caballeros convidados en el mejor orden que se pueda». No expresa vayan por categorías. El siguiente artículo debía grabarse en oro. Cualquiera especie que pueda infundir disgusto en el servicio ó tibieza en el cumplimiento de las órdenes de los jefes, se castigará con rigor, y esta culpa será tanto más grave cuanto mayor fuese la graduación del oficial que la cometiere.

La regencia en 13 de Abril de 1811 ordenó: «Qué en el caso de apuro é intimidación de una plaza ó fortificación,

tome mando el de mayor carácter que vote por la defensa aunque sea el último de la guarnición, con la propia autoridad del gobernador, quedándole subordinados todos y obligados á su obediencia bajo pena de la vida y confiscación de bienes.» Así se hace imposible capitular.

Las Ordenanzas que para el régimen, disciplina, subordinación y servicio de sus ejércitos dió Carlos III á 22 de Octubre de 1768, hasta en literatura son un monumento cuyos preceptos son inmutables. Al reformarlo se echa á perder. Los militares deben tener ideas de nobleza; los pundonorosos son valientes; para sacrificarse por la patria es preciso amarla. En la primera guerra separatista de Cuba, los hijos de español y criolla fueron filibusteros, los de cubano y española ninguno. Los hospicianos que fueron de soldados á defender la integridad de la Nación, muchos se pasaron á los insurgentes. No tenían madre. Carlos III prohibió admitir en el ejército á los mendigos. El que carece de dignidad puede vender la puerta de una plaza y robar lo que custodia.

Los títulos aristocráticos más dignos se ganan peleando por la patria. Cervantes dice: «Que puesto que han fundado más mayorazgos las letras que las armas, todavía llevan un no sé qué, los de las armas á los de las letras, con un si sé qué de esplendor que se halla en ellos, que los aventaja á todos.»

En España existía la democracia cuando no se conocía de nombre como ahora.

Antes de que se hablase de igualdad, los soldados rasos llegaban á príncipes y duques. Díganlo Leiva en el siglo XVI y Espartero en el XIX. Los ricos y nobles tienen más obligación de defender el país que los pobres y plebeyos. El único medio que queda á la aristocracia de conservar el prestigio y de que no desaparezca es dedicarse á la milicia ó á la diplomacia. En 1796, de 613 generales que había en el ejército, 123 tenían título aristocrático. En 1896, de 496 incluso los que se hallan en la reserva, 13 ostentan títulos antiguos y 12 modernos. Véanse las Guías de forasteros de los años mencionados.

Cuando no hay clases, aparecen los tiranos. Entró un aragonés en la iglesia con el pañuelo en la cabeza; el cura le llamó animal, se ofendió el baturro y le preguntó furioso:—¿Y V. con la casera? (ama).—Todo es malo, todo es malo—le contestó el clérigo despotismo y liberalismo.

Dejaremos por ahora á políticos civiles y militares que todos son malos, y volveremos al aburrido servicio de guarnición. Repetidas injusticias no me quitaban el entusiasmo. Siendo capitán gozaba mandando mi batallón. Un día pregunté al tambor mayor por qué no rompían la marcha los soldados al compás de la banda.—Porque no hace V. señal con la espada antes de dar la voz ejecutiva y no puedo prevenirlo á la música con el bastón—respondió.—Quedé convencido y corregido. ¡A cuántos ciega la vanidad y se ponen en ridículo creyendo que todo lo saben!

A ser posible, la tropa nunca debe caminar de noche. Las fuerzas físicas decaen más que durante el día. Cuando llega el amanecer, la humanidad necesita descanso. Se observa que los soldados de caballería se entregan al sueño aunque se lo prohiban. Los de infantería acortan el paso, vacilan y caen al suelo como aletargados. Al salir el sol se ven los rostros pálidos, se descompone el vientre: si para evitar el calor un batallón camina de noche y otro sufre los rayos del sol canicular igualmente bien mandados, el segundo tendrá menos bajas que el primero después de una larga marcha.

Al amanecer hace crisis la naturaleza; es cuando generalmente mueren los enfermos. También es la hora á propósito para las sorpresas. En las guerras de Italia y Flandes las *encamisadas* se hacían al rayar el alba.

No es fácil conducir soldados. En una marcha nocturna que hizo mi batallón en 1857, las tres cuartas partes se tendieron en las cunetas de la carretera mientras el resto con los oficia'es seguía andando. Al clarear el día me dijo un capitán:—No veo mis pavos.—Así llamaban á los granaderos. Todos habían quedado dormidos en el camino.

En Reus un capellán de mi regimiento, cumpliendo con su deber, en cuanto veía alguna de esas infelices mujeres que van con los soldados daba parte al alcalde y la echaban de la población. Observó una que el capellán la perseguía, aturdida entró en el cuartel, el cura muy contento de que allí no se la escaparía, lo avisó al oficial de la guardia de prevención, ambos llegaron á la cuadra de la compañía de granaderos, donde les dijeron se había metido, cerraron la puerta y registraron hasta las mochilas; los soldados rápidamente anudaron las sábanas, con ellas descolgaron la pecadora por la ventana que daba al campo, arreglando las camas mientras el capellán y el oficial subían la escalera.

Al examinarlos de contabilidad en una revista de inspección, el general no estaba fuerte, y previno al coronel que se hallaba flojo, le sustituyera. En mi regimiento había un capitán gallego que se daba gran importancia por haber pasado toda la vida en las oficinas, llegando á enterarse de la burocracia militar, para lo cual no se necesita talento sino paciencia. El coronel creyó lo sacaría de apuros y le preguntó: ¿Qué recibe el soldado por todos conceptos?—El soldado no recibe nada.—¿Cómo no?—El general levantó la sesión y se marchó. Furioso el jefe llamó sabio de aldea al oficial. Nosotros le titulábamos *Carpeta*; iba casi siempre con papeles debajo del brazo. Los que se dedican á la burocracia en los regimientos, no son los más á propósito para la guerra. El Cid y el Empecinado huirían de la tinta de escribir. Al mismo capitán le oí que en la primera guerra civil mandaba una columna.—¿De cuatro hombres? entonces eras cabo—le interrumpí.—Se conoce que no te has encontrado en muchas batallas como yo.—¿Te hallaste en las de Guadalete y las Navas—le pregunté.—No.—¿Por qué?—No habría nacido.—Ni yo cuando estuvistes en las que has soñado. En su hoja de servicios no tenía ninguna. Como gallego con mando se daba gran importancia. Nos contó que al cabecilla Frai Saturnino le cogió un puñal de solimán.—¿Del sultán Solimán? dámelo; sabes mi afición á las antigüe-

dades.—Estaba envenenado.—¿El emperador de Turquía?—El cuchillo—contestó.—Para hacerle rabiar le referimos el siguiente cuento muy repetido en el ejército: «Varios gallegos marchaban uno tras otro por Andalucía, les detuvieron unos ladrones, les preguntaron de dónde eran, respondieron que de *Santiago*, de *Lujo*, de *Vijo*, les arrimaron una paliza á cada uno menos al último que contestó de *Guered* (Jerez).—Al darle de beber exclamó.—Si no digo que soy de *Guered* me *goroban*.

En sociedad y menos en la milicia, se debe bromear sólo entre iguales. A los mayores se falta y á los menores se deprime.

En aquella época existía el oficial patriotero, tipo despreciable. Su liberalismo falso estaba en relación con sus malos instintos. A un capitán de mi regimiento jamás se le caía la palabra libertad de la boca. Me miraba con lástima, creyéndome familiar del Santo Oficio. Le odiaban los soldados, aseguraban había muerto dos; les metía la uña en la oreja, les daba con la empuñadura del sable en el vientre, ó con el puño cerrado debajo de la barba. Pregunté después de la revolución por aquel verdugo, y me contestaron: Por poco lo arrastran los soldados del batallón que mandaba; escapó á uña de caballo. Al oírlo me sonreí y exclamé:—¡Ya!

Hallándose mi batallón formado en columna, el segundo comandante, muy animal, que le faltaba media oreja, gritó airado dos veces:—Los capitanes, aquí. Nos acercamos y añadió en igual tono:—Si mañana no están las distribuciones, todos arrestados.—¡Qué barbaridad!, le dije en voz baja y pensé.—¡Ojalá te hubieran desorejado.—Es cosa del coronel, replicó.—Se llamaba distribución la cuenta mensual del haber y prendas que se entregaban á los soldados.

En un regimiento hay las mismas intrigas, envidias y chismes que en un pueblo pequeño. El primer comandante de mi batallón cortó relaciones con la mayoría de los oficiales casados. Se le ocurrió la diabólica idea de insultarnos, sin ries-

go por medio del santo, seña y contraseña que reciben las guardias diariamente. Calculó que enviándome el primero, descifraría el enigma y alarmaría á mis compañeros. En cuanto leí San Fernando Fanfarria Fechoría, comprendí aludía al capitán gallego. Este me relevó, le enseñé el papel y pregunté:—¿Sabes qué significa?—No.—Te lo explicaré.—San Fernando, tú; te llamas Fernando; *Fanfarria*, eres un fanfarrón; *Fechoría*, supone habrás hecho alguna fechoría. El santo que recibas me lo dedicará, comenzará con R. En efecto. Lo traduje del modo siguiente: San Rómulo, yo; el comandante sabe soy gemelo; Rómulo y Remo, reyes de Roma, también lo fueron; Retirada, le he retirado mi amistad; Risa, me da risa. El maruso se quedó como quien ve visiones. A los otros capitanes dirigió santos por el estilo. El último decía: *San Trino*, al comandante le acompañaban siempre dos aduladores; *Tinta*, los tres se titulaban «La liga negra»; *Terrible*, serían inexorables con los que nos llamaban «La liga blanca». Reclamar era inútil. Conservo los originales.

El comandante carecía de tacto, y era más pesado que la maza de Fraga. Desde su pabellón contó los cigarrillos que en seis horas se fumó el sargento que se hallaba de guardia. Trató de mortificarme más que á los demás, por creermelo de menos paciencia. Lo comprendí, y no consiguió apurármela.—He sabido,—me dijo delante de los oficiales,—opina V. que la carga á discreción no se debe hacer con igualdad.—El sentido común, el diccionario de la lengua y nuestras sabias ordenanzas lo disponen,—manifesté.

Estaba yo en el pabellón, llegó un sargento y me dijo:—El señor comandante, que vaya V. corriendo al cuartel; se ha incomodado porque la compañía no bajaba la escalera á compás. Me sonreí, pensando: busca camorra, desea que pierda yo los estribos; no le daré gusto. Al verme, exclamó el jefe:—Los cazadores todo lo hacen mal.—Según quien los manda, le interrumpí.—Que formen,—añadió. Previne á los soldados trataban de examinarnos y esperaba quedaríamos bien. El

jefe me indicaba lo que yo debía de mandar; la compañía parecía una máquina; al fin de cada movimiento preguntaba al comandante con la mayor calma:—¿Y ahora? Hasta que por no poder corregir, gritó:—Que se retiren.

Por aquella época había en el ejército superiores que gozaban en fastidiar á los inferiores, justa ó injustamente. Sobre todo chillarles en público, para darse importancia, seguros de la impunidad, olvidando que la ordenanza previene al cabo *ser medido en sus palabras aun cuando reprenda*.

Dispuso el comandante enseñase yo á los cazadores la esgrima de bayoneta dentro del cuartel y á los otros capitanes que instruyesen á sus soldados fuera del edificio en la táctica de guerrilla. Adiviné su idea. Cuando mi compañía olvidase el orden abierto peculiar de su instituto y los otros lo supiesen, ponerme en ridículo. Pasó un mes, esperó que yo estuviera de guardia y mandase mi compañía un subalterno tumbón, que siempre acudía al cuartel después que yo, y abusando de la amistad, en lugar de excusarse me preguntaba:—¿Ya lo has arreglado todo?

Mandó desplegar en guerrilla á los cazadores al frente del batallón, y aunque trató que lo hiciesen mal, jamás otros lo ejecutaron mejor. Les advertí yo lo que iba á suceder, y de ocho á nueve cada noche se ejercitaban solos en guerrilla dentro de la cuadra tocando el corneta con la boquilla del instrumento. La masa de nuestros soldados es inmejorable, y de ellos se consigue todo tratándolos con justicia.

Para ser oficial de infantería no era indispensable durante nuestras revueltas civiles el requisito de ser caballero, ni siquiera honrado. Su procedencia era diferente en casi todos sus individuos. No se ponían de acuerdo jamás ni para bueno ni para malo. En mi regimiento un capitán se llamaba Mula, otro Cordero, y muchos, sin tener nombres de animales, sufrían que los tratasen como á bestias. Los de carácter independiente, los que sabían cumplir con su deber, no toleraban les faltasen al decoro y consideraban la milicia como religión de

hombres honrados, según la calificó Calderón, los echaban de los cuerpos con sólo escribir los coroneles á la Dirección del arma. Así los mortificaban en su amor propio, les perjudicaban en sus intereses trasladándolos de un extremo á otro de la Península, les rebajaban el sueldo, conseguían que perdiesen el entusiasmo y hasta la fe en la justicia humana. Recurrir al ministro de la Guerra era una necedad no teniendo valimiento. Pediría antecedentes á la Dirección que no informaría en contra de lo que ella había dispuesto. Tiranía horrible.

Ya dije fui un mentecato al continuar en el regimiento después que el coronel me ultrajó cobardemente en Julio de 1856. Me dió una satisfaccióu, seguí creyendo en su amistad y olvidé la ofensa. Tenía tan buena facha como mal corazón. Su instrucción corría parejas con su brutalidad; salpicaba las arengas con sucias interjecciones. Se vengaba hasta de imaginarias ofensas. Trataba á sus inferiores con el mayor desprecio. Dirigiéndose á la oficialidad dijo:—El menor de Vds. se cree más guerrero que Metternich. Un alférez versificador repentista exclamó al oirlo.

«Para frugal Eleogábalo
para sabio Marte chic,
para discursos un bárbaro;
para guerrear Metternich».

El 7 de Diciembre de 1859 un oficial de mi compañía que ha muerto de teniente general en 1896, me enseñó la *Gaceta* y leí estupefacto: «Destinando al provincial de Cangas de Onís al capitán D...» Vestido de paisano me presenté al coronel. ¿Es V. el que me echa del regimiento al cual me trajo contra mi voluntad?—Yo, no.—Pues no lo entiendo; está en la *Gaceta*.—Será equivocación.—No hay otro de mi nombre en el ejército. ¿Tiene V. algo que reprocharme? Me descubro delante de todo el mundo, sólo dirán que soy calvo.—Como V. no me visitaba... Jamás le he adulado... En una época desgraciada fui el único que no le abandonó; romperé una carta en la que dice V. que

era yo un hidalgo aragonés. Apurado el coronel me preguntó: —¿Quiere quedarse en el regimiento? Escribiré... —¿Yo? Jamás; tiene nombre político, da asco, me inutilizaron al entrar, me trataron injustamente y ahora me expulsan. Me alegro. Volví la espalda al jefe y no lo vi más. Así se jugaba en aquella época maldita con la suerte y vida de los oficiales. Perdí la interior satisfacción que recomienda la ordenanza. Esta previene: «Podrá llegar hasta Nos con la representación de su agravio» ¿Con el sistema constitucional, dónde está Nos? (el Rey) ¡Ha de hacer justicia el que agravia!

Se envenenó mi sangre. Con la mucha que vertí al herirme y el golpe moral que recibieron mis ilusiones militares, se me acortó la vista. Los diviosos me libraron de una enfermedad.

¡Cuánto sentí dejar la compañía de cazadores que mandaba desde 1854! Mi mujer se quejaba de que yo sólo quería á los soldados: los traté con firmeza y dulzura, hice cuanto pude por ellos, me desvivía en su obsequio. Jamás hubo ninguno de mi compañía en el calabozo. Por perder un botón, poca limpieza ó llegar un minuto tarde les imponía dos horas de imaginaria, leve castigo que redundaba en ventaja de sus compañeros. Corrigiendo las faltas pequeñas se evitan las grandes. En el castillo de Tortosa supe jugaban los soldados; me vestí á escape, arengué á la compañía y al observar que distraído llevaba gorra de paisano con el traje militar la arrojé por encima de la muralla. Mi separación cayó como una bomba en el regimiento; mis compañeros huían de mí, temían que el coronel los viese, hasta el capellán; tan miserable conducta me daba risa; no les he vuelto á hablar. El coronel se ensañó conmigo, consiguió me colocaran en un cuerpo sin tropa para aburrirme, matar mi entusiasmo militar y que en nada emplease mi excesiva actividad. Lo hizo á propósito, me conocía bien. Además martirizaba á mi inocente familia. En Diciembre desde la costa del Mediterráneo á Cangas, entonces no había ferrocarril ni carretera en todo el camino, sufriría mil pena-

lidades. Me creería como á la mayor parte de los oficiales sin dinero, tendría que pedirlo á la caja, humillarme por amor á mis hijos, hacerme pasar por el aro, frase que repetía con fruición en casos semejantes. No le di ese gusto. Los honrados prenderos tortosines, muchos años después conocí esta casta de aves de rapiña, no se acercaron á comprar mis muebles hasta el día de mi marcha para llevárselos por nada. Me paro en detalles que dan á conocer la vida militar á mediados del presente siglo.

Ignoro lo que alegaría el coronel para que conmigo cometiese el gobierno tamaña tropelía. Alguna calumnia. Supondría que si se inspeccionaba el regimiento se descubriría la verdad. Le convenía atemorizar á los oficiales. Si al que creían estimaba lo lanzaba fuera del regimiento, ¿qué haría con los demás, él que no se paraba en barras? Conseguiría matarlos de hambre. Su influjo era grande. A la nación le conviene que cuantos siguen la carrera de las armas sean independientes y ricos. Los que lo son deben más que los pobres defender la patria de los enemigos de fuera y de los políticos de dentro.

Pertenecíamos á la columna que mandaba jefe tan cínico un alférez manchego, grueso, moreno, linfático, pesado, bueno y yo al cual no me parecía en genio ni en figura. Hace dos años mi antiguo compañero, coronel retirado, ya ha muerto, me dijo con su calma acostumbrada:—Sé que escribes tus *Aventuras*; aunque tenías de joven mucha memoria, de seguro no recuerdas lo que sucedió... —¿Que no?—le interrumpí con vehemencia adivinándole el pensamiento.—Si tú que eres poco impresionable no lo has olvidado, calcula yo. Escucha:—«La noche de Navidad de 1847 nos hallábamos los oficiales de nuestro batallón acostados en la paja de la Rectoría de Montagut (provincia de Tarragona). Los asistentes nos dieron de cenar. El comandante llamó al suyo gritando: «Fayana» traeme lo que la p... de mi madre me ha mandado para Nochebuena.» Todos al oír la estúpida, asquerosa y villana frase

quedamos horrorizados.—¿Era eso lo que me ibas á contar?—pregunté al veterano.—Sí—me contestó.—Entonces era yo teniente. El comandante aquél de coronel me echó de su regimiento. Murió aplastado en un tren de ferrocarril después de lenta agonía, convertido en repugnante masa; sólo por las cifras de la camisa se identificó su personalidad.

En cuanto supo el gran canalla que pedí y conseguí me destinaran al ejército que peleaba en Africa, escribió á uno del cuartel general de O'Donnell para impedir mi ascenso á comandante. No hay peor venganza que la inmotivada. Dejé á mi familia en Algeciras, el vapor hizo escala en Málaga, coloqué mi capa entre los manteos de unos frailes franciscanos en la cámara del buque, le gustó á un charrán y me la robó. Mal augurio.

UN SOLDADO VIEJO.

EL PROGRESO CIENTÍFICO EN MÉJICO

ANAHUAC, después del descubrimiento *Nueva España*, y más adelante Méjico, era un país precolombino, habitado por las razas más cultas que los heroicos aunque muchos de ellos crueles conquistadores, conocieron.

Habitaban en el Anahuac los olmecos y gicalaucos, descendientes ambos de las naciones que poblaban la antigua Atlántida; los otomites, salvajes dedicados á la caza, en la cual eran sumamente diestros, y cuyo lenguaje, bastante difícil, lleno de aspiraciones guturales y nasales, no carecía de abundancia ni de expresión; los taroscos, nación civilizada que vivía en el hermoso, rico, vasto y ameno país de Mechoacán, cuyos artistas excedieron á los de otras naciones, y en su lengua, abundante, dulce y sonora, se usaba frecuentemente la *erre* suave, constando sus sílabas, por lo común, de una consonante y de una vocal; los mozahuis y matlazuiques, que formaron un Estado considerable en el valle de Toluca y fueron sometidos á la corona de Méjico por el rey Ajayacatl; los mitjeques y zapotecos, ambos muy civilizados é industriales; los chiapaneses, gobernados por dos jefes militares nombrados por sus sacerdotes; los tlascalcus ó teochichimecos, considerados como una tribu de la nación chichimeca que se estableció en Pajauhtlón, lugar situado en la orilla oriental del lago de Tezcucuo, extendieron considerablemente sus dominios y eran

guerreros, valerosos y muy amantes de la libertad; los cuitlateques, cohuiques, jopes, mazateques, papaloques, chinanteques, totonaques, soquimilques, chalqueses, tepanecos, colhuis y los tlahuiques, así llamados por habitar el país de Tlahuicán que quiere decir «tierras de cinabrio.»

Pero sobre todos estos pueblos, hubo tres naciones en el Anahuac, que fueron, á no dudarlo, las más cultas de aquella tierra.

Quiero referirme á los toltecos, chichimecos y aztecos, que en diversas épocas, dominaron en las comarcas mejicanas, llenándolas de monumentos, de pirámides de construcciones asombrosas, que hoy contemplan admirados los hombres que á la Arqueología se dedican.

Setecientos diez y nueve años después de Jesucristo arribó al Anahuac una raza, llamada tolteca por haber habitado antes más al Norte, un país que se llamaba Toltán, raza no desprovista de civilización, puesto que vivieron siempre sus individuos congregados en ciudades bien gobernadas, bajo el dominio de soberanos y la protección de leyes saludables y benéficas.

Distinguíéronse los toltecas más que nada en el cultivo de las artes; pero aplicados á la agricultura, fueron los primeros que comenzaron á cultivar el maíz, el algodón y el pimiento.

Consumados mineralogistas, los toltecas, supieron fundir el oro y la plata, dando á estos metales toda clase de formas por medio de moldes especiales y aún no muy conocidos, y trabajaron con destreza las piedras preciosas.

A este efecto, dice Fr. Bernardino de Sahagún en su *Historia general de las cosas de Nueva España*, que «fué tan grande lo que alcanzaron acerca del conocimiento de las piedras, que aunque estuviesen metidas dentro de alguna grande y debajo de la tierra con su ingenio natural y filosofía las descubrían y sabían dónde las habían de hallar.

Eran los toltecas sumamente versados en la botánica médica, conociendo la virtud medicinal de las plantas; pero sobre

todo eran muy competentes en Astronomía, hasta el punto de haber sido los inventores del arreglo del tiempo adoptado después por todas las naciones del Anahuac.

El italiano Boturini, en su preciosa obra *Idea de una historia de Nueva España, fundada en una gran colección de figuras, símbolos, caracteres jeroglíficos, cánticos y manuscritos de autores indios nuevamente descubiertos*, impresa en Madrid el año 1746, afirma que observando los toltecas en su antigua patria Toltán la diferencia de cerca de seis horas entre el año solar y el civil que tenían en uso, pusiéronlos de acuerdo, por medio de un día intercalar que introducían de cuatro en cuatro años, cuya innovación se verificó unos siglos antes de la Era Cristiana.

Dice además el citado Boturini que reinando en el Anahuac su segundo monarca *Ijthilcuechahuac* un famoso astrónomo llamado Huematzin convocó, con la aquiescencia de su soberano, á todos los sabios de aquella tierra, los cuales trazaron bajo su dirección el célebre libro llamado *Teoamotlí* esto es, *libro divino*, en el cual se exponía por medio de diversas figuras el origen de los indios, su dispersión después de la confusión de lenguas en la Torre de Babel, sus peregrinaciones al Asia, sus primeros establecimientos en el Continente de América, la fundación del imperio de Tiile y sus progresos hasta aquella época; asimismo, describíanse en el citado libro los ciclos, los planetas, las constelaciones, el calendario de los toltecas, con sus cielos las transformaciones mitológicas en que se comprendía la filosofía moral de aquellos pueblos.

El P. Sahagún en su ya nombrada obra y hablando de la competencia de los toltecas en astronomía, escribe lo siguiente: «Eran tan hábiles en la astrología natural los toltecas, que ellos fueron los primeros que tuvieron cuenta y la compusieron de los días que tiene el año, de las noches, sus horas, de la diferencia de los tiempos, etc.; conocían y sabían muy bien los que eran sanos y los que eran dañosos, los cuales dejaron ellos compuestos por veinte figuras ó caracteres:

también inventaron el arte de interpretar los sueños y eran tan entendidos y tan sabios, que conocían las estrellas de los cielos, y las tenían puestos nombres, y sabían sus influencias y calidades; sabían asimismo los movimientos de los cielos, y esto por las estrellas.»

Unos ocho siglos y medio habitaron en el Anahuac los toltecas, y al cabo de este tiempo, destrozados y divididos por guerras civiles, abandonaron la tierra mejicana para desparramarse por toda la América Central.

Nada despreciable es tampoco la civilización chichimeca, pueblo que en los comienzos del siglo XIII de la Era Cristiana invadió el Anahuac, procedente del Norte de América, que es cuna y solar de muchos pueblos precolombinos.

Los chichimecas, cuyo primer rail en las tierras mejicanas fué Jolotl, modificaron sus costumbres y usos, convirtiéndose de un pueblo que vivía en miserables cabañas, cubría sus carnes con toscas pieles y alimentábase de la caza y de los frutos y raíces que producía la tierra inculta en una de las naciones más civilizadas del Anahuac. Pero esta gran transformación no se verificó sólo por los esfuerzos de Jolotl; contribuyó á ella la llegada á Teyameca, capital del reino chichimeca, de los sabios magnates Acolhuis, Tecuatzin, Trontehuayotl, Tracatitecheochi, Huchatzin, Tepotrotecua, é Ituncuicua, así como la fusión del pueblo chichimeca con los restos que de la civilizada nación tolteca habían quedado en el Anahuac; cosa que vino á determinarla el casamiento de Arcajochil, doncella descendiente de Pochotl, uno de los príncipes de la familia real tolteca, con Nopaltrino, hijo del rey Jolotl.

Uno de los más ilustres monarcas chichimecas fué *Nezahualcoyotl*, descendiente en línea directa de Jolotl, y que había nacido en 1390, falleciendo en 1470, después de un reinado glorioso de cuarenta y cuatro años.

Este monarca, que fué un gran poeta y un esclarecido hombre de ciencia, contribuyó sobremanera al progreso de su pueblo, á pesar de que antes que subiese al trono ya los chichime-

cas se hallaban muy adelantados en lo que á la literatura concierne. Boturini dice que había entre ellos poetas que en un metro heroico referían los hechos gloriosos de sus guerreros; historiadores que llevaban memoria de los acontecimientos notables mediante cordones y nudos diferentemente combinados; fabulistas que, sirviéndose de metáforas é ingeniosas alegorías, daban lecciones útiles al pueblo, ya ridiculizando ó criticando las costumbres y los vicios, ya elogiando las virtudes de los buenos ciudadanos, y una academia ó colegio en Texcoco, que según Clavigero y Veitia, fué la Atenas del Nuevo Mundo precolombino, en la que se cultivaban las artes y se llamaba á público certamen á los hombres de más claro entendimiento.

Sin embargo de esto, poco adelantados hallábanse los chichimecas en el orden científico antes del reinado de Nezahualcoyotl, que ya en posesión del cetro de sus abuelos, mostróse recto en la administración de justicia y reformó la legislación chichimeca, promulgando ochenta leyes que después fueron compiladas por su descendiente D. Fernando de Alba Ixtliljochitl, en su *Historia de los chichimecas*; dió nueva forma á los consejos establecidos por su abuelo Techotlalla, haciendo que fuesen servidos por las personas más aptas y dignas; creó un consejo para las causas civiles; otro para las criminales; el consejo de guerra compuesto de los más famosos guerreros de Acolhuacán (1); el de Hacienda, al que pertenecían los mayordomos de la casa real y los primeros traficantes de Texcoco ó Tezcucó; mandó que ninguna causa civil ni criminal pudiera prolongarse más de ochenta días, ó sea cuatro meses mejicanos y que cada ochenta días se celebrase una gran reunión en el palacio real, á la cual concurriesen jueces y reos, que recibían allí mismo el castigo que las leyes señalaban; señaló asimismo penas muy severas al adulterio, la sodomía, el hurto, el homicidio, la embriaguez y la traición á la patria, y

(1) Este es el nombre con el que muchos conocen á la tierra chichimeca.

era tan fiel observador de las leyes, que muchos autores aseguran mandó dar muerte á cuatro de sus hijos por incestuosos.

Mas no sólo velaba Nezahualcoyotl por el buen gobierno de sus Estados y el bienestar de sus súbditos; dedicóse al mismo tiempo y con gran afán al cultivo de las ciencias y de las artes, mereciendo cumplidamente el sobrenombre de Mecenas del Anahuac.

Estableció Nezahualcoyotl puntos ó academias para el cultivo de la poesía, de la astronomía, de la música, de la historia, de la pintura y del arte adivinatorio; llamó á su corte á los profesores más aventajados del Acolhuacón, y dispuso que se reuniesen en épocas dadas para comunicarse sus invenciones é ideas; fundando escuelas en Tezcucó para cada una de las materias anunciadas.

El estudio de la naturaleza modificó por completo las ideas religiosas, fundadas en la idolatría de sus mayores, convenciéndole que de todo cuanto prescriben y afirman los cultos dogmáticos por el conocidos no hay más verdad que una: la existencia de una causa primera, la materia, y una energía que evolucionando ha dado lugar á esa serie prodigiosa de maravillas que bajo el nombre de universo conocemos.

Esta causa primera fué el Dios á quien adoraba desde el fondo de su alma el gran rey Nezahualcoyotl. Y digo que le adoraba desde el fondo de su alma, porque las ideas cuando nacen y emanan de las propias individualidades, cuando no son expuestas por poder externo alguno, se hallan dotadas de una fuerza tal que llegan á efectuar prodigios, y dan motivo á esas creaciones asombrosas que tanto honran á la mente humana; por eso Nezahualcoyotl compuso sesenta inspiradísimos himnos en loor del Dios en quien su ciencia y sus talentos obligáronle á creer.

Nezahualcoyotl era también un consumado astrónomo y un profundo botánico; los conocimientos astronómicos adquiriólos con la frecuente observación que hacía del curso de los astros, y su pericia en botánica estudiando en la naturaleza, en

las plantas, pues su podesa inteligencia había vislumbrado la utilidad que del estudio de esta ciencia pueden obtener las sociedades de hombres.

Del mérito de este gran monarca como poeta y como hombre observador de la Naturaleza, nos da clara idea el ilustre literato mejicano, Victoriano Agüero, en su notable obrita *Escritores Mexicanos contemporáneos*.

«La ciudad donde floreció la poesía—dice Victoriano Agüero—fué Texcoco, la Atenas del Nuevo Mundo; allí existió una *academia ó colegio* en que se cultivaban las artes, allí estaba el grande é inmortal Nezahualcoyotl, una de las más bellas figuras de nuestra historia antigua; allí se pasaba él en sus contemplaciones astronómicas, y se recreaba dulcemente en los magníficos espectáculos que le ofrecían el *Popocatepetl* y el *Ixtacichuatl*, coronados de resplandeciente nieve, los mansos y brillantes lagos, sus márgenes pobladas de pintorescas aldeas y de risueños jardines. Cuando aquel soberano en medio de sus silenciosas meditaciones llegó á comprender que existía un solo Criador y Soberano de todo el Universo, y se propuso tributarle adoración y sincero amor, compuso en honor suyo sesenta cánticos según cuentan los historiadores. En sus cánticos, se descubre lo que era la poesía azteca, y se admiran las privilegiadas dotes morales de Nezahualcoyotl y su alma elevada y pensadora. Tiene uno de estos cánticos que se conserva cierta dulce y apacible melancolía propia de un alma que ha sufrido y es visitada por recuerdos dolorosos, por pensamientos tristes; las imágenes, por lo general, son agradables y modestas.

Las galas de esos cantares las tomaba su autor de los verjeles del valle; sus armonías de los bosques y de las montañas; su dulzura, de la bondad de nuestro clima; y las ideas venían gallardas y libres al suave calor de la inspiración ó de la meditación. Conviene agregar también, en elogio de este rey, y á propósito del asunto que nos ocupa, que no era su amor á la poesía el único mérito que le adornaba y que hoy hace tan

simpática su memoria, sino que además se distinguía por la benevolencia con que trataba á los que, como él, se dedicaban á cultivarla.»

Boturini refiere que habiendo sido condenado un reo á muerte en cierta ocasión, éste compuso en poco tiempo un bello y sentido poema de despedida, que fué escuchado por el monarca: prendado de su belleza, y en premio á la feliz inspiración del poeta, le perdonó gustoso la vida.

El hijo de Nezahualcoyotl, llamado Nezahualpilli, también monarca del Acolhuacán, fué como su padre muy versado en astronomía, para cuyo cultivo tenía un observatorio en el palacio de Tezcotzinco, desde donde observaba de noche el curso de los astros, cultivando asimismo la botánica y las letras.

Nezahualpilli era gran observador de las leyes, y como el autor de sus días, enemigo declarado de la idolatría de sus mayores.

Con su muerte, ocurrida en 1516, acabó la gloria de los reyes chichimecas. Sus hijos y sucesores Cachmrtzin también excelente astrónomo y Coacotzin, cayeron en poder de los españoles, y al morir ambos en un cadalso, terminó el reino de Acolhuacan que tanto ilustraron Nezahualcoyolt y Nezahualpilli, las dos figuras más nobles y más grandes del Anahuac precolombino.

Los aztecas, la otra raza culta del Anahuac, inventaron aquellos célebres huertos flotantes, donde primero cultivaron legumbres y hortalizas, y más tarde, cuando extendieron sus dominios, sirviéronles como jardines, á los cuales eran tan aficionados.

Construyeron asimismo edificios suntuosos, calzadas y canales, y fueron muy aptos para la pesca y para toda clase de industria.

Los aztecas conocían perfectamente la agricultura, el modo de labrar las tierras, de sembrar los granos, de extirpar los campos de hierbas nocivas, la manera de recolectar las

semillas, etc., y eran sumamente diestros en el cultivo de las flores. Entre sus huertos y jardines merecen especial memoria los jardines reales de Méjico y de Tezcucó, así como los de Iztopalapán y Huajtepec. También es celebrado por el historiador Bernal Díaz del Castillo, el jardín de Malinatepec, que Motenezoma II regaló al emperador Carlos V.

Fundían los metales preciosos haciendo las imágenes más perfectas de los objetos naturales. Fundían de una vez un pez que tenía las escamas alternativamente de plata y oro; un papagayo con la cabeza, la lengua y las alas móviles: un mono con la cabeza y los pies móviles y con un hueso en la mano en actitud de hilar; engarzaban asimismo las piedras preciosas en oro y plata y hacían joyas curiosísimas y de gran valor.

En construcción tampoco dejaban de estar adelantados.

Para defender á los pueblos usaban los aztecas diversas clases de fortificaciones, como muros y baluartes, con sus parapetos, estacadas, fosos y trincheras, puesto que la ciudad de Quanhquechollan estaba fortificada con una buena muralla de piedra y cal, de 20 pies de alto y 12 de grueso y Tlascalenses tenían una muralla de 6 millas de largo, 8 pies de alto y 18 de grueso, siendo de piedra y cal y de un betún tan fuerte que Bernal Díaz del Castillo dice que era necesario emplear picos de hierro para deshacerlo.

Construían casas de piedra y cal que tenían dos pisos, con sus salas, cámaras y patios, perfectamente distribuidos y el techo llano, de buena madera y bien labrado. Conocían el modo hacer arcos, bóvedas y cornisas, y los muros sabían construirlos derechos, perpendiculares, blancos, bruñidos y relucientes.

Para formar idea finalmente de lo que era la arquitectura mejicana, basta repetir lo que Cortés escribía á Carlos V. «Tenía—dice refiriéndose á Motenezoma—dentro de la capital casas tan grandes y maravillosas que no puedo dar á entender de otro modo su excelencia y grandeza, si no es en diciendo que no los hay iguales en España.»

Sabían también construir acueductos para conducir el agua á las poblaciones, siendo notables los de Chapoltepec por medio de los cuales conducíase agua á Méjico y eran de piedra y mezcla, de cinco pies de alto y de dos pasos de anchura, contruidos sobre un camino abierto á propósito y aun el famoso de Campoalan, hecho de cal y piedra, de 32 millas de largo, con tres puentes, el primero de 47 arcos, el segundo de 13 y el último de 67.

Eran también los aztecas grandes tejedores; pero sobre todo se distinguían por los trabajos que sabían hacer con las plumas más delicadas y hermosas de los pájaros.

Tenían grandes conocimientos en Astronomía y Ciencias naturales, principalmente en Botánica, y en Botánica médica, pues sus médicos, conocían gran número de hierbas, con las cuales hacían maravillosas curas.

Los médicos tlascaleses curaron al gran Cortés las heridas que recibiera en la famosa batalla de Otumba, y mejicanos eran también los médicos que dieron á conocer al célebre naturalista español D. Francisco Hernández, 1.200 plantas con sus propios nombres aztecas, doscientas y más especies de pájaros y un gran número de cuadrúpedos, de reptiles, de peces, de insectos y de minerales.

No estaban desprovistos los aztecas mejicanos de conocimientos geológicos, puesto que distinguían cuatro edades diferentes, con otros tantos soles. La primera denominada *atoniatinh*, esto es, sol ó edad de agua, empezó en la creación del mundo y continuó hasta la época en que perecieron el sol y casi todos los hombres, en una inundación general. La segunda, *Thaltonicatinh*, edad de tierra, duró desde aquella catástrofe hasta la ruina de los gigantes y de los grandes terremotos que dieron fin del segundo sol. La tercera *Ehecationatinh*, edad de aire, empezó en la caída de los gigantes y acabó con los grandes torbellinos que exterminaron el tercer sol y todos los hombres. Y por último, la cuarta *Tletoniatinh*, edad del fuego, comprende desde la última restauración del

género humano, hasta que el cuarto sol y la tierra sean consumidos por el fuego.

Todo esto tiene marcada analogía con las tendencias y principios sustentados por la geología moderna.

Los mejicanos anteriores al descubrimiento conservaban sus tradiciones por medio de pinturas; conocían la escultura, como nos lo demuestran sus figuras y estatuas de oro y piedra; eran buenos músicos, tenían idea del teatro como institución moralizadora y de enseñanza; no desconocían la Pedagogía y practicaban juegos y ejercicios gimnásticos.

Tal era el pueblo más civilizado de la América precolombina, en cuya industria se notan vestigios, y vestigios fehacientes de conocimientos químicos y mecánicos.

*
* *

Por lo que antecede queda demostrado cumplidamente que los territorios que forman la actual república mejicana, estuvieron en los tiempos precolombinos poblados por la gente más culta de América, y esta es indudablemente la causa de que los adelantos que á Nueva España llevó la madre patria, se los asimilase tan pronto la raza azteca, para producir esos ingenios que tanto honran y glorifican al Méjico colonial.

Estaba el terreno abonado, y bien abonado, y así fué que con poco esfuerzo por parte de los conquistadores, los conquistados entraron en el concierto de su civilización.

Las leyes de Indias, que llevaban en sus admirables páginas impregnado el culto á las antiguas y gloriosas Comunidades castellanas, establecieron en Nueva España el municipio, principio eminentemente liberal, y que fué la picota, por decirlo así, que durante tres siglos estuvo golpeando y no paró

hasta dar con él en tierra, el edificio reaccionario y de marcada absorción que la ambición de los gobernantes que la madre patria enviaba á América construyeron, pasando, sí, pero pasando al fin por cima de las prescripciones admirablemente democráticas de las leyes de Indias.

El virrey Mendoza, de imperecedero recuerdo en los anales del movimiento intelectual mejicano, llevó allí la primera imprenta, que comenzó á funcionar en 1540 con la publicación de *El Manual de adultos*, primer libro impreso en Méjico.

Los españoles, estimulados por su ejemplo y empujados, por decirlo así, merced á la buena disposición que para el progreso intelectual tenían los aztecas, construyeron en Méjico una catedral, superior á todas las que en su época se habían construido en España; establecieron también en Méjico la Academia de Nobles Artes de San Carlos, un Colegio de minería antes de establecerlo en Madrid, y enviaron á Nueva España los hombres de más saber y de más capacidad que existían en la metrópoli.

Fundaron en Méjico el colegio de San Pablo en 1533; el de los Infantes en 1525; el de Huejotzing en 1527; el de San Juan de Letrán, el de Niños, el de los Vizcainos, el de niños de Caciques, el de San Juan de la Penitencia y el de la Enseñanza de Guadalajara; los de Guadalupe, los Gozos, las Vírgenes y Jesús y María en Puebla; el de niños en Oaxaca, y otros muchos en Zacateca, Irapuato, Morelia, Aguas Calientes y Orizaba, sin contar el famoso colegio de San Ildefonso, el de Tepozotlán y algunos más, las escuelas de los conventos y los Seminarios de Méjico, Mechoacán, Guanaxato, etc.

De todas estas escuelas comenzaron desde un principio á salir grandes ingenios, como Avendaño, autor de un *Tratado de Cosmología*; Betancourt, que escribió el *Teatro mexicano*; Burgoa, á quien se le debe la *Palestra Histórica* y la *Geografía de la América Septentrional*; José Ignacio Bartolache, célebre por sus *Lecciones Matemáticas*; Tezomao, autor de la *Crónica Mexicana*; Montaña, famoso por sus obras médicas;

Zaraté, por sus epigramas; Avila y Amable, por sus tratados de medicina: Sandoval, por sus obras de *literautra*; Rodríguez, por sus seis de *Matemáticas*; Juárez, por su *Memorial*; Luis de Cifuentes, por sus obras forenses; Bermúdez, por sus obras médicas; Sigüenza y Góngora, por sus 53 obras de literatura é historia, antigüedades, astronomía, crítica y poética y otros muchos, cuya sola narración haría interminable este trabajo.

Y hubiérase adelantado más en Méjico durante la época colonial si hubiesen ido allí mujeres españolas, porque está probado por la fisiología que por regla general los hijos heredan las propiedades y asimilaciones de sus madres y las hijas las de sus padres.

En el siglo XVI la imprenta que como ya he dicho fué introducida en Nueva España el año 1540, produjo obras de ciencia verdaderamente notables, tales como la *Física Especulativa*, escrita el año 1557 por el agustino Fray Alonso de la Vera Cruz, español que trabajó sobremanera en las ciencias físicas, considerándosele como fundador en Méjico de estos conocimientos durante la época colonial; *La suma y recopilación de cirujía* de Alonso López de Hinojosa, impresa en 1578; el *Tratado breve de Medicina*, de Fr. Agustín Farfán; *La Instrucción Náutica para el buen uso y regimiento de las Naos*, escrita en 1587 por el Dr. Diego García del Palacio; *Los Problemas y Secretos Maravillosos de las Indias*, del Dr. Juan de Cárdenas, impresa en 1591, obra verdaderamente notable por contener ideas nuevas en lo que á las Ciencias naturales concierne.

El famoso ingeniero Enrique Martínez, tuvo grandes conocimientos en Matemáticas, Geografía é Hidráulica; trazó un plan para el desagüe de las lagunas de Méjico y escribió un famoso *Tratado de Trigonometría*.

En el siglo XVII florecieron: Luis Becerra Tauco, famoso políglota y aventajado matemático, filósofo, químico y físico y profesor de matemáticas en la Universidad de Méjico; An-

tonio de Padilla, filósofo y ex Obispo mejicano que contribuyó mucho al progreso de la *Filosofía* en la Nueva España; Carlos de Sigüenza y Góngora, el más famoso astrónomo y naturalista que sin duda ha producido América, cuyas obras son innumerables y sus observaciones preciosísimas.

En el siglo XVIII son notables: Diego José Abadiano, filósofo y geógrafo; Lucas Alamán, naturalista, que hizo adelantar sobremanera el progreso material en aquellas tierras; Francisco Javier Alegre, jesuita, cuyos elementos de Geometría y lecciones sobre las secciones cónicas han servido durante mucho tiempo de consulta, tres matemáticos eminentes; José Antonio Alzate, el mejor naturalista que América produjera en los tres siglos que estuvo dominada por España.

Las observaciones meteorológicas y sus experimentos sobre la electricidad fueron numerosas y variados. Escribió sobre la construcción del pararrayos y observó concienzudamente la aurora boreal aparecida en 1789. En la *Gaceta Mexicana* describió muchas máquinas é instrumentos útiles para la agricultura, la minería, las artes y la industria, y publicó observaciones curiosas y llenas de interés sobre la transmigración de la golondrina, la historia natural del chuparrosa, la cría de la cochinilla y gusanos de seda, así como sus estudios sobre muchos insectos de Méjico, apenas conocidos entonces por los naturalistas de Europa.

Alzate hizo, además, preciosas investigaciones acerca de la cochinilla, infinidad de plantas y las famosas ruinas de Xochicalco, cuya descripción publicó con algunas láminas.

El chileno José Domingo Cortés, en su *Diccionario Biográfico Americano*, dice al referirse á este profundísimo hombre de ciencia: «Alzate pasó su vida, ya remontando su espíritu á la bóveda luminosa del cielo y observando los astros atentamente, ya en los campos esmaltados de flores, donde hallaba algún nuevo recreo y una nueva adquisición para la ciencia; estudiaba al buitre que se cierce en las nubes, ó buscaba al insecto imperceptible en las ramas de un árbol. Subió á la

montaña Ixtlacihualt, haciendo numerosas observaciones barométricas, termométricas, meteorológicas y botánicas, descubriendo que el cráter de ese extinguido volcán ya se había cegado.»

José Antonio Alzate hizo las primeras observaciones del paso de Venus por el disco del sol, trabajo meritísimo que le valió el nombramiento de socio corresponsal de la Academia de Ciencias de París.

La expedición botánica del Perú dedicó una planta á la memoria de este sabio, que falleció á los sesenta y un años de edad, el 2 de Febrero de 1790.

También se señalaron por su ciencia durante el siglo XVIII, Pedro Sainz de Baranda, inteligente marino, que se halló en la batalla de Trafalgar, donde recibió tres gloriosas heridas y murió en 1845 de general de la Armada mejicana, aunque retirado ya á la vida privada, porque el gobierno no quiso ayudarle en la empresa de reorganizar la marina de su patria; los médicos Manuel Carpio y Pedro Escobedo, el primero, profesor de Fisiología é Higiene en el colegio médico de Méjico y uno de los hombres más instruidos en ciencias que en aquel país había en los comienzos de este siglo, y el segundo, sabio catedrático de varias asignaturas de su facultad y autor de varios trabajos científicos, entre ellos una interesantísima *Farmacopea Mejicana*; el botánico Miguel Bustamante y Septién, discípulo predilecto del célebre Cervantes, catedrático de Botánica en la Escuela de Minería, que fundó el Jardín Botánico de Santo Tomás é hizo infinitas observaciones de fisiología vegetal, clasificando muchas plantas hasta entonces desconocidas por completo de la ciencia; el matemático José Sanz, profundo matemático y versado en la mecánica, que enseñó ambas ciencias en Madrid, Buenos Aires y París; el arquitecto Francisco Eduardo Tres Guerras, que construyó la iglesia de los carmelitas en Celaya, el teatro de San Luis de Potosí, el puente de Celaya y otros; y los arquitectos, también notables, Zapari, García, Ortiz y Paz.

En el siglo XVIII florecieron también en Méjico tres grandes astrónomos que honran á su siglo y á su patria, Antonio de León Gama, Pedro Alarcón y Joaquín Velázquez Cárdenas y León.

León Gama llegó á hacer tantos adelantos en la astronomía, que publicó varias memorias apreciabilísimas sobre los satélites de Júpiter, el calendario y la cronología de los antiguos mejicanos y el clima de Nueva España. En colaboración con el ilustre Velázquez, emprendió el trabajo para fijar la longitud de Méjico, y el resultado de sus operaciones consignólo en una obrita, poco conocida, que lleva por título *Descripción ortográfica del eclipse de sol de 24 de Junio de 1778*.

D. Pedro Alarcón levantó un plano iconográfico de Méjico, formó las tablas astronómicas de los planetas, y llevó á cabo otras tareas científicas de importancia que le valieron el título de miembro del claustro de la famosa Sorbona, así como el importe de la impresión de sus obras, que la misma Sorbona costeó.

Joaquín Velázquez Cárdenas y León, primer director general del Tribunal de Minería, que aprendió la astronomía por sí mismo y ayudado de instrumentos que adquirió con el importe de un rudísimo trabajo de algunos años. Fué catedrático de Astronomía en la Universidad mejicana, y en California observó el enorme yerro de longitud con que todos los mapas anteriores habían marcado hasta entonces aquella parte del nuevo continente. El famoso astrónomo francés Chappe lo elogió mucho en sus escritos por las observaciones que en este tiempo hizo en California, preciosísimas todas ellas para la ciencia de los astros. Joaquín Velázquez hizo en 1773 su nivelación y trabajo trigonométrico, determinando escrupulosamente la longitud y la latitud de Méjico; hizo unos mapas de Nueva España bastante notables, y la cadena de triangulaciones desde el Peñón de los baños, en el valle de Méjico, hasta la montaña Siricope, al Norte de Huehuetoca.

En el siglo XIX, Méjico ha producido gran número de ingenios científicos, tales como los médicos Manuel Andrade y Pastor, Gabino Barredas, Francisco de Paula Cendejas, Miguel Jiménez, Rafael Lucio, Joaquín Navarro, Juan M. Navarro, José Peón Contreras, y aun Alvarado, Carmona, Hidalgo, Ortega, Chacón, Montes de Oca, Bandera, Soriano, Larrea, Lobato, Villar, Muñoz, Leciaga, Alfaro, Lavista, Segura, Verter, Bonilla, Galindo, Fernández y Puerto; los ingenieros Blas Balcarce, Ignacio Colombres, Manuel Rivera Cambas y José María Romero; los matemáticos Blas Balcarce y Antonio García Cubas; los naturalistas Mariano Barcena, Gumersindo Mendoza y Leopoldo Río de la Losa; el físico Teodulo Cevallos, gran aeronauta que ha hecho cerca de 200 ascensiones é infinidad de preciosas observaciones acerca de la navegación aérea; el astrónomo Francisco Díaz Covarrubias, director del Observatorio de Méjico, autor de una obra, *Nuevos métodos astronómicos para determinar el azimut, la latitud y la longitud geográficas con entera independencia de medidas angulares absolutas*, que ha sido traducida á varios idiomas, y presidente que fué de la comisión que fué al Japón en 1874 para observar el tránsito del planeta Venus por el disco del sol, comisión compuesta de D. Francisco Jiménez, segundo astrónomo; D. Manuel Fernández, ingeniero, topógrafo y calculador; D. Agustín Barroso, ingeniero, calculador y fotógrafo, y D. Francisco Bulnes, calculador y cronista; el arquitecto Joaquín Heredia, distinguido, distinguidísimo en la difícil ciencia de la construcción de edificios.

Méjico es uno de los países más cultos de la América española, y esto lo debe al esfuerzo hecho por su madre patria, durante la época colonial, por instruirle y ponerle á la altura de los primeros países del mundo.

Y esto lo será gracias á los progresivos gobiernos de un mejicano insigne, el general Porfirio Díaz, que, después de haber combatido con su valerosa espada al lado de Juárez, Riva Palacio, Escobedo, Altamirano, Corona y otros cien

héroes republicanos, el imperio de Maximiliano, pone sus admirables talentos al servicio del progreso y de la cultura de su patria.

Países que cuentan con hijos como Porfirio Díaz, llegarán á la meta, figurarán en primera línea en el concierto de las naciones cultas.

RAFAEL DELORME SALTO.

LA PRENSA INTERNACIONAL

DESPUÉS DE LA VICTORIA DEL SOCIALISMO

XIX

DIVERSIONES POPULARES

En todas las plazas públicas de Berlín se verifican conciertos musicales. El nuevo gran canciller conoce á fondo el arte de hacerse querer. En cada teatro hay los días de trabajo dos representaciones gratuitas y tres los domingos: Como los teatros que nos han dejado los burgueses son demasiados pequeños para el pueblo trabajador, ha habido que recurrir para las representaciones escénicas á otros más grandes locales, por ejemplo, las iglesias. Esto repugna á muchos que no han podido librarse aún de los prejuicios heredados. La iglesia con todo su mobiliario ha pasado á ser propiedad común, y según una ley fundamental fiel trasunto de un acuerdo del Congreso socialista de Erfurt de Octubre de 1891, las propiedades comunes no pueden ser dedicadas á fines eclesiásticos y religiosos. En todos los teatros se representan obras que exaltan el nuevo orden de cosas y que pintan con vivos colores las indignidades de los pasados tiempos del capitalismo explotador. Aun cuando confieso que esto llega á hacerse monótono y un tanto enojoso, comprendo que sirve de mucho para vigorizar las buenas voluntades.

E. M.— *Julio 1896.*

7

Al principio pudo ir cada cual al teatro que mejor le pareciera; pero esto producía, como puede comprenderse, serias dificultades cuando todos querían ir al mismo sitio, así que hubo de organizarse metódicamente este espectáculo público. Los teatros de opera clásica estaban vacíos, y en cambio en los de opereta no había medio de encontrar sitio; tantos y tantos eran los que á ellos concurrían. Ahora el alcalde distribuye alternativamente las diferentes representaciones en los diversos barrios y los directores de los teatros reparten á la suerte las localidades entre los que pretenden asistir, como se hacía ya en 1885 en el teatro libre de la democracia social de Berlín.

¡Afortunado en amores, desgraciado en el juego! Este proverbio ha tenido comprobación á costa mía. Mi mujer y yo sacamos en suerte tres veces seguidas localidades muy incómodas, desde donde no se oía ni se veía apenas nada.

También se verifican numerosos bailes públicos, dispuestos todas las noches por el alcalde. En ellos se entra asimismo por suerte, y tienen igual derecho los viejos que los jóvenes. Es de advertir que la reforma socialista de la danza ha ofrecido alguna dificultad. El derecho igual del hombre y de la mujer se ha exagerado hasta el punto de que ésta alterna con aquél en la invitación á valsar. Bebel lo ha dicho: La mujer pide y es pedida en matrimonio. El intento de aplicar este principio al baile concediendo alternativamente la invitación á uno y otro sexo, no prosperó, porque introducía una verdadera perturbación que degenera en muchos casos en confusión tumultuaria.

El *Vorwärts* ha publicado una serie de trabajos muy notables en la que se discute en forma viva y con profundidad la cuestión de si en la sociedad socialista son las damas las que tienen derecho á la elección de caballeros ó éstos á elegir aquéllas ó ambos al mismo tiempo. La obligación de trabajar por igual, escribe una señora, debe tener por consecuencia un derecho á la igualdad de remuneración, [y el pasatiempo del baile organizado por el Estado corresponde exactamente á tal remuneración.

El articulista hembra proponía en el *Vorwärts* que se sorteasen las parejas para cada baile con entera igualdad y sin privilegio por tanto del joven sobre el viejo y del feo sobre el guapo. Como en la sociedad socialista no se comprende que haya hombre sin trabajo y sin techo, tampoco en el baile debe de haber dama sin caballero.

En otro artículo un profesor de Derecho natural demostró que de la organización propuesta para el baile pudieran nacer peligrosas consecuencias por lo que se refiere al matrimonio para el cual se reclamaría también una especie de lotería en que entraran todos los hombres y todas las mujeres solteras, y entonces se alteraría profundamente la naturaleza del contrato matrimonial que es privado, convirtiéndolo en público. Sostiene, pues, el profesor que así como en éste no es precisa la intervención de ningún funcionario, tampoco en esta momentánea unión del varón y de la hembra en el baile, que es de índole privada, debían intervenir los maestros de baile en ninguna forma.

A propósito de esto, gran número de mujeres sostienen la opinión de que la igualdad social implica también la abolición de las diferencias entre casados y solteros. Estas señoras han ingresado hace poco en el partido de los jóvenes, aun cuando la mayor parte de ellas son un poco talluditas. Esta cuestión tan debatida ha fortificado la opinión para las próximas elecciones del Reichstag, porque sabido es que se ha concedido derecho de sufragio á las mujeres.

El nuevo gran canciller dirige por sí mismo los preparativos para las nuevas elecciones. La enorme cantidad de trabajo que exige el desempeño de la función más alta del estado socialista-democrático, no había permitido á los principales jefes dedicarse á este importante negocio. El derecho electoral activo y pasivo compete ahora á todos los ciudadanos, sin diferencia de sexo, que han cumplido los veinte años. Con arreglo á las decisiones del congreso socialista de Erfurt de Octubre de 1871, se ha puesto en vigor el sistema electoral

proporcional; y para ello, se han formado grandes distritos electorales con idéntico número de diputados, asignando á cada partido un número de éstos en proporción al de votantes.

XX

EXPERIENCIAS DESGRACIADAS.

Mi mujer y mi nuera trabajaban en secreto hasta hora muy avanzada de la noche. Cosían en un vestido nuevo para Inés.

En mi calidad de empleado público, y como buen socialista, hubiera debido denunciarlas por transgresión de la ley, que castiga el abuso de la jornada normal de trabajo.

En cuanto se ponen á coser las mujeres de mi casa, comienza la charla, y hablan por los codos. Si yo no las comprendo mal, no han encontrado en los almacenes lo que buscaban, y aprovechan, por lo tanto, trapos viejos.

Andan á la tema á cual de las dos habla peor de los nuevos establecimientos públicos de comercio. Ya no hay ni escaparates, ni anuncios, ni reclamos, ni envío de listas de precios; todo eso ha concluido. Los empleados no hacen el artículo ni mucho menos; son tan indiferentes con los compradores, como los expendedores de billetes de los ferrocarriles. Ha cesado la competencia entre los comerciantes, porque no tendría razón de ser. Se han establecido multitud de almacenes de venta, y en cada grupo de ellos se expenden los artículos que satisfacen determinadas necesidades.

Que se compre ó no se compre, eso nada le importa al empleado. Más de un vendedor murmura cuando siente abrir la

puerta al comprador que viene á interrumpir su lectura ó su tranquila conversación. Si quieres que te enseñen varias piezas de tela para elegir la que más te convenga, si pides alguna explicación acerca de la cualidad ó de la duración de los géneros, el comerciante empleado manifiesta bien á las claras su disgusto y hasta llega á enojarse del todo. Más de uno hay que por no tomarse el trabajo de buscar las cosas que pides, dice muy tranquilo que no las tiene.

Si deseas vestidos confeccionados estás divertido. Los vestidos hechos se prueban como los uniformes militares á los quintos. Es preciso saber el número que gasta cada uno para pedir el traje. Y cuenta con que si ha de adaptarse á tu cuerpo, debe tener la regularidad prevista por la administración. Si al probarlo nos encontramos con que el vestido es estrecho ó ancho, se necesita estar dotado de elocuencia extraordinaria para convencer al empleado. No queda, pues, otro remedio que tomarlo como se lo den ó presentar demanda contra aquella casi autoridad.

Es verdad que los pleitos cuestan ahora muy poco. Como ha acordado el congreso de Erfurt, la justicia es gratuita y los abogados no pueden cobrar. El número de jueces, de escribanos, de procuradores, de abogados se ha duplicado; pero todavía no son suficientes, porque las quejas por motivo de los defectos de las mercancías suministradas por las oficinas públicas, por lo inmundo de las habitaciones, por la mala calidad de sus comidas, por las impertinencias de los delatores, son tan innumerables como los granos de arena en las playas del mar.

Así aunque los tribunales celebren sesión durante seis horas, hay multitud de procesos atrasados, y todos se quejan de que después de la abolición de los honorarios por haber sido declarados oficiales públicos, los abogados apenas atienden á los clientes y en los juicios se discute muy sumariamente. Los que no tienen el gusto ni la manía de los litigios, prefieren muchas veces transigir con la injusticia, y de este

modo se ahorran disgustos y pérdidas de tiempo. Es verdaderamente terrible el aumento de los delitos contra la propiedad, aunque esto parezca una paradoja. El número de las prevaricaciones es siete veces mayor que antes. Hay muchísimos empleados que dan mercancías en cambio de servicios de carácter personal, ó no cortan el certificado monetario, ó dejan de registrar el cupón correspondiente al servicio hecho, con indudable perjuicio del Estado. Algunos llegan hasta falsificar el peso, la medida ó la calidad.

Son también frecuentes los hurtos de certificados monetarios. A pesar de la fotografía del portador que debe llevar todo cuaderno, no se ha podido impedir que sean utilizados por otras personas que aquellas á favor de quien le ha sido expedido. Se extiende cada vez más el abuso de prometer ó de hacer regalos á las personas influyentes ó á los empleados que puedan dar trabajo cómodo. Se han hecho muchas denuncias de esta naturaleza á nuestro jefe ; pero éste no sabe cómo corregir tantos abusos y cómo prevenir tantos verdaderos delitos.

Creía yo que esto mejoraría á medida que fuera pasando el período de transición, que es siempre difícil; pero el tiempo transcurre velozmente, y me parece que vamos de mal en peor. Hoy precisamente me decía uno de mis compañeros: «Cuando las gentes no se encuentran en estado de procurarse legalmente mediante su actividad personal, el mejoramiento de su situación, dirigen sus esfuerzos á alcanzarle de cualquiera manera, aunque sea ilegalmente.»

XXI

LA FUGA

Hemos pasado horas terribles. El domingo muy temprano llegó Francisco de improviso, de paso para Stettin, á donde decía que había sido trasladado. A mi mujer no le sorprendió la llegada; pero noté que se afectó muchísimo cuando su hijo partió. Sollozaba, se colgaba de su cuello como si se tratara de una eterna separación. Al despedirse mi querido hijo de mí, parecía que no íbamos á volver á vernos. Inés no vino á casa ese día.

El miércoles siguiente leía yo á mi mujer el *Vorwärts*, que traía una noticia tristísima. Una vez más los que intentaban emigrar á pesar del rigor de la ley, habían sido apércibidos por las patrullas y fusilados. Mi mujer, aterrada, me preguntó: —¿A dónde ha ocurrido eso?—En la playa de Sassnitz le contesté»; y cayó desvanecida. Me costó gran trabajo que recobrar el conocimiento. Entonces, como me viera afectadísimo por su estado, me refirió llorando que Francisco é Inés habían partido juntos el domingo, y no para Stetin, sino para Sassnitz, con ánimo de abandonar á Alemania. El correspondiente refería que los emigrantes habían hecho resistencia, cuando el vapor-correo danés que venía de Stettin al aproximarse á Sassnitz, fué visitado por los guardas de frontera, y que habían sido conducidos por la fuerza á tierra.

Pasamos momentos horribles hasta que en el número siguiente del *Vorwärts*, aparecieron los nombres de los muertos en la refriega y de los presos. En la lista no se encontraban Francisco é Inés. ¿Qué les habría pasado? Mi mujer me lo

confesó todo. Francisco, antes de su salida de Berlín, después de la celebración de la fiesta onomástica de su madre, le había manifestado que tenía la firme intención de abandonar la patria tan pronto como le fuera posible; porque la existencia en las nuevas condiciones sociales se le hacía insoportable de todo punto. Rogó á su madre que no me dijera una palabra, temiendo que dadas mis ideas, me opusiera terminantemente á su proyecto. En vano mi mujer trató de disuadirle; permaneció firme y la madre no pudo dominar la terquedad del hijo. Había ésta guardado unas cuantas monedas de oro y se las dió á Francisco para el pago del pasaje en un buque extranjero.

La que más resistió fué Inés. Estaba dispuesta á seguir á su Francisco hasta el fin del mundo, como ella decía, si fuera necesario; pero no creía que hubiera llegado el momento de separarse de todos los seres queridos. Sin embargo, su situación cambió tan radicalmente en poco tiempo, según acabo de saber, que no es extraño que hubiera adoptado una resolución completamente contraria.

Tranquila y satisfecha trabajaba en la casa paterna en la confección de objetos de moda para un establecimiento en grande escala. Ahora Inés debía trabajar en una gran sastrería de mujer, todo el santo día en una sala común en compañía de otras obreras que en su mayor parte eran de costumbres un tanto libres. Se sublevaba al oír ciertas conversaciones, y no ocultaba su indignación, que producía la risa de sus compañeras. Acaso esto pudo influir en que algún empleado complaciente con las quejas de las modistas hiciera objeto de sus persecuciones á Inés, que huérfana de padre no tenía en Berlín quien la protegiese. Las cartas que escribía á Francisco le pusieron á un verdadero estado de desesperación, y como necesitaba poco para poner en planta su proyecto ya maduro, de emigrar, no quiso esperar ni un momento más.

Después de ocho mortales días de angustia, recibimos una carta de nuestros hijos fechada en las costas de Inglaterra.

Afortunadamente no se habían embarcado en el vapor correo danés. Se había hospedado en Sassnitz en casa de un pescador algo pariente de mi mujer. La población entera de este puerto es hostil en grado superlativo al nuevo orden de cosas, porque les ha privado de las ganancias que les proporcionaban los bañistas. La sociedad socialista no permite los baños más que á las personas que deben tomarlos por prescripción facultativa.

El susodicho pescador se opuso á que Francisco é Inés se embarcaran en el correo danés, sobre el cual se ejercía una rigurosa vigilancia, y aprovechando el momento en que la guardia de frontera estaba comprometida en la lucha con los emigrantes del vapor, los llevó en su bote á alta mar y allí trasbordaron á un barco inglés. Los ingleses, que se sienten grandemente perjudicados por el nuevo orden de cosas implantadas en Alemania, recogen con gusto á los que emigran. De este modo pasaron nuestros hijos á las costas de Inglaterra y á estas horas se encuentran ya en viaje para New-York.

¡Oh pobres hijos míos cuánto habréis debido sufrir! ¡Y mi buena mujer que ha sufrido tanto tiempo sola las angustias que este viaje le ha ocasionado! ¿Cómo recompensarla por tanta abnegación maternal?

XXII

OTRO CAMBIO DE CANCELLER.

El mal humor de las provincias ha llegado á su colmo con las noticias que por ahí corren de los conciertos musicales que se verifican en la plaza pública de Berlín y de las representaciones teatrales gratuitas. Invocando la igualdad social y la igual remuneración por la misma suma de trabajo, reclaman

la creación de diversiones populares accesibles á todos sin distinción y sin gasto. Se lamentan asimismo de no disfrutar del alumbrado de gas y eléctrico que en Berlín tenemos.

El *Vorwärts* ha tratado de calmar los ánimos apelando á las poéticas descripciones de la vida del campo y á consideraciones idílicas sobre los goces de la naturaleza y las ventajas higiénicas y hasta morales del *grande aire*; pero han sido mal recibidos estos desahogos del periódico oficial. ¿Dónde están, dicen los provincianos, los encantos de la naturaleza durante los terribles temporales y las largas noches del crudo invierno? ¿Dónde el aire libre en las estrechas y bajas habitaciones de las casas de los aldeanos? Nada hemos ganado con el cambio de instituciones, añaden; estamos lo mismo que antes, si no peor, porque entonces el que no quería permanecer en el campo podía venirse á la ciudad, y ahora al habitante del campo no le es permitido abandonar la comarca en que vive hasta que no conviene al Estado. Por eso la aldea tiene derecho á disfrutar de todo lo que existe en las ciudades: así lo exige el principio de igualdad social.

El gran canciller no sabía cómo salir del apuro. La gobernación del Estado es cosa algo más difícil que lustrar los botines ó limpiar los vestidos. Lo único que hasta ahora había hecho de original el jefe del Estado había sido la institución de los espectáculos populares; mas es preciso convenir en que, aunque tuviera la mejor voluntad del mundo, es difícil establecer en cada encrucijada una sala de conciertos, un circo en cada plaza parroquial y un teatro en cada aldehuela. Surge ahora el pensamiento de mandar algunos cientos de miles de berlineses todos los domingos al campo para que gocen de la naturaleza, y hacer que vengan en cambio á Berlín en los mismos días otros tantos aldeanos para que se diviertan asistiendo á los conciertos y á los teatros; pero el tiempo se opone á tan beneficioso proyecto. Cuando llueve, los berlineses, á pesar de su probada afición al campo, no se determinan á marchar á los prados amenos y á los valles umbrosos, y sin embargo, enton-

ces es la ocasión de que los aburridos aldeanos vengan á la ciudad.

Resultado, que el gran canciller se ha enajenado á un tiempo las simpatías de los ciudadanos y de los campesinos, y se decidió á abandonar el puesto, temeroso de que el disgusto que en el público había producido su conducta se tradujera en algo grave en las elecciones para el Reichstag. En Berlín el descontento es grandísimo por la suspensión de todas las diversiones públicas gratuitas. Las representaciones teatrales han vuelto á ser de pago: por supuesto que el precio de las localidades se satisface en cupones de los certificados monetarios.

Ocupa el puesto de gran canciller el que antes era secretario del Tesoro. Tiene fama de hombre enérgico y gran administrador. Es una verdadera adquisición, pues los apuros financieros preocupan mucho á los buenos socialistas.

XXIII

COMPLICACIONES INTERNACIONALES

Toda la escuadra del antiguo régimen está en estos momentos armada y preparada para el combate. El ejército permanente, pequeño, porque no tenía otra misión que la conservación del orden y la vigilancia de las fronteras, ha sido aumentado hasta quinientos mil hombres, á propuesta del nuevo Canciller, y se habla de aumentarle aún más, á causa de probables complicaciones exteriores.

El ministro de Negocios extranjeros es el que en la junta legislativa ha reclamado que se adopten toda clase de medidas de seguridad, que se imponen por la decidida actitud de las demás potencias. En verdad que ninguna responsabilidad

le cabe al ministro en el conflicto que por desgracia se avecina. A él le atañe en la sociedad socialista el reglamentar los cambios de Estado á Estado. Hoy cualquiera queja por defectos en la calidad ó por falta de puntualidad en la consignación de las mercancías da lugar á un cambio de notas diplomáticas. Aquel malestar que se observaba en otros tiempos á consecuencia de la interrupción ó de la ruptura de las relaciones mercantiles ó como resultado de un recrudecimiento en la competencia, puramente privado, tiene ahora un carácter público muy marcado. Es este un efecto natural de las nuevas instituciones.

La conciencia socialista democrática internacional, dice con razón el ministro de Negocios extranjeros, el sentimiento de la fraternidad entre los pueblos, conciliador y pacífico por excelencia, debería influir para que no ocurriera la lucha que todo el mundo anuncia. Enhorabuena que los ingleses, estos manchesterianos egoístas y que sus próximos parientes los americanos no quieran oír hablar de la democracia social. No pueden perdonarle que con la abolición de todos los valores públicos, acciones, etc., se hayan libertado de la esclavitud de los grandes capitalistas insulares y trasatlánticos; pero también estos insaciables hombres de dinero deberían reconocer que otro tanto ha sucedido á los alemanes poseedores de títulos de la deuda rusa, austro-húngara, italiana, etc., que también han sido declarados sin valor por los respectivos gobiernos de estos Estados, en donde impera el régimen democrático socialista.

Lo singular y extraño es que estos correligionarios nuestros no se muestran menos hostiles á nosotros que aquellos enemigos parciales de las nuevas instituciones. En su ciego egoísmo, esos gobiernos socialistas democráticos han llegado al extremo de no querer ceder los objetos que ellos producen sino á cambio de valores monetarios ó mano á mano por otras mercancías.

El pago en moneda contante y sonante no fué difícil para

nuestro gobierno mientras estaban llenas las cajas públicas del oro y la plata brutos y acuñados, ocupado á los particulares y perfectamente inútil en el interior del país; pero después que hubimos agotado el metal noble, tropezamos con enormes dificultades para poder trocar por productos propios de nuestra nación el trigo, la madera, el lino, el cáñano, el maíz, el algodón, la lana, el petróleo, el café, etc., que importamos de los países citados: puesto que nosotros seguimos consumiendo artículos de primera necesidad, mientras que nuestros vecinos, también socialistas democráticos, no necesitan de las confecciones lujosas, ni de las guarniciones, los bordados, las felpas, los guantes, los pianos, los artículos de cristal y otros semejantes que nosotros fabricábamos en gran escala.

Los señores ingleses y americanos, en su abierta hostilidad contra la democracia social, no se ocultan para decir que los productos alemanes, especialmente los hierros manufacturados, los tejidos, los juguetes, son tan defectuosos y tan incompletos, que no valen ni con mucho lo que los que se fabricaban durante el antiguo régimen y van poco á poco surtiéndose de otras naciones. Todas las tentativas hechas para introducir en los demás países la jornada normal de las ocho horas, han sido infructuosas; porque los gobiernos socialistas en su egoísmo nacional, pretenden que debe obedecer la duración de su labor al clima, al carácter, á los hábitos, etc., de los respectivos pueblos.

¿Qué deben hacer nuestros gobiernos? El hecho de que después de la socialización de la sociedad no tenemos necesidad de importar ni seda, ni vino, no es bastante para cubrir el *déficit* de mil millones de nuestra exportación sobre la introducción total de objetos extranjeros. No es, pues, extraño que el cambio de notas diplomáticas, cada vez más ásperas, sea continuo. En el Oeste y en el Este se abre camino la idea de que si la Alemania no puede mantener á sus habitantes, debe ir pensando en ceder parte de su territorio á los Estados vecinos. Hay quien sostiene la teoría peligrosa para nosotros

de que para garantizar los créditos que en contra de Alemania tienen ciertos gobiernos fronterizos, están en el derecho de ocupar, á modo de hipoteca, porciones de nuestro territorio.

Los extranjeros damnificados por la anulación de los títulos de crédito alemanes, tratan de indemnizarse apoderándose de nuestros buques y de nuestros productos. Los emigrantes alemanes son recibidos en sus barcos con marcadas muestras de regocijo.

En suma, la esperanza de que el advenimiento de la democracia social fuera prenda de perpetua paz, amenaza convertirse en todo lo contrario. La Cámara—termina la Memoria del ministro—no podría menos de reconocer la urgente necesidad de reforzar la escuadra, de aprobar el aumento del ejército permanente en muchos millares de hombres.

XXIV

MOVIMIENTO ELECTORAL.

El domingo próximo se verificarán las elecciones para diputados. Se ha elegido ex profeso un día en que no se trabaja. Esto ya se hacía en pleno reinado de la burguesía; pero ahora es mucho más necesario fijar un día feriado para las elecciones. En el nuevo orden de cosas, todos y cada uno deben andar tan regularmente como un reloj: todas las cosas y todas las ocupaciones están previstas y reglamentadas: cuándo y cuánto se ha de trabajar, cuándo y cuánto se ha de comer, cuándo y cuánto se ha de beber, cómo y en dónde se ha de habitar, cómo se ha de vestir, etc., etc.

Esto sucede también con los programas y con los llamamientos electorales. Se van formando numerosos grupos que

mantiene caracterizándose por ellos, programas especiales. Muchos han incluido en ellos modificaciones de la comida, aumento de las raciones de carne, manteca de mejor calidad, café más cargado (por efecto de las complicaciones exteriores, apenas se toma más que achicoria), habitaciones más espaciales, mejor sistema de calefacción, alumbrado más brillante, mayor baratura en los precios, más cuidado en el lavado y en el planchado, etc.

Se manifiesta bien claro el disgusto de muchas mujeres porque ha sido rechazado su proyecto de que se formen distritos electorales especiales para las elecciones; porque se observa en él un como remedo de las antiguas distinciones de clases. Solicitaban aquello, temerosas de que, constituyéndose círculos electorales de los dos sexos, perdieran los candidatos hembras muchos votos de personas de las mujeres que no pudiesen resistir la influencia de los hombres.

Una gran parte de aquellas hace causa común con el partido de los «jóvenes»; el cual, para obtener esta importante alianza, ha inscrito en su bandera el derecho al matrimonio. Los «jóvenes» que se conducen como verdaderos *bebelianos*, de acuerdo con á las opiniones de Bebel acerca de la mujer, reclaman también una jornada máxima de labor de cuatro horas, trabajo alternado por semanas, turno mensual de los dos sexos en la ocupación de todos los puestos superiores incluso el de gran canciller; por último, cuatro semanas de vacaciones en el verano destinadas á excursiones y á baños y restablecimiento de los espectáculos populares gratuitos.

El partido del gobierno se cree muy seguro, aun cuando su programa contenga meras generalidades. Invita á todos los demás partidos, invocando el patriotismo, á constituir, caso de necesidad, un gran partido de orden, enfrente del partido de la negación y de la revolución que se organiza en la sombra y pretende imponerse, tomando el nombre acomodaticio de «partido de la libertad». Este partido de la libertad pretende el restablecimiento del derecho de los padres á la edu-

ción de sus hijos, la abolición de las cocinas públicas, la libre elección del oficio y del domicilio y una retribución excepcional para los trabajos más difíciles. Como á cualquiera se le ocurre, esto tiende á la destrucción de la igualdad social, y á derrocar, por consiguiente, la sociedad socialista, á tanta costa establecida. El planteamiento de las reformas propuestas por el *soi-dissant* «partido de la libertad», como se lee en la proclama de los gubernamentales, significaría el entronizamiento de la propiedad privada y del derecho hereditario, de la tiranía del capital y del sistema de explotación del antiguo régimen.»

A la multiplicidad de los programas no corresponde, en verdad, el movimiento del público que se muestra bastante frío. Conforme á las decisiones del Congreso de Erfurt, han sido abolidas todas las leyes que limitan el derecho de libre manifestación del pensamiento y de libertad de reunión; pero, ¿de qué sirve, por ejemplo, la libertad de la prensa, si el gobierno está en posesión de todas las imprentas? ¿Qué utilidad puede reportar la libertad de reunión, si todos los locales á propósito para celebrarlas pertenecen al gobierno?

No negaremos que en teoría estos locales están á disposición de todos los partidos; pero en la práctica se observa la repetición del caso de que para los partidos de oposición no hay nunca locales libres. También es cierto que los periódicos del gobierno tienen obligación de insertar los trabajos relativos á elecciones; pero da la casualidad de que nuestros certificados monetarios no contienen cupones, con los cuales se puedan pagar aquellos servicios, ni tampoco los demás gastos electorales. En este punto es preciso convenir en que el partido socialista se encontraba en mejor situación cuando imperaban los burgueses: entonces disponían de abundantes fondos electorales y se servían de ellos con suma habilidad.

Los partidos de oposición se lamentan de que haya poquísimas personas que se atrevan á presentarse enfrente de los candidatos gubernamentales. Depende esto del miedo que tie-

nen todos de que en perjuicio de ellos use el gobierno del derecho de obligarles á cambiar de oficina ó de localidad. Estas variaciones son muy penosas siempre, y sobre todo para los valetudinarios, para los que tienen familia y para las personas de edad proveccta. Las leyes conceden el derecho de reclamar contra un desplazamiento arbitrario; pero es muy difícil probar que no ha sido motivado por cambios en las relaciones del trabajo, que exigen distribución diferente de las fuerzas trabajadoras.

Poco á poco va cundiendo la especie peligrosa de que un cierto fermento maligno brota y se extiende é invade profundamente el corazón del pueblo en las ciudades y en los campos. Todo el mundo cree que bastará un ligero impulso del exterior para que estalle una violenta sublevación que restablezca las antiguas instituciones. En el campo sobre todo, á cada momento ocurren colisiones sangrientas de la tropa con la población rural. En Berlín no hay todavía guarnición; en previsión de ciertas eventualidades, se ha aumentado el cuerpo de guardias de seguridad hasta treinta mil hombres, elegidos de entre los demócratas socialistas más fieles al nuevo régimen.

El cuerpo de guardias á caballo ha sido dotado de artillería y de ingenieros.

Las candidaturas han de llevar el sello de la autoridad y deben ser depositadas en urnas cerradas. Esto garantiza el secreto, pero no la libertad electoral; porque con la organización del gobierno, que penetra en todas las relaciones de la vida, con la publicidad de ésta, con el sistema de la inspección, pocos se atreven á votar en armonía con sus conciencias. Lo mismo sucedía durante el pasado régimen con los empleados del Estado. Ahora puede decirse que todos lo somos. El resultado de las elecciones es absolutamente ignorado. Hay que confesar que de respetarse la libre emisión del sufragio, el voto público se pronunciaría por el restablecimiento de la antigua organización. Como á otros vientos, tendremos un Reichstag que será instrumento ciego del gobierno.

Yo mismo no sé cómo votaré; temo que por la huida de mi hijo Francisco se ejerza sobre mí gran vigilancia. Me veré precisado á votar en blanco.

XXV

ACONTECIMIENTO TRISTÍSIMO

¡Anita, nuestra queridísima hija, ha muerto!

¡Oh! Aquella hermosa criatura, tan inteligente, tan viva, tan cariñosa, delicia de sus padres, alegría de la casa, encanto de cuantos la conocían, cuyos ojos brillaban de gozo contemplando el árbol de Navidad y que se estremecía de contento al recibir los juguetes con que la regalábamos el día de su santo, yace inmóvil, yerta al frío soplo de la infausta muerte.

Precisamente hoy era el día de su cumpleaños. Mi pobre mujer había ido al asilo por la mañana para tener el placer de pasar unos momentos con su querida niña. Con el corazón henchido de alegría y con la imaginación llena de placenteras ilusiones preguntó por aquel pedazo de nuestra alma. Un silencio aterrador respondió á su pregunta: tuvo necesidad de repetir el nombre, el domicilio de la que buscaba, y entonces recibió la horrible respuesta de que la niña había muerto por la noche y que en aquel momento se iba á transmitir la noticia fatal á su familia.

Mi mujer cayó inerte sobre la silla; pero el amor maternal la dió fuerzas sobrehumanas. No pudiendo persuadirse de que Anita estuviera verdaderamente muerta, se precipitó en la cámara funeraria y allí vió á su idolatrada hija tendida sobre una mesa y sirviéndola de mortaja su bata rosa de noche. ¡Ay

de mí! ni los besos, ni las lágrimas de una madre desblada lograron despertarla del eterno sueño que dormía.

Nadie supo decirnos de qué mal había muerto tan repentinamente. Acaso habría cogido frío durante la noche. Tenía la costumbre de destaparse: en el asilo la faltaba su madre para cubrirla de nuevo con las ropitas de la cama. Quizá la ventilación de los dormitorios, prescrita por el reglamento habría sido excesiva. Acaso no la hubiesen secado bien después del baño; porque en estos establecimientos todo se hace demasiado deprisa, obligados como están los empleados á cuidar de mucha gente. Quien sabe si la comida no sería bastante nutritiva y nuestra hija se habría debilitado. ¿Pero á qué conduce torturar nuestro pensamiento? ¡Lo cierto, lo horriblemente cierto, es que nuestra idolatrada Anita ya no existe!

Temo que mi pobre mujer no se reponga de este terrible golpe. La impresión fué tan violenta, que no pudo volver á casa por su pie. Hubo necesidad de traerla en carruaje. ¡Quién podrá consolarla! Anita era nuestra última hija, era nuestro Benjamín. ¡Cuántas esperanzas, cuántas ilusiones nos habíamos forjado acerca de su porvenir!

El buen Ernesto sabrá mañana por mí el triste suceso. Ya el abuelo no volverá á tener sobre sus rodillas á su nietecita: ya no le referirá más cuentos. Francisco é Inés no recibirán mi carta hasta dentro de ocho ó quince días. ¡Francisco quería tanto á su hermanita! La traía golosinas cuando volvía del trabajo, y la pequeñita, en cuanto sentía sus pasos, se apresuraba á salir á la escalera para abrazarle y besarle.

¡Todo, todo ha concluido como tantas otras cosas en pocos meses!

XXVI

EL RESULTADO DE LAS ELECCIONES.

El que tiene el corazón lacerado por el dolor no es extraño que le sea indiferente la política. Nada le importa el porvenir de la patria á quien preocupan gravísimos cuidados en el presente.

Francisco tiene razón en sus augurios del resultado de las elecciones. En su última carta me decía que en una sociedad donde no hay libertad ni individual ni económica, no es posible que exista independencia política. Es muy raro que quien depende del gobierno en todas sus relaciones personales y en todos los momentos de su vida, como sucede ahora en Alemania, pueda tener la suficiente energía moral para dar su voto á hombres desafectos á la política ministerial. El derecho electoral en nuestra actual organización socialista democrática es tan ilusorio como el que ejercen los soldados en los cuarteles ó los detenidos en las prisiones.

No es extraño, pues, que el partido gubernamental sin grandes esfuerzos haya obtenido más de las dos terceras partes de la votación á pesar del descontento que reina en el país entero.

Yo mismo, oprimido por el peso de la desgracia que tan profundamente me hiere, he votado por los candidatos del gobierno, y eso que tantos motivos tenía para negarles mi sufragio. En la triste situación en que nos encontramos no hubiera podido resistir los efectos de la separación de mi mujer, que hubiera indudablemente seguido al de un acto de independencia,

porque es seguro que me habrían trasladado á otro pueblo si me hubiera atrevido á votar con arreglo á mis convicciones.

Es incomprensible que en el país rural, donde existe una marcada excitación contra el actual orden de cosas, haya conseguido una compacta mayoría el gobierno; pero se explica lo sucedido porque en las pequeñas poblaciones es más fácil el espionaje que en las grandes ciudades. En Berlín el partido gubernamental está en minoría, y esto se comprende por el sistema electoral de las grandes circunscripciones; la mayoría de los diputados pertenece á la oposición, al partido llamado de la «libertad.»

Los «jóvenes», no obstante el gran apoyo que les prestaron las mujeres, sólo pudieron lograr el triunfo de un solo candidato y esto porque tuvieron de su parte á los liberales. El partido de la libertad ha obtenido cerca de la tercera parte de los votos de la totalidad de los ciudadanos, aun teniendo que luchar contra la opinión que se había formado por el gobierno que le presentaba como mezcla informe de todos los odios y rencores, de cuantos predicaban la destrucción de lo existente. Aquella fracción política debe su triunfo al decidido apoyo de las mujeres, que con ardiente entusiasmo se lanzaron á combatir contra los enemigos de la familia y contra los perturbadores de la vida privada.

Sólo ha alcanzado el triunfo una *diputada*: la mujer del nuevo canciller; sin embargo de que ha manifestado públicamente su oposición al gobierno. Ha declarado en sus discursos que lo mismo que hasta ahora en el seno del hogar ha mantenido su opinión contraria á la de su marido, combatirá en el Reichstag, defendiendo lo que crea justo aun en frente del jefe del Estado. El gobierno no ha combatido á *esta candidata*, parte por cortesía y parte por demostrar prácticamente cómo en las elecciones se ha respetado la igualdad jurídica de los hombres y de las mujeres.

XXVII

UN DÉFICIT ENORME

En mil millones, exceden cada mes los gastos á los ingresos. *En mil millones* de marcos excede el consumo á la producción todos los meses. Esta es la primera manifestación que el gran canciller ha hecho en el nuevo Reichstag. Se ha guardado el mayor secreto sobre la tristísima situación financiera antes de las elecciones; pero ya no es posible callar por más tiempo y se impone la necesidad de buscar pronto remedio al penosísimo mal que nos amenaza.

La causa del déficit no radica en la exuberancia de la demanda, reviste mayor gravedad; porque se debe á la disminución de la producción. Por eso es sumamente difícil procurarse los más necesarios artículos de vestir, hay que contentarse con telas muy malas. Los precios de las cosas que se importan del extranjero como café, petróleo, arroz, resultan tan caras, que la mayor parte tiene que privarse de ellas.

Es verdad que todavía se consume la ración de 150 gramos de carne; pero en los otros víveres va disminuyendo notablemente. Apenas hay vegetales, fuera de las patatas y los guisantes. En la festividad de Bebel nadie ha visto que se haya aumentado la ración de carne, ni que se hubiera dado gratuitamente el prometido frasco de cerveza. En cuanto á la calidad de las sustancias alimenticias cada día va empeorando. Son muy frecuentes las reclamaciones y las quejas, y hasta se advierte el recrudecimiento en los padecimientos gástricos causado indudablemente por el mal estado de los géneros de consumo ordinario.

Aun cuando la estadística advierte que la población va en aumento, debido á que el mantenimiento y la educación de los niños corre por cuenta del Estado, no se emprenden nuevas construcciones de casas, ni siquiera se reparan las existentes. De renovación y mejora de máquinas y de herramientas, de ampliación de los talleres; de la apertura de vías de comunicación, no hay que hablar. Nadie en el gobierno se ocupa de esto.

Las provisiones parecen agotadas. Sólo hay abundancia de las que son poco ó nada demandadas y de las mercancías que antes se vendían en el extranjero y que ahora no pueden ser aceptadas por razón de las circunstancias en un país socialista democrático, tales como confecciones, guantes, vino, seda, panas felpa, etc. Todos estos géneros se han puesto á la venta á precios muy inferiores al coste, para desocupar los almacenes.

A pesar de todo esto, el *déficit* ha aumentado considerablemente en los últimos meses. Las materias primeras y las materias auxiliares no son suficientes para asegurar el proceso normal de la producción. Ningún país extranjero da ya mercancías á crédito á Alemania, las vende al contado ó á cambio de otros productos.

No se puede atribuir la horrible crisis que atravesamos á ligereza del gobierno en el calculo del consumo. Según se dice en el mensaje de apertura del Reichstag, el valor de la producción total de Alemania inmediatamente antes de la revolución podría calcularse en diecisiete ó dieciocho mil millones de marcos en cada año. El gobierno no creyó conveniente contar con ningún aumento de valores en la producción por efecto de la nueva organización económica. Limitóse á suponer que con la introducción de la jornada normal de las ocho horas se conservaría la misma producción anterior. A pesar de todo, se ha adquirido la evidencia de que en la sociedad socialista la producción se ha reducido una tercera parte, es decir, que el valor de los objetos ha descendido de dieciocho

á seis millones de marcos al año, ó sea mensualmente de mil millones á cincuenta y como cada mes se consumen mil, resulta que en cuatro meses perderémos una cantidad igual á la que pagó de contribución Francia á Alemania á la terminación de la gran guerra.

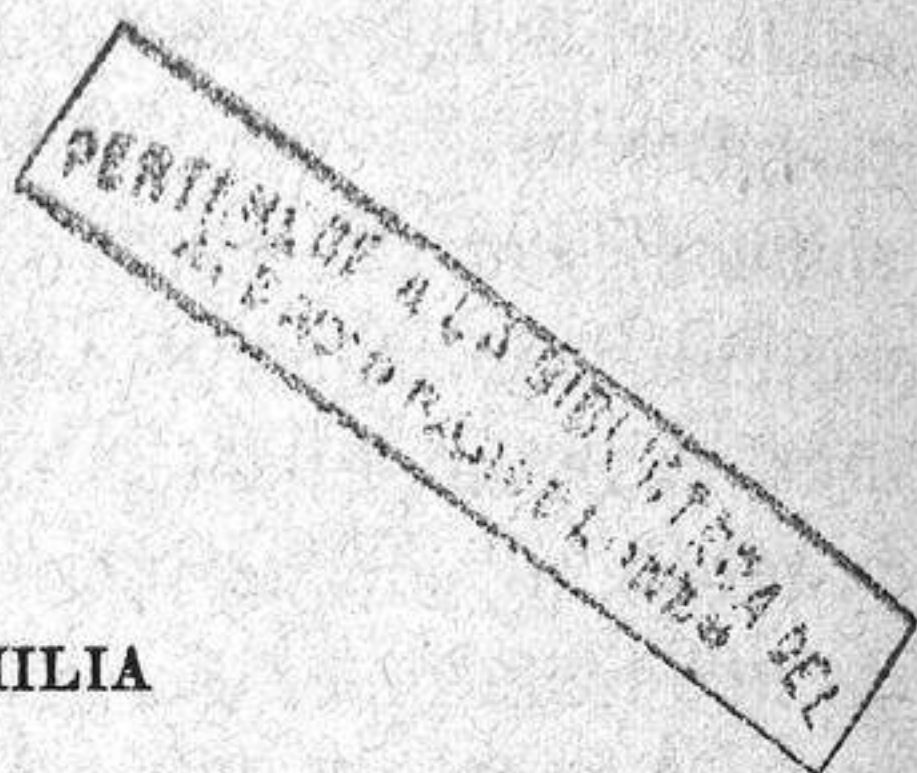
¿Cómo se podrá remediar un mal de tanta gravedad? El pueblo está grandemente ansioso por conocer las causas del *déficit*. De esto habrá de ocuparse el gran Canciller en su próxima sesión. de la Cámara.

XXVIII

NOTICIAS DE LA FAMILIA

Ahora estoy completamente solo. Mi pobre mujer se encuentra todavía en el hospital. El médico me ha ordenado que no le haga muchas visitas para evitarle emociones. Cuando aquella desdichada me ve, me echa los brazos al cuello con apasionados transportes, como si hubiera salido de un gravísimo peligro. Luego, al separarnos, llora angustiosamente. Como no sabemos hablar de otra cosa que de nuestras comunes desgracias, aumenta en nosotros el desconsuelo. Cree mi querida esposa que nuestros idolatrados hijos se hallan expuestos á todo género de persecuciones y de peligros y tiene el presentimiento horrible de no volver á verlos. No se aparta de su imaginación el triste recuerdo de la malograda niña y los lúgubres incidentes de la fuga de Francisco é Inés.

Me pareció conveniente consultar sobre esto con nuestro antiguo médico, que tan bien la conoce y la ha curado de graves enfermedades cuando nos casamos. Precisamente le encontré en el momento en que volvía de asistir á un joven que ha-



bía intentado suicidarse. Le expuse mi deseo: pero me contestó, que aun sintiéndolo mucho, nada podía decirme; porque acababa de transcurrir la última hora de las ocho de su jornada normal. De buena gana me daría la consulta que yo solicitaba de él; pero ya había sido denunciado dos veces por exceso en el tiempo de trabajo, por uno de sus colegas y rigurosamente castigado por el delito de *superproduccion*. Como no podíamos celebrar la consulta, nos entretuvimos hablando del notable incremento que habían tomado los suicidios en la sociedad socializada. Le pregunté si debía atribuirse esto á amores desgraciados. Aun cuando no falten casos ocasionados por ese motivo, me contestó, no debe atribuirse el desmesurado aumento á esa causa. Cuando yo era médico militar, durante el pasado régimen, me dijo, muchos reclutas se quitaban la vida por no poder resistir la rigurosa disciplina y eso que tenían la seguridad de volver á la vida civil al cabo de dos ó tres años. No es, pues, maravilla, continuó el médico, que ahora las grandes limitaciones impuestas á la libertad personal que ha de durar toda la vida, determinen en muchas personas, y no seguramente en las peores, la tendencia á buscar en el suicidio la manera de librarse de una vida fría, uniforme é imposible de modificar por un acto de energía de la voluntad. Acaso el médico tuviera razón.

Recibimos buenas noticias de Francisco y de Inés. Es el único punto luminoso de mi triste existencia. Han podido poner en New York una modesta casita, Francisco ha merecido por su celo y habilidad ser nombrado director de una imprenta. Inés trabaja para un almacén de confecciones, que es ahora un magnífico negocio en América, después que cesó la competencia alemana en el comercio de estos artículos. Francisco ha sentido muchísimo la desgracia de su hermanita, é insiste en que le mande á Ernesto, de cuyo porvenir quiere ocuparse exclusivamente.

Verdad es que me da pena lo que pasa con este hijo mío en el Instituto de educación. Los jóvenes acogidos están muy

desanimados. Saben que al llegar á los veintiún años, lo mismo los buenos que los malos, los hábiles que los ineptos, han de obtener idéntica retribución del Estado. Los mismos que se hayan preparado con todo cuidado para el ejercicio de la profesión más concordante con sus aptitudes, no pueden abrigar la seguridad de ser destinados á ella ó á otra análoga. Así que el tiempo que habrían de ocupar en el aprendizaje lo pierden lastimosamente, no obstante las rigurosas disposiciones adoptadas, mas propias de un presidio que de una escuela.

Sin embargo, no me atrevo á proponer á Ernesto que se marche á América sin consultar con mi mujer, y ésta se encuentra tan delicada de salud que me parece muy aventurado hablarle de ello.

XXIX

UNA SESIÓN TEMPESTUOSA EN EL REICHSTAG

Después del apasionado debate sobre los fondos de las Cajas de ahorro, no había vuelto yo al palacio del Reichstag en la plaza de Bebel. Entonces, como no se habían verificado todavía elecciones generales, los diputados socialistas democráticos que se sentaban en la Cámara del antiguo régimen estaban solos, como en familia, porque habíase decretado la nulidad de los poderes de los otros miembros del cuerpo legislativo; como emanados del tiempo en que dominaba la tiranía del capital. Hoy los adversarios de la democracia social que acaban de ser elegidos ocupan todo el lado izquierdo del Reichstag, esto es, cerca de una tercera parte de los puestos.

La única mujer que ha triunfado en las urnas, la esposa

del gran canciller se sienta en el centro de la primera fila. Es una verdadera matrona, de varonil aspecto; pero ataviada con cierta coquetería. Sigue con marcada atención el discurso de su marido; ora haciendo signos de aprobación, ora meneando la rizada cabeza adornada con cintas rojas.

El partido gubernamental está muy abatido por la noticia del *déficit* que arroja el balance del Estado, y por el contrario, la oposición antisocialista y los liberales no caben en sí de gozo y ríen á mandíbula batiente. Las tribunas están atestadas sobre todo de mujeres. La agitación del público es extraordinaria.

Daré una idea de la sesión:

*
* *

ORDEN DEL DÍA: *Discusión sobre el balance.*

EL GRAN CANCELLER: Es un hecho la disminución de los valores en la producción en Alemania, en cerca de las dos terceras partes comparado con el período anterior á la gran revolución social; pero no debe pronunciarse juicio favorable ó adverso antes de oír mis explicaciones. En primer término de esto son culpables los enemigos de nuestra sociedad socializada. (*El diputado por Hagen en la izquierda: «No es verdad».*) Sí es verdad, señores diputados; para conservar el orden en el interior hemos tenido que decuplicar las fuerzas de policía y para auxiliar á la policía en su continua tarea de contrarrestar la emigración, como también para prevenirnos contra las asechanzas del extranjero, nos hemos visto obligados á duplicar el ejército y la armada. Después la anulación de los títulos de los valores públicos en los Estados socialistas europeos ha privado de los intereses á los capitales alemanes colocados en esta clase de préstamos públicos. Nuestra exportación á las naciones que conservaron el régimen burgués,

que son nuestros naturales é irreconciliables enemigos, ha disminuido notablemente.

Mencionaré en segundo lugar como causa de la minoración de la producción la disminución del tiempo dedicado al trabajo cada día. (*Rumores en la derecha.*) Además, la prohibición de todo trabajo á destajo ha determinado la baja de la producción. (*Atención, atención en la izquierda.*) A consecuencia de los malos hábitos que desmoralizaban á la sociedad que ha desaparecido, todavía no se ha podido hacer efectivamente oficial la obligación de trabajar (*Agitación en la derecha*); por lo cual no es prudente renunciar á una ampliación del día laborable hasta las doce horas. (*Sensación.*) Además, mientras no se restablezca el equilibrio financiero, es menester decretar el trabajo obligatorio para todas las personas desde los catorce á los setenta y cinco años, en vez de los de veintiuno á sesenta y cinco, como ahora estaba establecido, reservándonos la concesión de exenciones parciales en favor de los jóvenes de talento extraordinario, con el fin de que dediquen mayor tiempo á su cultura, y de los viejos y los enfermos con el objeto de que puedan atender á la conservación ó á la restauración de la salud.

A parte de esto, es indudable que la adopción de un régimen alimenticio más sencillo y menos costoso que el actual contribuirá á disminuir el *déficit*. Recientes experiencias han demostrado que aumentando las porciones de legumbres y de patatas en las comidas, bastarán cincuenta gramos de carne ó de grasa por cabeza en vez de ciento cincuenta que ahora se conceden.

Es sabido que hay muchas personas que creen que el uso de la carne es sumamente dañoso (*Agitación en la derecha*); pero nosotros esperamos obtener grandes economías refrenando en la ulterior lógica elaboración de la igualdad social, refrenando cada día más, repito, los caprichos individuales y la ciega acción de la oferta y de la demanda, que todavía en este momento dificulta y encarece el consumo. La sociedad produce, por ejemplo, víveres, muebles, artículos de vestir;

pero la demanda está dirigida por el más caprichoso egoísmo, llámese moda, gusto ó como os plazca. (*La diputada se ríe.*) El gran canciller se turba y trata de calmar bebiendo un vaso de agua su visible agitación. Digo que la moda domina con absoluto imperio, no sobre los artículos que se producen en cantidad adecuada á las necesidades, sino precisamente sobre los que andan escasos ó sobre los que no se producen todavía, así los artículos ofrecidos á la sociedad se pudren en los almacenes solamente porque á los señores y á las señoras X, Y Z, no les placen. ¿Es justo y equitativo que cedamos á los caprichos individuales de estas personas? ¿Habrán de tener á su disposición objetos diferentes tan sólo porque el señor A ó la señora B, quieran alimentarse, vestir ó alojarse de diferente manera que el señor D ó la señora F? ¡Cuánto no se simplificaría y ahorraría la industria si en vez de elaborar objetos muy diferentes, se limitara á producir pocos artículos ó uno solo para cada grupo de necesidades homogéneas!

Atendiendo á lo dicho, señores y señoras, el gobierno os propondrá ante todo la introducción en la colación ó en la cena del mismo régimen ya en uso en la comida de medio día: se favorecerá también notablemente la igualdad social si socializamos la fabricación de todos los muebles, construyendo con arreglo á un mismo modelo y en la misma forma, camas, mesas, sillas, armarios, etc. Con esto lograremos la ventaja de ver todas las habitaciones amuebladas de idéntica manera, y se evitarán los inconvenientes y la pérdida de tiempo que trae consigo la mudanza de casa. Cuando haya necesidad de cambiar de habitación y hasta de población, no habrá necesidad de llevarse los muebles.

Al propio tiempo el Estado decretará la calidad, el color y hasta el corte de los vestidos de los ciudadanos y determinará el tiempo que deben durar. (*Sigue riendo irónicamente la diputada: las señoras de las tribunas protestan ruidosamente.*)

PRESIDENTE: No se permiten las muestras de aprobación ó de censura en las tribunas.

EL GRAN CANCELLER : Os ruego que no me interrumpáis. La igualdad del vestido no ha de llevarse al extremo de excluir completamente toda diferencia, antes por el contrario, el gobierno se propone crear ciertos distintivos en el traje por medio de los que sea fácil reconocer á los ciudadanos y á las ciudadanas de las diversas profesiones, empleos, oficios, etc., lo cual facilitará grandemente la misión á los inspectores del Estado.

Con esto no sería preciso aumentar el número de agentes de vigilancia que hoy son uno por cada cincuenta personas; tantos como exige el asegurar la rigurosa observancia de las leyes y de tantas disposiciones como se han promulgado sobre comida, vestidos, habitaciones, en un Estado como el nuestro, que será modelo de orden social. (*Exclamaciones á la izquierda : ¡Sí, modelo de presidios! El Presidente agita la campanilla é impone el silencio.*)

Tal es nuestro programa. Si lo aprobáis, esperamos que ejecutándolo con toda escrupulosidad, no sólo desaparecerá el *déficit*, sino que en nuestro pueblo experimentará un bienestar y una felicidad que crecerán á medida que vayan cayendo en desuso los hábitos perversos que desmoralizaban la antigua sociedad. (*Muestras de aprobación en la derecha. ¡Fuera, fuera! en la izquierda.*)

PRESIDENTE : Antes de entrar en la discusión del programa expuesto, los señores diputados pueden pedir al gran canceller cuantas explicaciones crean convenientes para aclarar los puntos que aquel comprende.

EL GRAN CANCELLER : Tendré especial, satisfacción en ello.

Un diputado del partido gubernamental ruega al gran canceller que dé explicaciones amplias sobre el nuevo régimen alimenticio y sobre las consecuencias que habrá de producir en los certificados monetarios.

EL GRAN CANCELLER : Agradezco al honorable preopinante su pregunta : porque así podré suplir algunas omisiones en que he incurrido. La ración diaria de pan para los

adultos se rebajará de setecientos á quinientos gramos para evitar las indigestiones. La fécula que se encuentra en gran cantidad en el pan negro produce fermentaciones en el aparato gástrico que son causa de diarreas y de catarros gástricos. Además de la ración de pan para todo el día, los adultos recibirán por la mañana diez gramos de café crudo y un decilitro de leche. Creemos que con la mezcla en esta proporción, se evitarán los trastornos nerviosos que suele producir el café. (*Risas en la izquierda.*)

Por la noche cada persona adulta disfrutará de medio litro de sopa variada de puré de lentejas, de arroz, de pan ó de patata; de cuando en cuando, en vez de sopa se pasará un cuarto de litro de leche. En las tres grandes fiestas políticas, ó sea en la conmemoración del natalicio de Bebel, Lassalle y Liebbknecht, al mediodía se dará una ración de doscientos cincuenta gramos de carne y medio kilo de manteca por persona.

He olvidado asimismo manifestar que una vez por semana se concederán cincuenta gramos de tocino ó un arenque para la cena; adoptando este régimen lograremos, al par que alimentar al pueblo muy higiénicamente, la probabilidad de vender á las naciones extranjeras los artículos de alimentación más caros y las bebidas más costosas que nosotros producimos, por ejemplo, legumbres escogidas, caza, pollos, peces raros, conservas, vinos, etc.

En cuanto á los certificados monetarios, es evidente que la mayor cantidad de los artículos en especie producirá una disminución proporcional de los cupones representativos de una suma de dinero. Nos proponemos pues, facilitar al consumidor el carbón y la leña, y la luz, y lavar gratis la ropa blanca en establecimientos oficiales, por supuesto, dentro de ciertos límites.

En tales circunstancias, creemos que para comidas y bebidas *extra*, para tabaco, jabón, para los gastos menudos, para viajes y diversiones, etc., será bastante consignar un mar-

co cada diez días, por persona adulta. (*Risas en la izquierda.*) Estos gastos no estarán sometidos á merma ni á limitación alguna, y la sociedad no ejercerá sobre ellos inspección de ninguna clase. Ved, señores, cuán lejos estamos de querer poner trabas á la actividad individual en todo lo que deba ser racionalmente libre.

Un diputado del partido de la libertad pide explicaciones al gran canciller sobre las medidas que piensa adoptar para prevenir y evitar en su caso, las faltas cometidas contra la obligación de trabajar, que han de ser frecuentes cuando se aumente la jornada laborable hasta doce horas. Desea asimismo saber qué opinión tiene el gobierno acerca de la cuestión del aumento de la población.

EL GRAN CANCELLER: Encuanto á las faltas cometidas contra la obligación de trabajar, confieso de buen grado que el crecimiento del día laborable traerá consigo la precisión de completar la escala de las penas con las de privación de cama, arresto en habitación oscura y en caso de reincidencia la prisión y los palos. (*Gritos de indignación en las tribunas.*)

El Presidente amenaza con hacerlas desalojar, si, no obstante sus advertencias, se repiten las manifestaciones ruidosas.

EL GRAN CANCELLER: Me explicaré, la pena de golpes de palo no pasará de treinta. Es preciso hacer que penetre en la conciencia de los ciudadanos la obligación de trabajar aunque sea con penas corporales.

En cuanto al aumento de la población, nos atenemos al principio de Bebel, ó sea que el Estado debe considerar á todo recién nacido como un nuevo y bien venido socialista democrático. (*Aprobación en la derecha.*) Ciertamente que también ésto debe tener su límite, puesto que no podremos tolerar que un aumento demasiado grande en la población ponga de nuevo en peligro el equilibrio del presupuesto del Estado, una vez logrado, con las medidas propuestas. Acaso será necesario, como demostrará la comisión de presupuestos, establecer una

proporción rigurosa entre la población y las subsistencias existentes conforme á los preceptos de Bebel. No olvidemos que este sabio pensador y entusiasta socialista democrático decía «el socialismo es la ciencia aplicada con conciencia clara y con conocimiento pleno á todas las esferas de la actividad humana.» (*Vivas muestras de aprobación en la derecha.*)

EL PRESIDENTE: Si no hay quien pida más explicaciones al gran Canciller, podríamos entrar en la discusión regular del programa presentado. Concederé la palabra alternativamente á los oradores de la derecha y de la izquierda, empezando por esta. Tiene la palabra el

DIPUTADO POR HAGEN: No tengo necesidad de examinar minuciosamente el programa del gran canciller; porque los frutos producidos por el llamado sistema socialista democrático son más que suficientes para sublevar al más frío y pusilánime contra la Democracia social que así ha perturbado la vida de la nación alemana. (*Grandes rumores en la derecha. Viva aprobación en la izquierda.*) Confieso que la horrible realidad supera en mucho á lo que auguraba un antiguo diputado de mi distrito electoral. (*Gritos en la derecha: —Sí, el asesinato de los socialistas.*) Veo que los señores de la derecha no han podido todavía digerir los escritos del difunto Eugenio Richter, «sobre las doctrinas erróneas de la democracia social». Es que no saben salir de su ignorancia y adquirir un concepto claro de las cosas económicas.

El *déficit* anual de doce mil millones significa la bancarrota de la democracia social. (*Grandes rumores en la derecha.*) Vos, señor canciller, os equivocáis á sabiendas atribuyendo el *déficit* en primer término á los enemigos de la democracia social.

Alemania está hoy atestada de soldados y de agentes de policía. Esto es natural; porque cuando todas las relaciones y todas las esferas de la vida interna y externa dependen del Estado, no pueden menos de aumentarse considerablemente los órganos ejecutores de tan múltiples y extensas funciones de la institución política.

Es por desgracia demasiado cierto que nuestro comercio exterior languidece; ¿pero de quién es la culpa sino de las transformaciones de la producción y del consumo en nuestro país y en las demás naciones sometidas al régimen socialista democrático?

Todo esto no basta, sin embargo, para explicar el *déficit*. El señor canciller le atribuye también á la disminución de la jornada laborable. Pero el día de trabajo antes de la revolución no duraba más de diez horas, y era de esperar que se hubiera ido reduciendo gradualmente sin perjuicio para la producción. No tanto á la duración del trabajo, sino á lo mal que se aprovecha el tiempo, á la *poltronería* (*¡Oh! ¡oh! en la derecha*) de los obreros debe culparse el atraso en la industria, que lamentamos. El trabajo ha vuelto á convertirse en esclavo, en servil como en los siglos más atrasados. El salario igual para las diversas profesiones, la pérdida de la esperanza de alcanzar la mejora de situación por la diligencia y actividad del trabajador: he aquí lo que aniquila la industria.

El trabajo no puede ser tan productivo como antes: faltando el propietario, el empresario privado, falta el continuo, el infatigable director de la obra, que impide el despilfarro de los materiales y de las fuerzas, que adapta la producción á las necesidades de la demanda, y sobre todo, lo que más perjudica es que no existe el estímulo de la competencia. El *déficit* en los miles de millones convence ahora á todo el mundo de que el capitalista ó el empresario no eran unos explotadores, unos seres inútiles, unos parásitos; por el contrario, toda persona de buen sentido no puede menos de penetrarse de la verdad de que el trabajo más diligente si no está dirigido de un modo concordante con su fin, se resuelve en un despilfarro de fuerzas y de materias.

¡A dónde hemos llegado! Para eliminar las desventajas de la manera de producción socialista democrática, venís aquí á crear tales limitaciones á la libertad personal y á la libertad económica, que convertirán á Alemania en un presidio.

(*Gran estrépito en la derecha. Aprobación en la izquierda y en las tribunas. El Presidente repite la amenaza de desalojar las tribunas.*) Idéntica obligación de trabajar, duración igual de la tarea, aplicación forzosa á determinadas labores; esto ni siquiera se encuentra en las cárceles; en éstas, al menos, al trabajador diligente y activo se le concede una remuneración extraordinaria. Para que la semejanza sea mayor, hasta se impone á cada ciudadano la habitación que ha de ocupar y los muebles que ha de usar. Las familias están hondamente perturbadas. No os falta más que separar completamente el hombre de la mujer como en la cárcel.

Si en el trabajo todo está reglamentado, ¿qué diremos de la obligación de presentarse toda persona á una hora dada para comer? He aquí otra analogía con un presidio; pero siquiera en éstos durante el *odiado* antiguo régimen se comía mucho mejor que ahora. ¡Y para que la semejanza sea perfecta, hasta el vestido es actualmente uniforme! ¡Tenemos guardias tenemos centinelas que impiden á los presidiarios de la democracia socialista pasar la frontera!

En nuestros establecimientos penitenciarios la jornada normal no era de doce, sino de diez horas. La jornada de labor que os veis obligados á poner en uso hase abolido en muchos de aquéllos por innecesaria. En los presidios había al menos la posibilidad de obtener el perdón que abría las puertas de la prisión al condenado á reclusión perpetua; pero en nuestras galeras democrático-socialistas la pena dura toda la vida, y sólo podemos librarnos de ella por el suicidio. (*Sensación.*)

Vosotros tratáis de disculpar todas estas enormidades apelando al consabido tópico de los males del período transitorio. Niego esto en redondo; las condiciones van empeorando á medida que se extrema la tiranía de la democracia social. Estáis al borde del precipicio. Gozáis, es verdad, todavía de la luz del día, aunque ya muy atenuada por las sombras del crepúsculo vespertino. La escasa cultura, el resto de arte, la partícula de habilidad para el trabajo de que aún disfruta-

mos, débense á las instituciones pasadas. Ahora en los institutos de educación socialista democrática la juventud se deprava, no porque falten tiempo ni medios de cultura, sino porque se ha procurado aniquilar el interés individual.

Vivís aún del capital intelectual y del capital económico que habéis recibido del antiguo régimen; pero cada día os vais incapacitando más para crear nuevos establecimientos económicos, para mejorar los existentes, para abrir nuevas vías, para construir nuevos edificios, etc.; puesto que os faltan los recursos para ello desde que habéis puesto todo vuestro empeño en destruir el beneficio de la empresa de la industria privada, desde que habéis procurado con todas vuestras fuerzas abolir el *interés* que anteriormente determinaba el crecimiento del capital.

La eliminación de la *libre concurrencia* hiere de muerte el progreso económico y científico. El interés individual despertaba la iniciativa, y el espíritu de invención y la emulación de los competidores convertía en beneficio de la generalidad el fruto de los esfuerzos individuales.

Las medidas propuestas por el gran canciller no bastan para cubrir el *déficit* de los doce mil millones; como en otros tiempos en los presidios, en donde el trabajo estaba organizado al modo de nuestra sociedad socializada, no podía obtenerse ni siquiera la tercera parte de lo que costaba el presidiario. Pronto, muy pronto nos encontraremos con un *déficit* más crecido. Pensad, pues, en la manera de obtener *una disminución de la población*. Esto se impone, aun reduciéndonos todos á vivir con el régimen de dieta á que quiere someternos el gran canciller. Lo mismo ocurrirá, seguramente, en los vecinos Estados democrático-socialistas. La ley férrea de a propia conservación obligará á la democracia social en todas partes á la mutua destrucción, hasta que desaparezca el exceso de población.

Por lo que yo entiendo, la esperanza de Bebel de transformar, por medio del riego, el desierto de Sahara en fértil co-

marca, adonde podría enviarse el sobrante de la población europea demócrata socialista, es un delirio de enfermo.

Tampoco veo muy dispuestos á los compañeros que sobran en Alemania de ir á establecerse en Noruega y en Siberia, á pesar de los consejos de Bebel. (*Hilaridad en la izquierda.*)

Yo no sé si podemos ya detenernos en el camino de perdición que por culpa nuestra hemos emprendido. La revolución ha destruido lo que valía muchos millares de millones, y hay que gastar muchos más para salir de la terrible situación en que habéis puesto á Alemania.

Mientras nosotros en la vieja Europa corremos á la ruina, gracias á vuestros desaciertos, al otro lado del Atlántico se levanta siempre opulenta, siempre omnipotente, una república que se apoya en la propiedad privada, en la libre concurrencia, porque allí los ciudadanos no se han dejado corromper por las erróneas doctrinas socialista-democráticas. Cada momento de retardo en la liberación de nuestra patria es un paso hacia la ruina fatal. Por eso grito con todas mis fuerzas: ¡ABAJO LA ERGÁSTULA SOCIALISTA-DEMOCRÁTICA! ¡VIVA LA LIBERTAD! (*Salvas de aplausos en la izquierda y en las tribunas; gritos y silbidos y gran tumulto en la derecha.*)

El Presidente llamó al orden repetidas veces al orador durante su discurso, y en vista de las manifestaciones de las tribunas, ordena que sean desalojadas sin contemplaciones.

Costó grandísimo trabajo que los concurrentes las desocuparan; pero al fin me ví obligado á salir, y por eso no presencié lo que pasó á la terminación de la sesión. Lo único que sé es que el gobierno dispone de una mayoría ser vil en el Reichstag, y que, serán aceptadas las medidas propuestas por el gran Canciller.

XXX

HUELGA INMINENTE

El nuevo proyecto del gran canciller para cubrir el *déficit* ha sido acogido en Berlín, por la mayoría de la población, de muy mala manera. Lo que sucederá nadie lo puede prever. Hace mucho tiempo que se advierte una viva agitación entre los operarios metalúrgicos y los constructores de máquinas. Ellos, que se vanagloriaban de haber contribuido en máxima parte á la gran revolución, ahora no cesan de lamentarse de haber sido engañados ignominiosamente por los *leaders* de la democracia social. Efectivamente, antes de la gran revolución, se había prometido que cada trabajador obtendría el *producto íntegro de su trabajo*. Esto se leía todos los días en el *Vorwärts*, pero ahora todos reciben igual retribución.

Si se distribuyese—dicen aquéllos,—el valor del producto, después de deducido el importe de las materias primas y de las materias subsidiarias, de los productos y de las máquinas fabricadas, sacaríamos mucho más que lo que se nos da.

En vano el *Vorwärts* ha tratado de convencerlos de que lo que pretenden es absurdo. La democracia social, escribía el *Vorwärts*, no ha prometido á cada grupo de operarios de un oficio determinado el pleno producto de su trabajo particular, sino á la colectividad, á *todos* los operarios, el producto completo del trabajo de *todo* el pueblo. Lo que se obtiene en los establecimientos metalúrgicos no procede sólo del trabajo humano, sino de la cooperación de muchas máquinas y de costosos instrumentos, y para ello son necesarios además, grandes edifi-

cios y extraordinarios medios de ejecución. Todo esto no ha sido creado por los obreros actualmente empleados en dichos establecimientos, corresponde, por consiguiente, también á la sociedad, que ha colocado en ellos todo el capital de instalación y de ejercicio, lo que queda después de pagar los salarios iguales á todos los obreros de la colectividad.

Esto no quieren oírlo los señores artesanos de la industria metalúrgica, y arguyen que si ahora el Estado ó la sociedad se traga los dividendos que antes se engullían los accionistas de las compañías explotadoras del negocio, no vale la pena de haber hecho la *grrraan* revolución.

Tampoco están conformes con el aumento de las cuatro horas de trabajo al día.

En suma, reclaman el producto íntegro de su labor, y diez horas al día de tarea como máximo. Para lograr sus propósitos han celebrado reuniones muy concurridas por la noche en los bosques de Yungfernheide y Wuhlheide, en las que se discutieron muy seriamente si convendría recurrir á la fuerza para hacer valer lo que creen su derecho. Se habla de una huelga monstruo de 40.000 obreros metalurgistas y constructores de maquinaria de Berlín.

XXXI

NOTAS AMENAZADORAS DEL EXTRANJERO.

Ni en Rusia, ni en Francia han sabido los gobiernos socialistas democráticos vencer las dificultades, interiores y por eso tratan distraer hacia el exterior la cólera de la muchedumbre. La triple alianza fué inmediatamente disuelta por el nuevo régimen. En estos momentos Italia, amenaza ocupar la Istria

y el Tirol que pertenece todavía á Austria-Hungría. Parece á Francia y á Rusia favorable la ocasión para atacar á Alemania, y ambos Estados han dirigido idénticas notas diplomáticas á nuestro ministro de Estado, exigiéndole el pago dentro de un plazo de diez días, de las deudas de Alemania por mercancías de ellos recibidas.

Pero, ¿cómo se explica que Francia sea nuestra acreedora? No habíamos recibido de ella más que algunos millones de botellas de Champagne que nos hemos bebido en los primeros momentos de entusiasmo que produjo la gran revolución y antes que el consumo fuera regulado por la ley. Rusia ha vendido á Francia una parte de sus créditos contra nosotros para poder realizar una acción común. Nuestra deuda con Rusia se eleva á más de mil millones de marcos; bien que nos hubiéramos limitado á importar únicamente algunos artículos como trigo, leña, lino, cáñamo, etc.; pero los productos manufacturados que anteriormente dábamos en cambio á Rusia y á Francia han sido rechazados últimamente á pretexto de que eran defectuosos y caros. Antes podíamos todavía saldar el excedente de importaciones de Rusia con cupones de los títulos de su deuda que poseíamos en gran número; pero ahora faltan por completo y como carecemos también de moneda de oro y plata, no hay medio de enjugar la deuda. Esto lo saben muy bien nuestros excelentes vecinos, y por eso han dejado deslizar la especie de que en caso de que no paguemos la deuda en el término citado se verán obligados á ocupar en garantía Posen y la Prusia oriental, y la Alsacia Lorena. Los dos Estados referidos no tienen inconveniente en entrar en negociaciones para un arreglo definitivo de la deuda si Alemania se decidiera á ceder aquella parte del territorio.

Me parece que esto pasa los límites de toda prudencia.

En Alemania no faltan, á Dios gracias, milicias instruidas, fusiles, pólvora y balas; de todo nos ha dejado abundantemente provistos el antiguo régimen; pero es triste confesar que, debido el retroceso en la producción y por efecto del consumo

excesivo, no nos sobra carbón para los transportes militares por camino de hierro y harina y forrajes en los depósitos.

Entre tanto los franceses no se descuidan. Se han anexionado el gran ducado de Luxemburgo que después de la disolución de la Unión aduanera, era libre é independiente. El descontento por la ruptura de las antiguas relaciones comerciales con Alemania fué estimado por el partido que deseaba la Unión con Francia. Un ejército francés acudió por el camino de Longroy, y la caballería llegó á lo largo de la frontera hasta delante de Tréveris.

XXXII

HUELGAS FORMIDABLES ANUNCIOS SEGUROS DE GUERRA

Todos los operarios metalurgistas de Berlín y de los alrededores se han declarado en huelga esta mañana, en vista de que había sido rechazada su pretensión de que se les concediera «el total producto del trabajo». El gobierno ha dispuesto que se prive á los huelguistas de la comida y de la cena. Se dió orden á todos los jefes de cocina del Estado para que rechazasen los certificados monetarios de los obreros metalurgistas. Las mismas órdenes se circularon á todos los restaurants y tiendas de venta en donde ellos acostumbraban á tomar sus medios de subsistencia. Se han colocado fuertes retenes de tropa para velar por la seguridad pública. Con estas medidas se espera reducir por el hambre á los huelguistas; porque las escasas porciones de pan y de otros viveres que les puedan facilitar sus familias y amigos habrán de durar muy poco.

También esta mañana nos hemos encontrado con la desagradable noticia de que toda la población quedará reducida

á la mitad de las raciones de pan y de que se suprimía por completo la de carne. Con esto se espera ahorrar lo suficiente para avituallar las fortalezas en la frontera, porque ya ha comenzado la destrucción del territorio germánico anunciada por Rusia y Francia. La caballería francesa ha penetrado por el gran ducado de Luxemburgo, se ha colocado sobre el Mosela y ha interrumpido el servicio en las vías férreas de Treveris-Diedenhofen (Thionville) y Treveris-Saarlouis. Otros cuerpos del ejército francés, apoyándose en Longyon, Conflans, Pont á Musson, Nancy y Luneville han entrado por la frontera lorenesa para asediar á Metz y á Diedenhofen. Las dos fortalezas no tienen víveres más que para dos meses. Otro tanto sucede con Könisberg, Thorn y Graudenz, hacia los cuales se dirigen formidables columnas rusas. Parece que el plan del enemigo es atacar la Prusia oriental á un tiempo por el Este y por el Sur para facilitar después la ocupación del lado oriental é impedir, que el ejército alemán se provea de sus caballos en esa región. La landwehr y la landsturm de la Prusia oriental corren ya hacia la frontera, pero van mal uniformados, porque á consecuencia de la crisis de la producción ha habido necesidad de emplear los efectos militares para vestir á la población.

Tendré desde ahora que abreviar estos apuntes, porque entra en vigor la ley de las doce horas de trabajo.

Procuraré terminarlos y mandar el original á Nueva York á Francisco y á Inés. Mi deseo es que lo conserven y lo transmitan á sus hijos, y éstos á los suyos, para que conozcan las miserias del tiempo en que he vivido. Además, se me considera cada vez más sospechoso y temo que se proceda á registrar mi domicilio y que se me arrebaten estas notas.

XXXIII

COMIENZA LA CONTRAREVOLUCIÓN

Los obreros metalurgistas no se dejaron sitiar por hambre. Yendo á visitar á mi suegro, que se encontraba en el asilo de ancianos establecido en el castillo de Buenavista, tuve ocasión de averiguar que los huelguistas que se habían reunido en las antiguas oficinas de Borig intentaron asaltar el almacén de pan instalado en frente del castillo al otro lado del Sprea. La policía guardaba las entradas de la gran plaza en donde están los almacenes, y cuando los obreros trataron de forzarlas los agentes los recibieron á tiros, pagando bastantes operarios con la vida su osadía. Entonces los revoltosos atacaron por los terraplenes de la vía férrea y arrancaron los railes y destruyeron los hilos telegráficos; pero el horroroso fuego que les hacían los milicianos que reforzaron á la policía y defendían el edificio desde las ventanas, cubrió pronto de muertos y heridos la plaza.

Los huelguistas no se dieron por vencidos, y subieron á los pisos de las casas en la calle de Luneburgo. Se trabó entonces una encarnizada lucha de balcón á balcón entre los sublevados y las fuerzas leales. La guardia de los almacenes era menos numerosa, pero disponía de mejores armas y de abundantes municiones.

Nuevas y nutridas masas de operarios del ferrocarril intentan abrir brecha en las paredes de los edificios; pero por los jardines del castillo de Buenavista llega á paso de carga un batallón que ocupa el puente contiguo al de la vía férrea y desde allí rompe un fuego mortífero contra la muchedumbre

inerte en su mayor parte que se encuentra en las calles. La multitud se dispersa en todas direcciones lanzando alaridos de terror y de cólera. Se dice que va á llegar la artillería de la guardia.

Yo abandono el teatro de tanta desolación y espanto para dirigirme á los barrios al sudoeste de Berlín. Por todas partes se encuentran grupos de personas presas de la mayor sobreexcitación. En esta parte de la ciudad todavía no se han cometido actos de violencia; se cuenta, sin embargo, que los obreros metalurgistas han vencido en el asalto en los almacenes de pan de Tesupelhof y en la calle de Copérnico, y que se han apoderado de gran cantidad de armas y municiones. Nada se sabe de cierto; corren noticias de que la sublevación es general.

La policía de seguridad se había aumentado en estos últimos tiempos hasta 30.000 hombres, todos ellos fanáticos demócratas socialistas. Se la ha dotado de caballería y de artillería. ¿Pero qué podrán hacer los destacamentos esparcidos por todo Berlín si una población de dos millones de habitantes se subleva?

La pólvora sin humo favorece la lucha de emboscadas y las modernas armas de tiro rápido son muy útiles en la posición cubierta de las casas.

La infantería á paso de carga y la caballería á galope cruza en dirección al Paseo de los Tilos. Se ordena la concentración de tropas en el castillo. ¿Cómo acabará todo esto?

Encontré á mi suegro muy apático é insensible á todo. Fuera de la familia y sin los cuidados y atenciones de los suyos, decaen rápidamente sus fuerzas corporales y las facultades de su espíritu. Repite veinte veces las cosas, confunde las personas y las generaciones. ¡Todo en él revela la más marcada decrepitud!

XXXIV

NOTICIAS FUNESTAS

¡Qué día más horrible!

Acabo de ver á mi mujer. La encuentro delirante. ¡Apenas me conoce! Los sufrimientos que le causó la muerte de la pobre Anita y las sacudidas molestas que su ánimo experimentó por los dolorosos acontecimientos de los últimos meses, han trastornado por completo su inteligencia. Se imagina persecuciones diabólicas y hoy debe ser conducida á un hospital de incurables.

Durante veinticinco años hemos sido ella y yo uno mismo para los placeres y para los dolores. Eramos una sola inteligencia, un solo corazón. ¡Ver ahora á mi idolatrada mujer sin conciencia, insensible á mis caricias, sorda á mis consuelos! ¡Esto es más horrible que la muerte!

¡Qué me importa la lucha en las calles! ¡Qué me importa la derrota de nuestras tropas en las fronteras! Nuestros soldados exhaustos de fuerzas por las marchas á pie, muertos de hambre y de sed, sin ropa, sin calzado, no han podido resistir el empuje de los enemigos. La sublevación de Berlín se generaliza. Ha triunfado en toda la orilla derecha del Spréa. Tres provincias envían considerables refuerzos á los insurgentes. Las tropas han comenzado á fraternizar con ellos.

Lo que había empezado por una huelga de obreros, amenaza convertirse en una verdadera contrarevolución. Se trata seriamente de acabar con el régimen socialista democrático. ¡Qué responsabilidad para mí, que he contribuido con todas mis fuerzas á procurar el advenimiento de un sistema que ha

producido la locura de una madre, la muerte de una hija, la desdicha de una familia!

A toda costa debo advertir á mi Ernesto que no ande por la calle, porque los jóvenes con su entusiasmo y sus ardimientos son fácilmente arrastrados por los movimientos populares.

XXXV

ÚLTIMO CAPÍTULO

A Francisco Schmidt, tipógrafo en Nueva York:

«¡Mi querido hermano!

Ten ánimos para recibir una tremenda noticia. Nuestro buen padre ya no existe. Ha sido una de las innumerables víctimas inocentes de la gran sublevación que ha ensangrentado durante varios días las calles de Berlín.

»Nuestro pobre padre venía á mi establecimiento para advertirme que no tomara parte en los tumultos de las calles: Allí mismo se libraba un combate entre los insurrectos y la policía, y el infeliz no lo sabía. Unos cuantos agentes se habían encerrado en la casa. Probablemente uno de los revoltosos le tomó por portador de una orden para la tropa y lo mató de un tiro. ¡Fué horrible, horrible la impresión que me produjo el contemplar ensangrentado á nuestro padre!»

»¡Murió víctima del amor filial! Supongo que él te habrá dado noticias del triste estado de nuestra madre y del abuelo. ¡En estos duros trances, tú, querido hermano, eres mi único pensamiento, mi solo amparo! Cuando recibas esta, carta ya estaré fuera de Alemania. Aquí todo ha concluído. En la fron-

tera, la derrota de nuestras tropas; en el interior, la anarquía, la más completa desolación. Por un libro de notas que nuestro padre ha dejado, tendrás noticias exactas de todo lo ocurrido hasta el día de su muerte.

»Con el corazón transido de dolor te abraza á ti y á Inés tu desgraciado,

»ERNESTO.»

CRONICA LITERARIA

El iberismo literario.—**Tobl**, por D. CARLOS M. OCANTOS.—**Alejandro Hercu-
culano de Carvalho**, estudio histórico-crítico, por D. ANTONIO SÁNCHEZ
MOGUEL.—Tres folletos acerca de un centenario, por el SR. VIDART.

No soy de los que creen que la crítica literaria puede ejercer influencia, medianamente eficaz siquiera, en las relaciones internacionales. Así es que cuando llega á mis manos un libro portugués ó hispano americano, no me creo obligado á mirarle con especial benevolencia por razón del parentesco étnico ni de las aspiraciones á una unión más íntima que la existente entre los pueblos ibéricos. Las alabanzas inmerecidas, los *bombos*, como se dice en el lenguaje periodístico, podrán producir el agradecimiento individual del alabado; pero prodigados por sistema, sólo conducirían á que las personas discretas de esos países nos tuviesen por necios ó aduladores.

No, no es posible tomar en serio esa idea de una crítica literaria llamada á colaborar con las cancillerías en las alianzas de las naciones. Tal pensamiento se explica por la atmósfera de falsedad en que vivimos, acostumbrados á dar y admitir por verdaderas en el lenguaje impreso muchas cosas que discurriendo á solas reconocemos por falsas, ó cuando menos por discutibles y dudosas.

Las relaciones intelectuales entre los pueblos influyen poco en sus relaciones políticas. Grandes eran antes de la guerra de 1870 las relaciones intelectuales entre Francia y Alemania. Este último país sugestionaba verdaderamente á los pensadores franceses, habituados desde Cousin hasta Renán, á venerar la sabiduría germánica.

Ni siquiera puede decirse que entre por mucho en la influencia intelectual de un país sobre otro el aprecio que el que la ejerza haga del que la recibe. En Portugal, y más todavía en la América española, es grande la influencia intelectual, y principalmente la influencia literaria, francesa. Sin embargo, en Francia apenas se leen los libros portugueses é hispano-americanos, y hasta los naturales de estos países suelen ser mirados allí con cierto desdén, debido acaso á la ignorancia ó falta de comprensión de su carácter y condiciones. Para muchos parisienses el *rastaquouère* es el tipo del hispano-americano, y en cuanto á los portugueses, saben de ellos por cierta conocida cancioncilla, que

...sont toujours gais,

lo cual, si fuese verdad, sería para nuestros vecinos occidentales una verdadera dicha.

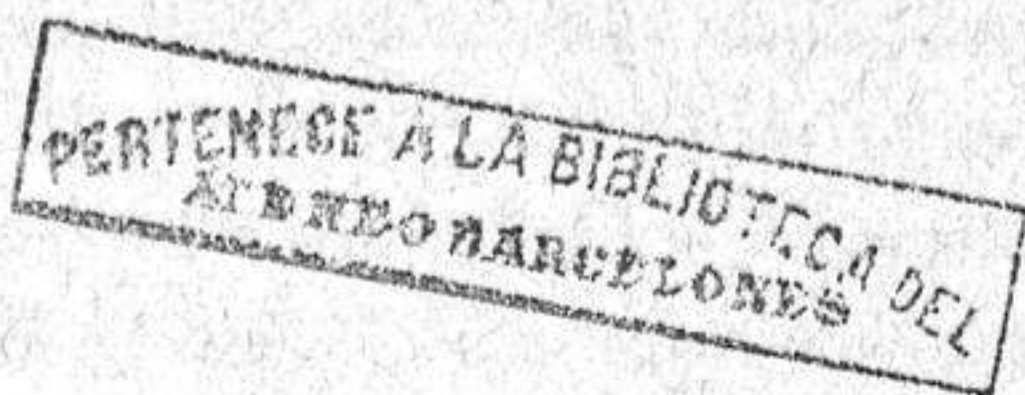
Mas nada de esto impide que desde el punto de vista puramente artístico, ó en términos más generales, desde el punto de vista intelectual, ofrezca para nosotros interés evidente el estudio de las literaturas portuguesa é hispano-americanas. Como primogénitos de la familia, no podemos ignorar á los demás miembros de ella. Dejaríamos de conocer algo de nosotros mismos si desconociésemos el desarrollo intelectual de esos pueblos, cuya historia ha sido por tanto tiempo la nuestra, y que aun separados de nosotros no pueden desechar, sin desnaturalizarse el sello español de su carácter, impreso por el común origen y acentuado por la convivencia y la comunidad de destinos durante largos periodos.

A esta razón, exterior al arte, hay que unir el valor intrínseco de estas literaturas. La portuguesa cuenta entre sus escritores modernos algunos como Oliveira Martins y Eça de Queiroz, que pueden figurar entre los mejores de la Península en los días contemporáneos. Y las hispano-americanas, aunque no tengan, por su juventud, el desarrollo de las europeas, van adelantando visiblemente, siquiera las afeen algún tanto el *exotismo*, la influencia de literaturas de otras lenguas, principalmente de la francesa. Por razón del idioma, tienen que ser estas literaturas una extensión de la española, lo cual no las impide tener caracteres propios distintivos, pues la lengua, con ser mucho, no lo es todo en la literatura. Sólo una concepción de ésta, extremadamente materialista, puede sostener lo contrario. No todo se reduce al lenguaje, aunque todo se exprese por medio de él, en las obras literarias, como no todo se reduce al mármol ó al bronce en las escultóricas. Hay, á más de esto, la forma interior, la concepción íntima de la obra, el pensamiento, el alma de las creaciones del arte.

Estudiemos, pues, las obras de los escritores portugueses é hispano-americanos, pero estudiémoslas desinteresadamente, sin hacernos la ilusión de que de ahí ha de salir una federación ibérica, ni alianzas, ni relaciones políticas más estrechas. Con esto, reducidas las cosas á sus verdaderas proporciones, ganará la sinceridad y ganaremos también nosotros opinión en los pueblos de nuestra raza, mejor que con cándidas cuanto estériles adulaciones.

Conviene repetirlo; no es la política internacional asunto de relaciones intelectuales ni de simpatías literarias. En ella domina el criterio utilitario; los intereses la guían y hasta son, en esta esfera, el sostén de la equidad y la justicia, poco estimadas por sí mismas. Y cada día parecen más definitivamente pasados y más ajenos á la manera de ser de los pueblos modernos, los raros arranques generosos é idealistas que en la historia de las relaciones internacionales aparecen. Estamos en una fase positiva, y para conducirnos como ella lo requiere,

debemos empezar por darnos cuenta de los tiempos en que vivimos.



No va encaminado este preámbulo á justificar censuras á ningún autor hispano-americano ó portugués. Pero el azar ha hecho que se reúnan en esta crónica juicios acerca de literatos de esos países, y no quisiera que los lectores de LA ESPAÑA MODERNA sospechasen, por esta coincidencia casual, que trataba yo de hacer *política literaria* de unión ibero-americana. Si la política no tiene entrañas, la crítica ¡ay! no las tiene tampoco, ó no debe tenerlas. Las afinidades de raza no son para ella una razón, más que en tanto influyan inconscientemente en el sentido estético del que juzga. Para la crítica literaria no debe haber más motivos de aplauso ó de censura que los que ofrezca la obra misma dentro de su peculiar naturaleza, las consecuencias posibles de un libro, lo que de él se tema ó se espere, no puede hacerle mejor ni peor literariamente. Todo esto, perteneciente acaso á la Moral ó al Derecho, es ajeno á la Literatura.

Quedábamos en que no iba á censurar á nadie. Lejos de esto, he leído con gusto la novela del Sr. Ocantos, *Tobí*. No diré que sea una obra excepcional, pero me parece una buena novela. Aunque no fuera conocido el nombre de su autor, ni en la portada del libro apareciese una ya larga lista de obras anteriores, bastaría la lectura de ésta para comprender que no es el ensayo de un principiante. El Sr. Ocantos es un literato *formado*, que conoce bien la parte profesional de su arte. La acción de la novela se desarrolla con facilidad. Las escenas principales están bien concebidas. El autor ha dado á los personajes vida bastante para que interesen. Hay plasticidad imaginativa en las descripciones; pero lo que resalta más en

la obra, su verdadera nota característica, es esa fluidez de los oradores fáciles, á quienes parece que naturalmente les vienen las palabras á la boca, fluidez que en la novela del Sr. Ocantos se muestra en todo, tanto ó más que en el lenguaje, en el desenvolvemento sucesivo de las escenas, en el curso de los sucesos que narra ó pinta el novelista. No se observa esfuerzo alguno para fijar y coordinar las representaciones imaginativas, ni para buscar la expresión que mejor las conviene. Diríase que la acción y el relato se desenvuelven espontáneamente. Parece la obra fruto de una inspiración sin interrupciones ni tropiezos, que fluye mansamente como el agua de un arroyo.

Es esta una cualidad muy compleja, que va casi siempre unida á cierto equilibrio espiritual, á cierto término medio que evita los grandes defectos, pero no llega á las inspiraciones geniales. Alguien ha dicho (creo que Donoso Cortés) que una metafísica clara no podía ser buena. En el arte (no tan distante al cabo de la metafísica, puesto que hay quien la considera como una poesía superior abstracta) la extremada facilidad (prescindiendo de las iluminaciones del genio) suele ser resultado de una comprensión estética superficial. Las cosas, y sobre todo las cosas del alma, que necesariamente han de ser parte principal en la novela, son infinitamente complicadas. Una mirada que no abarque su variedad, que no penetre en su interior al través de la corteza de sus formas exteriores, puede reducir las á formulas sencillas, á expresiones fáciles y llanas y satisfacerse con esto, pero esa sencillez no será verdadera más que en la apariencia.

Acaso por esto en *Tobí* se respira cierto ambiente de mediocridad. La psicología de los personajes es muy sencilla, sus almas son claras, cristalinas, *regulares*, sin penumbras ni rincones oscuros. Son almas plenamente burguesas, hasta las de los artistas que pinta el Sr. Ocantos, y que ya creo que no pasan de meros aficionados ó de orgullosas medianías. Aquellos pintores y escultores del *Fomento* desean que sus obras se

vendan y metan ruido; los padres que sus hijos se dediquen á profesiones lucrativas y adquieran en su ejercicio bienes de fortuna; las jóvenes quieren casarse con hombres acaudalados, sin perjuicio de *flirtear* con los que son de su gusto; las señoras se perecen por los perifollos; los hombres aficionados al dinero gustan recibir herencias y legados; los tíos se entusiasman con las aptitudes artísticas de sus sobrinos. Todo esto está en el orden natural de los sentimientos humanos. No hay allí asomo de esas vagas enfermedades del alma, de esos refinamientos y de esas aberraciones, tan de moda en la psicología literaria de estos tiempos. Evidentemente, el *mal del siglo* no ha llegado á la Argentina, al menos en forma de perturbación morbosa de los espíritus, de exageración de la sensibilidad psíquica, de aspiraciones indefinidas á un más allá, velado como Isis. No, Tobí y la mayoría de los personajes que con él intervienen en la acción de la novela disfrutan, al parecer, de una robusta salud mental. Nordau se vería apurado para incluirlos en el registro de los degenerados. Hasta los que aparecen como anómalos—Roberto el suicida y Leonardo el loco—presentan una anomalía poco complicada, son casos comunes dentro de lo anormal, muy poco *fin de siglo*, en suma.

Esta doble catástrofe (el suicidio de uno de los dos artistas y la locura del otro) me parece que recarga inútilmente la obra con la repetición de una nota trágica, que es en ambos casos episódica y sólo sirve para dar color y energía á la acción principal, lo cual pudo lograrse con uno solo de estos episodios, que, á la verdad, contrastan con el tono general de la novela, más plácido y sosegado. Justo es reconocer, sin embargo, que estas dos catástrofes están bien pintadas por el autor. En lo cómico es en lo que, á mi juicio, no sobresale el Sr. Ocantos. Misia Estanisladita y Sanguil son tipos (la primera particularmente) recargados en extremo, casi grotescos. Los demás personajes están mejor concebidos, aunque Roberto y Leonardo parecen estudiados más que en la realidad en los libros antropológicos que tratan de las anomalías del ge-

nio, y á la verdad hay que hacerles mucho favor para incluirles en esta categoría. Ni uno ni otro tienen traza de genios. En cuanto al protagonista, es acaso el personaje más insignificante, más *neutro* é incoloro de la novela.

El asunto elegido por el Sr. Ocantos es uno de los mil aspectos que ofrece la lucha del artista, representante del ideal, con los obstáculos del mundo exterior, entendido en su acepción más amplia. Tobí y sus compañeros luchan con un medio poco propicio al arte, y el medio, naturalmente, les vence. La idea de la novela, en este punto, es que para los pueblos jóvenes, que están en realidad formándose, como las repúblicas suramericanas, no ha llegado aún la hora del desarrollo artístico. Concentradas sus energías en la función nutritiva de la vida social, en el comercio, en la industria, etc., no ofrecen estos pueblos condiciones propicias para que en ellos broten las delicadas flores del arte, que nacen sólo en terreno fecundado por la acumulación del esfuerzo de innumerables generaciones. El autor no se indigna por esto: comprende la razón que hay para ello, y comprender las razones de las cosas es más acertado que indignarse de sus efectos. En los pueblos, como en los individuos, la edad del desarrollo no es la edad de la creación, y así en unos como en otros los frutos del espíritu no pueden madurar en la infancia. Sería contra el orden natural de las cosas el que esto ocurriese. Los mismos artistas que retrata el Sr. Ocantos están algo influidos por el medio; más que verdaderos artistas, aunque se figuren tales, son precursores, aficionados. Tobí es el mejor ejemplo de estas vocaciones incompletas, cuando deja los cinceles por el martillo del rematador, al convencerse de que, por el camino del arte, ni consigue la gloria, ni logra realizar tampoco su ideal amoroso.

Tiene esta novela, como se comprenderá por las indicaciones anteriores, alguna semejanza de asunto con *L'Œuvre*, de Zola; pero semejanza superficial y mucho menor de lo que á primera vista parece. Lo principal en la novela del escritor

francés, no es la lucha del artista con obstáculos sociales, sino otra lucha más íntima, más trágica, que pertenece al campo de una psicología más delicada y profunda: la lucha del artista consigo mismo y con los medios de expresión, para dar forma sensible á las creaciones de su fantasía; el esfuerzo del alumbramiento mental, doloroso como el físico. En *Tobí* no hay nada de esto. Los artistas que pinta el Sr. Ocantos, tienen el *alumbramiento* fácil... lo que les duele es el no vender sus obras.

Esa facilidad, esa soltura que señalaba antes en esta novela, se observa lo mismo en el lenguaje, que en la concepción imaginativa de las escenas en que la acción se desarrolla. *Tobí* está escrito en buen castellano, con expresión y viveza. Alguno que otro descuido se observa de vez en cuando, como «*pasó desapercibida*», pág. 85... «No es por él, ni por ningún otro, *que* yo rechazo su amor» (pág. 327)... «*debía* ver poco» (por *debía de* (pág. 375). Pero justo es advertir que estas incorrecciones no son frecuentes. Tampoco lo son los *americanismos*, y como la acción de la obra pasa en la República Argentina, claro es que tienen que hablar los personajes en el lenguaje allí se usa.

La formación de palabras y giros nuevos en los países americanos de lengua española no puede condenarse en absoluto. Sería inútil oponerse á lo que es, en suma, un fenómeno natural, un caso de diferenciación y transformación del idioma, que en análogas circunstancias se ha producido siempre. Lo que sí puede censurarse es el mal gusto en la formación de algunos vocablos, las transformaciones innecesarias que afean el lenguaje en lugar de mejorarle, etc., y en este punto los escritores, y en general las personas ilustradas de la América española deben depurar y rectificar el uso común, oponiéndose á la degradación y aplebeyamiento del castellano.

Consigno con gusto que el libro del Sr. Ocantos es bastante castizo. Sobre todo la parte musical del estilo, la eurytmia del período, recuerda á nuestros escritores clásicos. Y es un con-

traste sugestivo el que forma con el corte moderno de esta novela, esa cadencia á la antigua de los párrafos, que parece un eco remoto del viejo genio de la raza, un resto atávico, inconsciente, del sentido de la armonía de los escritores, ya lejanos, del siglo de oro.

*
* *

La solemnidad que celebra anualmente la Academia de la Historia para la adjudicación del premio á la virtud, fundado por D. Fermín Caballero, y la lectura de un elogio histórico, ha tenido este año más resonancia que de ordinario. Al historiador portugués Alejandro Herculano de Carvalho ha correspondido en esta junta el elogio, encomendado al catedrático de literatura de la Universidad Central Sr. Sánchez Moguel. La prensa ha dedicado al trabajo de este distinguido académico una atención que pocas veces dispensa á tales discursos, á no ser á los de recepción de algún famoso literato ó de algún político importante. La circunstancia de haber venido á Madrid varios personajes portugueses para asistir á esta junta académica, dedicada en gran parte á honrar la memoria de un compatriota suyo, ha contribuido también á dar al acto mayor realce.

He dicho antes elogio histórico, porque creo que es esta la denominación académica, pero el Sr. Sánchez Moguel titula con acierto su discurso; *estudio histórico crítico*, y lo es en efecto. Dada la moderna concepción de la historia, el *elogio histórico* no tiene ya sentido, es un género muerto, un viejo resabio de una manera de entender la historia, que pertenece al archivo ó al panteón de la historiografía. El elogio histórico es género que supone el concepto de la historia como puro ejercicio retórico, como arte literario ante todo, como elocuencia más que como investigación y crítica científicas.

De índole muy distinta es el trabajo del Sr. Sánchez Moguel, sin que por estar basado en investigaciones imparciales y en datos positivos deje de ser muy literario. No es el elogio gárrulo y declamatorio de los antiguos panegiristas. Es una excelente monografía histórica, en la cual hay naturalmente alabanzas para Herculano, pero que es, como la ha llamado su autor, estudio, más que elogio, siquiera de aquél resulte este último.

El Sr. Moguel estudia á Herculano como historiador, como novelista y como poeta, pero principalmente como historiador. En el discurso predomina el carácter crítico: la investigación relativa á las fuentes de la *Historia de Portugal*, de Herculano, con motivo de la cual rectifica el académico español varios errores de escritores portugueses que han tratado del asunto; el juicio de las novelas históricas—acaso demasiado benévolo—y el de las obras poéticas en sentido estricto (porque la novela es también poesía) del autor de *O monge do Cister*, el paralelo entre Herculano y Garret, los dos grandes románticos lusitanos son, á mi entender, de los mejores pasajes del discurso. Los datos biográficos que contiene son también muy interesantes, y forman un verdadero retrato, una semblanza del historiador portugués.

El trabajo del Sr. Sánchez Moguel es muy erudito, muy completo. Revela un estudio detenido de las obras de Herculano y de lo principal que acerca de ellas se ha escrito en el vecino reino. Y revela también gran simpatía hacia el historiador portugués y cierta comunidad espiritual con él en algunos puntos. El autor de *Eurico el presbítero* merecía ser juzgado con el amor y el estudio con que el Sr. Sánchez Moguel le retrata y le juzga.

Amó la verdad y combatió por ella. Ejerció seriamente su ministerio de historiador sin miedo á las censuras ni baja sollicitación del aplauso. Pertenecía á una noble raza de hombres, ya extinguida; á la raza de aquellos antiguos liberales que querían armonizar el progreso con la tradición y afirmaban

sinceramente la posibilidad de esta armonía. Hombres de fe, creían en muchas cosas. Eran los antípodas del *dilettantismo* contemporáneo. Herculano creía en la libertad y el progreso, creía en la Carta de 1826, creía en la restauración de las instituciones municipales de la Edad Media, época que, como buen romántico, admiraba. La sinceridad con que expresó sus opiniones y los resultados de sus estudios, acarreóle odios y persecuciones, fruto ordinario del amor á la verdad. El haber destruido en su *Historia de Portugal* la leyenda del milagro de Ourique provocó una verdadera cruzada contra Herculano, tachado por tal motivo de impío y antipatriota. Refiere el Sr. Sánchez Moguel que este año ha oído, en una cátedra de la Facultad de Teología de Coimbra, impugar, con razones teológicas, la autenticidad de aquel milagro. Mas á pesar de este dato, que parece mostrar que el juicio histórico de Herculano ha llegado á prevalecer hasta entre los teólogos, sospecho que debe de subsistir aún en los católicos portugueses alguna prevención contra el gran historiador. Me fundo en el discurso pronunciado por el señor Obispo de Coimbra en la Academia de la Historia, en el cual, después de hacer alguna alusión á la heterodoxia de Herculano, explica cómo él, prelado católico, ha podido asistir á la solemnidad dedicada á honrar la memoria del autor de *O monge do Cister*, invocando entre otros argumentos la presencia del P. Fita en el acto académico y la *catholicidade* de la Academia de la Historia y del Sr. Sánchez Moguel. Sería ociosa esta justificación, si no subsistiera aún en Portugal, entre los intransigentes, sin duda, algun resto de la enemiga contra Herculano.

*
* *

Tres folletos ha dedicado el académico de la Historia, señor Vidart, al centenario que va á celebrarse el año próximo

en Portugal y que llaman allí, según parece, centenario del descubrimiento de la India.

Este apreciable escritor me inspira gran simpatía por el ardor con que ha defendido lo que entendía que era la verdad histórica respecto de Colón y del descubrimiento de América. Es tan esquiva con nosotros la verdad, nos muestra tan poco de sí misma, que hay cierto noble desinterés en amarla y en batallar por ella, cierta fe como la de un caballero andante que pelease por ensalzar las gracias de una beldad apenas entrevista. Este misterio que á la verdad rodea, este esfuerzo que cuesta el llegar á conocer ó á vislumbrar simplemente sus manifestaciones inferiores, la hace ciertamente más apetecible y más digna del culto que algunos pocos la profesan; pero con todo se necesitan ciertas cualidades psicológicas superiores, *religiosas*: fe, abnegación, para apreciar y saborear ese deleite que proporciona sin duda, el servir á la verdad.

En estos tres folletos: *Vasco de Gama y el descubrimiento de la Oceanía*.—*El descubrimiento de la Oceanía por los portugueses* y *El descubrimiento de la India por Vasco de Gama en 1497* (este último título es irónico), trata el Sr. Vidart de poner en claro, cómo debe llamarse y entenderse el centenario que van á celebrar en 1897 los portugueses.

El Sr. Vidart cree que el descubrimiento del camino marítimo de Portugal á la India por Vasco de Gama inicia el descubrimiento de la Oceanía, y que, por tanto, debe llamarse centenario del descubrimiento de la Oceanía el que va á celebrarse el año próximo. Retrotrayendo un poco más lejos las cosas, entiende el Sr. Vidart que Colón es quien inicia el descubrimiento, no sólo de América sino de Oceanía, puesto que ambas partes del globo forman lo que se llamaba en el siglo XVI Nuevo Mundo, las Indias Occidentales. El Sr. Vidart no transige con la denominación de *Mundo novísimo* que dan á la Oceanía algunos geógrafos, y menos con que se atribuya su descubrimiento á navegantes holandeses, ingleses y franceses del siglo XVIII.

Confieso que estas cuestiones de nombres me apasionan mucho menos que al Sr. Vidart y aun añadiré que me entusiasman poco los centenarios. Tienen su razón de ser estas conmemoraciones, pueden constituir un elemento de educación popular, pero no las atribuyo extraordinaria importancia y claro está que se la doy menor todavía á sus nombres, pues, si peca por exagerado aquello de que *le nom ne fait rien à la chose*, hay que reconocer, sin embargo, que los nombres importan menos que las cosas.

Creo, como el Sr. Vidart, que la denominación: *Centenario del descubrimiento de la India*, es inexacta. La India estaba descubierta hacía mucho tiempo. Pero, ¡es tan pequeña la lesión que pueden inferir á la verdad histórica los miembros de la Comisión organizadora de un centenario! Habrán de pasar miles de años para que nuestros sucesores lleguen á dudar si Vasco de Gama descubrió realmente la India ó si la conocían ya los europeos. Es muy poco probable que para entonces subsista resto alguno del centenario y aun concediendo que duren tanto las memorias de éste, tendrán indudablemente los historiadores futuros otros datos y otras fuentes más fidedignas para resolver aquella cuestión histórico-geográfica.

Tampoco quiere el Sr. Vidart que el centenario se llame de Vasco de Gama. Acerca de este punto tiene su teoría el autor de los folletos á que me refiero. Piensa que á la *historia heroica* ha sucedido la *historia social*, y que los grandes hechos no son obra individual de los hombres á quien cabe la parte más señalada en su realización, sino obra colectiva. Es indudable que de cuanto hace el hombre como ser social nada hay que sea personal exclusivamente. En la obra del individuo colaboran poderosamente las generaciones muertas con la herencia de conocimientos, de hábitos, de aptitudes, que es base de los progresos ulteriores. Cooperan también los contemporáneos en formas varias y en medida diferente. Mas el genio, el hombre superior, el héroe de Carlyle ó de Emerson se

elevará siempre á inmensa altura sobre el nivel medio de los humanos. La concepción de la *historia social*, como dice el Sr. Vidart, es correlativa de una concepción orgánica de las sociedades, que no permite considerarlas como meros agregados de individuos, dirigidos ó manejados por los superiores de entre ellos. Pero el que la historia estudie lo que fué la vida social humana en una época dada y tenga que investigar para ello como vivían los pequeños, los humildes, las multitudes anónimas, no reduce ni puede reducir á los grandes hombres al papel de meros instrumentos y ejecutores de las inspiraciones colectivas. Aunque así fuera, la vida de Alcibiades resultaría siempre más interesante que la de un patán del Atica; Colón importaría á la posteridad infinitamente más que un marinero cualquiera de la *Santa María*, y Vasco de Gama más que los que tomaron parte en sus navegaciones y descubrimientos.

Tratándose de un centenario, que no es un curso de historia, sino una conmemoración popular que nada ha de enseñar á los eruditos, ni siquiera es necesario apelar á argumentos de esta clase. La fantasía popular tiende á *antropomorfizar* los acontecimientos, á tomar como símbolo y encarnación de ellos á sus principales actores. Para el pueblo el centenario del descubrimiento de América fué centenario de Colón; el del descubrimiento del camino marítimo de la India será probablemente centenario de Vasco de Gama.

Menos aún me convence el argumento de que los centenarios de los grandes hombres deben celebrarse en los aniversarios de su nacimiento ó de su muerte. Nacer y morir todos lo hacemos, sin que esto nos dé derecho alguno á permanecer en la memoria de las generaciones futuras. Lo que debe conmemorarse de los grandes hombres es aquello en que se revelaron tales, los hechos justamente famosos que realizaron. La conmemoración del nacimiento ó de la muerte, no puede fundarse en otro motivo que en la fijeza de estas fechas, si son más conocidas, ó en la dificultad de reducir á una fecha

única los hechos memorables de algunos personajes históricos en cuya vida no hay un verdadero momento culminante. Pero esto no sucede con los autores de descubrimientos geográficos. La fecha del descubrimiento de América y la del descubrimiento de la ruta marítima de la India, son las que dan á Colón y á Vasco de Gama sus títulos al recuerdo y al agradecimiento de la posteridad.

Insensiblemente me he deslizado á discutir algunos de estos puntos, y me asusta un poco disentir del Sr. Vidart, que es un polemista infatigable. Sentiría darle materia para un nuevo folleto, al que yo no podría contestar por mi falta de fe en la eficacia de tales discusiones, por no ser propia de estas crónicas la polémica y por carecer de tiempo y de interés por la cuestión que me permitieran escribir largamente sobre ella.

Creo, además, que estas polémicas interesan poco al público. Si los folletos del Sr. Vidart, tan competente en la materia, no tuvieran ese carácter, hubieran sido, de seguro, más amenos, pues su autor habría podido prescindir de las largas citas de obras propias y ajenas, que inserta *ad probandum*, y de algunos pormenores personales, *autobiográficos*, que probablemente importarán menos á los lectores que el esclarecimiento de si puede llamarse ó no á Vasco de Gama descubridor de la Oceanía. Anuncia el Sr. Vidart su propósito de escribir una Historia de este descubrimiento geográfico, y seguramente conseguirá en ella aportar datos de valor para el conocimiento y la apreciación exacta de suceso tan importante, así como le será muy fácil evitar algunos de los ligeros defectos, que, en mi opinión, presentan sus folletos.

E. GOMEZ DE BAQUERO.

REVISTA INTERNACIONAL

La cuestión de Abisinia. —Sus guerras con Italia. —Temperamento del Negro y de su pueblo. —La coronación del czar. —Descripción de las ceremonias. —La nueva situación de Francia. —El ministerio Méline. —Necesidad en Francia de un régimen republicano conservador. —Oposición irreductible y perpetua entre la democracia liberal y la democracia comunista. —Más muertos: Galimberti, Seé, Cernuschi, Simón. —Cuestión de Cuba y del Transvaal.

I

LA primer cuestión que se ofrece á nuestro ánimo es la cuestión de Abisinia. No hay que ponerlo en duda: los tribunos demócratas debemos ser contados entre los elementos de paz universal y de progreso pacífico. Así, á toda la democracia europea le parecerá de perlas el plan respecto de Abisinia presentado por la nueva situación política y admitido por la misma compacta mayoría que sostuvo los planes y la política de Crispi. Nada de abandonar Eritrea. Dejarla en abandono sería cosa de ligereza tan imperdonable como lo fuera en su tiempo adquirirla sin reflexión. Pero es necesario limitarla y no traspasar este límite, sobre todo por el lado de las tentaciones á conquistas, por el Mediodía. Los ríos Marel y su afluente Belesa designan este límite, fuera del cual no pondrán los italianos ni por un momento sus pies. Evacuación inmediata del fuerte Adigrat, donde toda defensa es imposible.

Nada de querer levantar allende del Marel la marca de un Tigre italiano, humedecida de sangre, mejor dicho, empapada; tal país es inconquistable. Para someterlo con sumo esfuerzo y conservarlo con suma dificultad, se necesitarían dos años de guerra y mil millones de francos. Para conquistar el impero abisinio todo con mayor esfuerzo todavía y conservarlo con mayor dificultad, necesitaríanse mil quinientos millones de francos y cinco años de guerra. Unicamente se debe conservar Kassala, y eso después de ajustada la paz con Abisinia de acuerdo con Inglaterra, para que pueda esta potencia refrenar á Nubia, el alto Nilo, siempre amenazador del Nilo bajo, del Egipto, y desquitarse de las ofensas que le han hecho y de las humillaciones que le han infligido Mahedies y Dervises. Pero al Nego paz y amistad. Muy encontrados y contradictorias son los descabellados proyectos antiguos de levantar un ras contra otro ras en aquel feudalismo, todos los rases ó reyes contra el emperador ó Nego, y tras horrible guerra, en que se comieran los unos á los otros, el destronamiento de Menelik y su reemplazo por un supremo imperante, que ungiría y consagraria la mano soberana de Italia. El artículo de previo y especial pronunciamiento para la reconciliación estrecha entre Italia y Nego está en la renuncia por aquella del protectorado fingido en las cláusulas malhadadas del tratado de Uccelay, causa primordial de la guerra. Sobre tal punto no cabía vacilación tras un desengaño como el recibido entre holocaustos y matanzas, cuyos horrores evocan en las memorias asombradas los combates más horribles de que guardan recuerdo y hacen remembranza los humanos anales. Mas las negociaciones sobre tal punto están detenidas ante un pequeño incomprensible obstáculo, nacido de cavilidades neurosténicas. El gobierno italiano quiere que Menelik se comprometa para lo sucesivo á rechazar cualquier otra tutela eventual ó posible, compromiso tomado por el belicoso emperador con su propia conciencia, pero no con los poderes extranjeros, pues harta fianza ofrecen la resolución suya

de no admitir ningún protectorado, los furores y el empeño con que ha combatido el protectorado de Italia. La paz está convenida desde la hora y punto en que Italia deja la línea de Adrigat-Adouar, encerrándose tras la línea de Marel-Belesa. Holguémonos, pues, con la paz y felicitemos al ministerio Rudini por haberla hecho, arrostrando con valor las maldiciones de un patriotismo exageradísimo, que cree posible llevar los pueblos dotados por Dios del instinto de conservación colectiva que asegura su existencia en el espacio y su perennidad en el tiempo, hasta la demencia, por falsos piques de honor malherido, hasta la demencia, repito, del suicidio.

II

Verdaderamente son un país de guerra Etiopía y un hombre de combate Menelik. El clima de un extremo calor en estío y de unas espesísimas nieblas en otoño, con bruscos cambios de temperatura entre los días tórridos y las noches glaciales, adoba los cuerpos y los curte para todas las penas y trabajos del guerrero combate. La educación belicosa comienza desde que palpitan los fetos recién avivados en el vientre de las guerreras madres y no concluye hasta que caen los cuerpos recién muertos en la tierra y quedan insepultos como despojos de batallas, al inclementísimo furor de los elementos y al hambre voraz de las hienas y de los buitres. Las armas, pues, forman parte de los órganos y componen como prolongaciones del esqueleto. Un etiope no corre la pólvora sola, como cualquier marroquí de Tánger ó Tetuán, corre la pólvora con bala. De festejos y apuestas y carreras y alardeos entre los vivos resultan allí muchos muertos. Así que no

puede arredrar peligro alguno en el combate á quien le importa un bledo perder su vida en la paz misma. Y han menester de toda esta belicosidad si quieren vivir entre las plagas de los elementos conjurados en su mal y los bostezos y los rugidos y las quijadas y las uñas de los brutos carniceros, dispuestos y apercebidos á devorarlos. El elefante mismo, noble de suyo, si provocado, y por la provocación enfurecido arremete, destroza la carne de un hombre y lo aterra por el suelo sin vida como destroza la corteza y derriba el tronco de un árbol. Pues uno de los principales oficios etiópicos es la caza de los elefantes. Víboras en el polvo, serpientes en los pedregales, mosquitos carniceros en el aire, hienas acosándoos por el rastro en vuestro camino, saltadores tigres, leones rugientes al calor de la fiebre y al acicate del hambre, águilas insaciables á la continua desplomadas sobre todo cuanto despierta su voracidad, hacen que la creación se os presente, no como nodriza ofreciéndoos la teta regalada para conservación de vuestro ser, como implacable muerte cruel, desatada tras vuestros pasos desde la cuna, y persiguiéndoos con toda suerte de asechanzas y arrancándoos la sangre con que acaba de avivaros. Hasta la misma religión, á pesar de ser el cristianismo, sugiere á los fieles amor á la fuerza como si fuera el Korán. Entre las doctrinas dualistas divulgadas por todo el Oriente al influjo y predicación de Manes; la herejía del famoso Eutiques negando á Cristo las dos naturalezas como un judío semita; el recuerdo vivo de la tradición bíblica donde truena el Dios airado del castigo, en las cumbres de un Sinaí estremecido por el trueno y azotado por el rayo; la influencia del copto egipcio que le manda sus prelados desde Alejandría, tan imbuidos en el espíritu mahometano, hacen de la caritativa religión del perdón en Abisinia una religión del desquite, y de su albísimo cordero pascual un maculado feroz leopardo. En las narraciones de las guerras etiópicas publicadas por diarios, revistas, libros innúmeros, encuentro una descripción del *Te Deum* cantado en celebración de la victoria sobre los italianos,

que define todo el carácter de aquella comarca y todo el temperamento de aquellos naturales. Era lunes de Pascua: 20.000 soldados se habían reunido á celebrar el santo rito; la terraza de palacio se abría, pero no pareciéndose á lugar de ceremonias religiosas, á campamento de militares ejercicios; una gradería cubierta de tapices persas, brillaba entre la terraza y el pomposo dosel, bajo cuyos pliegues yacía tendido sobre un colchón el ras ó rey vasallo de Menelik, circuido de sus generales, todos también tendidos en colchones; á un lado los que cazan elefantes, con crines de león en su cabeza, pieles de panteras al hombro, escudos maqueteados de plata y oro al pecho; á otro lado la caballería salvaje que alardea en batallas verdaderas y descarga fusiles cargados hasta la boca, oscureciendo con humaredas de pólvora los aires y atronando los oídos con explosiones de balas; ante la concurrencia los curas, como en espectáculo dándose, vestidos á manera de sacerdotes orientales paganos, pues cantan y danzan el himno sacro, al modo que danzaban los bárbaros en torno de sus holocaustos, mientras las mujeres los bendicen á gritos que parecen de águilas, y les contemplan los soldados castañeteando los dientes como cocodrilos, y van á pedirles absolución y oraciones los movilizados, heridos en la festividad, pues como no haya combates allí, no hay regocijos, sin golpeados ó muertos.

III

Se ha coronado el Czar. La correspondencia de París con Moscou, del demócrata con el cosaco, del hombre más libre con el hombre más esclavo, del mayor Imperio europeo con la Repú-

blica mayor, imprime á la coronación un carácter político extraordinario, el cual no empece á que las ceremonias eclesiásticas se hayan aún cumplido con observancia fidelísima del ritual y las ceremonias cortesanas con observancia fidelísima de la etiqueta. Rusia es la misma de siempre, fraccionada por dos partidos, de los cuales uno convierte sus ojos á Occidente y otro á Oriente. Fue occidental, partidario de las ideas occidentales, Alejandro II, bárbaramente despedazado y deshecho por el extremo demagógico de su escuela, por los nihilistas, la víspera del día en que pensaba dar una Constitución á su pueblo; fué oriental Alejandro III, de los que podrán tener para su conveniencia propia relaciones con Occidente, pero desean afirmar el despotismo en Rusia y extender la conquista rusa fuera, para un día, previsto y señalado en sus cálculos, arrojar como Atila y Ghengis-Kan Asia sobre Europa. Y los dos partidos á maravilla en las dos capitales de Rusia se manifiestan: en Petersburgo, la ciudad liberal, en Moscou, la ciudad reaccionaria. Así todo lo antiguo, todo lo tradicional y todo lo secular, todo corresponde á Moscou. El Kremlin oriental con sus muros negros y sus rotundas áureas; el santuario de la tradicional Asunción ornado de los mosaicos litúrgicos; la iglesia de San Isaac erigida en el palacio, fortaleza, oratorio de los Czares, como tabernáculo propio del poder absoluto; estos timbres y blasones varios de la monarquía despótica, se prestan mejor á los espectáculos cortesanos en Rusia que los palacios europeos contruidos en Petersburgo por el clásico jefe de los occidentales, Pedro el Grande, quien, al abrir de par en par el cerrado Imperio al espíritu moderno, injertó de otra savia el árbol asiático de la teocracia y aristocracia esclavas, las cuales no pueden vivir en nuestras latitudes políticas, ni adaptarse á nuestro clima espiritual. Esas procesiones de Moscou tienen tal carácter, que si hubiéramos podido resucitar la corte de Ciro como hemos encontrado fragmentos de sus palacios y sus templos, parecerían remedos y no precedentes del último espectáculo visto é increíble. Al Emperador

no le tocó en suerte la gigantesca estatura, ni el aire marcial de sus inmediatos predecesores. La tez rosada, los cabellos rubios, las retinas azules, el mirar vago, el cuerpo breve, la complexión débil y la salud incierta, dicen bien á las claras que no ha nacido para ostentar el férreo temperamento pedido por las sociedades humanas á los personificadores de imperios. El heredero presunto, su pobre y enfermo hermano mayor, ha debido permanecer en las luminosas aguas del Mediterráneo y privarse de la ceremonia portentosa, porque un soplo del aire de Moscou le hubiese roto los pulmones y extinguido la vida. En cuanto á la ceremonia, se necesitaría el arte mágico en las enumeraciones de Homero y de la Biblia, ó el genio de la comparación que tenían Hugo y Zorrilla para evocar los cánticos á voces solas que caracterizan la liturgia rusa; las cruces griegas incrustadas de reliquias y revestidas de preciosos esmaltes; las pluviales capas canónicas semejantes por sus preseas y por sus adornos á las vestimentas de los sátrapas asiáticos; el misal bizantino puesto con sus iluminaciones hieráticas entre los candelabros de variadísimas ramas; los metropolitanos ofreciendo á los emperadores el agua lustral en vasos que son verdaderas joyas moscovitas; los repiques alegres de los mil campanarios tocando al vuelo sus campanas entre los ecos de músicas y coros y salvas; el desmedido cetro, semejante á un áureo báculo de patriarca; la corona, tan parecida por su construcción, á las tiaras de Persia y á las diademas de Constantinopla; el globo áureo rematado en águila de pedrería inverosímil que parece indicar la rapacidad incansable de los Czares; todas estas insignias de otros tiempos y otros pueblos juntamente con su cortejo, como los cosacos del Don, vestidos con sus pieles históricas; los régulos de Oriente, recamados cual sus ídolos, de rubíes y esmeraldas; los montañeses del Cáucaso trajeados con zaragüelles blanquísimos; los popes de la estepa rígidos y fríos como bizantinas imágenes; el armenio con sus astrakanes y sus hopalandas; el tur-

comán cubierto con sus multicolores turbantes; el tártaro en su ligero caballo, diciendo todo y todos cuánto se necesita en el despotismo deslumbrar los ojos y dorar las cadenas de los míseros esclavos, quienes, no habiendo podido ver, aunque pagaban la fiesta ellos, al emperador dentro del santuario con los metropolitanos, y á la emperatriz bajo su palco de oro adornado con plumas de avestruz, llevando imperial traje cosido en la fiel ciudad de París y pagado con un millón de francos; no pudiendo ver esto, se divertían satisfechos con recibir salchichas calientes y granos de girasol tostados; ascender por las cucañas cubiertas de jabón en requerimiento de cualquier nonada; embarcarse con algazara en los tios vivos ó caerse con vértigo por las montañas rusas; aplaudir á los cómicos de la legua que representaban en teatros ambulantes cuentos soldadescos; amorrarse á los caños de cerveza fluyentas como ríos; alardeando así de su irremediable servidumbre. Cualquiera que sea el entusiasmo de mis correligionarios franceses por la grande Rusia, yo debo decir que prefiero la diminuta Suiza, pues imposible para mí vivir en aire que no lleva diluido el indispensable oxígeno de la vivificadora libertad.

IV

El ministerio radical extremo ha cedido en Francia su puesto á un ministerio radical medio. En cuanto han vuelto los templados al poder, han salido de madre las ideas, y las pasiones comunistas, así en prensa como en tribuna, conmiando y amenazando al presidente y al Senado. No hay para qué ni por qué asustarse: la indefinición del régimen francés

proviene del equívoco producido por la mezcla confusa entre republicanos radicales y republicanos conservadores; un reñido mortal combate inmediato, aunque nos haga estremecer, sacará el espíritu público de sus dudas y el pueblo francés de sus marasmos. Yo no conozco factores tan idénticos en realidad, aunque tan opuestos en apariencia, como el factor ó sumando componente de la extrema izquierda radical y el factor ó sumando componente de la extrema derecha monárquica. El uno sueña con la revolución, el otro con la reacción; el uno quiere dar fuerte golpe de mano con cualquiera turba insurrecta, el otro fuerte golpe de Estado con cualquier tropa infidentísima; el uno ataca la constitución por estrecha, el otro por amplia; el uno quiere derrotar la Cámara senatorial, creyéndola descargadora de sus utopías, el otro creyéndola obstáculo á sus ambiciones; el uno pide nuevo congreso constituyente con revisión constitucional novísima, aunque se pretenda de un lado traer la social y de otro lado traer la monarquía; el uno y el otro aborrecen de muerte así la libertad como el Parlamento, siendo uno solo por aquella identidad de los contrarios, que ridiculizaba Heine, cuando la mantuviera Hegel. De aquí rabia igual contra los partidos, contra los hombres, contra las instituciones vivientes hoy de uno y otro, como si todos estuviesen fuera de la república y todas adoptasen el mismo carácter perturbador, ya se le llame revolucionario al carácter de la izquierda, ya se le llame faccioso al carácter de la derecha. Están, digase cuanto se quiera, los radicales y los comunistas hoy tan fuera de la República legal como los monárquicos y los imperialistas, por atacar todos las elecciones de segundo grado, elecciones republicanas de suyo, parlamentarias, y sostener las elecciones directas, elecciones de suyo retrogradadas, plebiscitarias. No valía la pena de arrojar al príncipe Napoleón del suelo francés, y hacerlo morir en triste posada de Roma, para luego admitirle sus plebiscitos; con decir que valen hoy los votos directos del sufragio universal, generadores de la Cámara francesa, y no valen los votos delega-

dos, generadores así de la presidencia como de la senaduría, bastaba, porque si designan ésta los ayuntamientos y los compromisarios delegados del sufragio universal, designan aquélla los diputados y los senadores á su vez, en elecciones de segundo grado y por delegación también del sufragio universal.

V

Dentro de las fracciones monárquicas tienen verdadera sensatez para mí los realistas ó imperiales reconciliados con la república; y dentro del partido republicano, verdadera sensatez los que, dejándose de falsas utopías, aceptan una política verdaderamente conservadora, y se proponen bajo el sistema perfecto de gobierno conseguido á tanta costa por los franceses, mejoramientos parciales, no reformas de trascendencia innecesarias, no revoluciones de suicidio irremediable y deshonroso. El caso es que todos cuantos están fuera de ambas clasificaciones, los monárquicos y los republicanos extremos, no están en realidad con el pueblo francés, apegado, como ningún otro pueblo, á la estabilidad en sus instituciones; al orden público en las calles; al trabajo en paz. Aquella opción á todos los cargos públicos vedados antes á los pequeños; aquel desarraigo de las fortalezas feudales; aquel derecho de todos á las libertades públicas; aquella igualdad de todos ante las leyes; el asiento en los jurados, el voto en los comicios, la inviolabilidad de la conciencia y de la casa, después el ancóra puesta por la propiedad individual á los Estados liberales, costaron al realizarse; á una en la Constituyente primero y en la Convención demasiadas lágrimas y demasiada sangre al pueblo, para que hoy lo compro-

meta todo y todo lo destruya bajo el yugo de un soberbio dictador ó entre los estremecimientos de una insufrible anarquía. Mucho han gritado los más radicales al ver los menos radicales asentados en los bancos del gobierno, á pesar de los diputados, y por la confianza de los senadores. Brissón se ha valido del tránsito desde nuestro mundo al otro de un republicano como Pedro Blanco, nonagenario, para invocar unas reformas fantásticas, las cuales no podría él mismo formular, si hubiera de proponerlas, ni aplicar, si hubiera de practicarlas. Goblet se ha perdido en sofismas acerca del grado diverso de poder ó influjo que deben gozar las Cámaras en el nombramiento y destitución de los gobiernos. Bourgeois ha gritado, como en su reciente presidencia, para que le siguiera una mayoría de ocasión fugaz, trabucada por él con una mayoría de afectos y adhesiones permanentes, y nadie se ha movido, quedando la presidencia en su alta sede y el Senado en su templo correspondiente, contra los libelos infames, las calumnias soeces, las reuniones demagógicas, los gritos desaforados, las amenazas revolucionarias; las juntas tumultuarias y facciosas en que han intentado los vencidos por una de las representaciones del pueblo republicano, imponerse al pueblo republicano, ya merced á recuentos de fuerzas populares, que no están á su merced y arbitrio como ellos suponen, ó al espejismo deslumbrador de ideas socialistas que no pueden sostenerse, ni menos aplicarse como ellos quisieran.

VI

El gobierno radical mostró escasa previsión y lógica en su política exterior; dañosa perplejidad en los asuntos interiores; ciega confianza puesta sobre las mayorías de aluvión; siste-

mas preconcebidos de ataques perpetuos al Senado; intenciones patentes de constitucional revisión temeraria; afecto irremediable al socialismo, para que la mayoría de Francia, deseosa de reposo é irreconciliable con las teorías contrarias, tanto á la propiedad, como al derecho individual, no manifestase por alguno de sus órganos tan arraigados sentimientos; y así acaba de manifestarlos por uno muy capital, por la Cámara de senadores, tan indispensable al desarrollo de aquella vida y al ejercicio de aquel organismo, como la Cámara popular y el mismo poder presidencial. Conjurada la crisis, y en acción cierta, el nuevo gobierno, muéstrase ahora cómo urge remediar un error antiguo y grave, transmitido por todos los gobiernos republicanos al gobierno actual y por todas las mayorías anteriores á esta mayoría presente. Uno de los principios más combatido por nosotros al comienzo de la restauración española, y que mostró mayormente la superioridad incalculable de los dogmas democráticos sobre los dogmas reaccionarios, fué aquel terrible sofisma de la legalidad ó ilegalidad de los partidos, el cual sofisma, declarando facciosos á los que disientían del régimen vigente y de la forma del Estado y del gobierno establecida hoy, lanzaba contra las leyes á muchos mal su grado, y convertía la política en una guerra, cuando por su libertad individual, por su derecho de publicar las ideas, por su derecho de reunirse y asociarse, todos los ciudadanos, pueden proponer como cualquier legislador á la nación sus opiniones y por el derecho de ir á los comicios, por el sufragio universal, todos pueden resolver y ordenar, como los más efectivos y reales soberanos. Porque haya mayoría y minoría en un Congreso, no deja de legislar; porque haya mayoría y minoría en un gabinete, no deja de gobernar; porque haya mayoría y minoría en un comicio, no deja de reinar. Y todos los partidos son aptos para dentro de las leyes aspirar al comicio, al Congreso, al gobierno. Estas afirmaciones tenían tal verdad que, no obstante la fuerza polémica y su arte magistral, en achaques de argumentar y discutir, los jefes conser-

vadores cayeron derribados por el suelo á su evidencia indiscutible y declararon su incontrastable victoria. ¿Quién diría que una doctrina, desechada por inaplicable á nuestro Parlamento monárquico, aunque demócrata, en el seno mismo de los conservadores hispanos, había de recogerla el jefe de los radicales franceses, proclamándola base de agrupación progresiva dentro del inmenso espacio, al combate de las grandes aspiraciones ofrecido en la forma y en la sociedad republicanas? Pues al ver M. Goblet la mayoría, mantenedora del nuevo gobierno Méline, reforzada por el aporte á su número de varios votos monárquicos, ochenta, declaró nulos estos votos, diciendo que sólo valieran los republicanos, ó sea el sentir y el pensar de los partidos constitucionales.

VII

Buenos constitucionales ¡vive Dios! los anarquistas, empeñados en derribar todo gobierno y concluir con todo Estado; los comuneros, que niegan desde las bases del hogar nuestro hasta las bases de nuestra propiedad; los mismos radicales, enemigos de dos poderes máximos, sin los cuales no puede sostenerse la república, y son á saber: el presidente y el Senado. Sin embargo, los votos comunistas votos son; porque se cuentan éstos por el número que suman en la urna y no por el origen que traen en la política. Tanto vale y puede, dada la distribución del poder soberano hecha por el Código fundamental á los diputados, el voto de un anarquista como el voto de un teócrata. En la química generadora de vuestros humores vitales no preguntáis cuál oxígeno mantiene la combustión en vuestra sangre, ni cuál partícula entra por la fibra de vues-

tras carnes; pues en la vida parlamentaria votos son triunfos, y no hay que pararse á contemplar si los átomos componentes de una mayoría vienen de tal ó cuál centro; pues, legales todos, jamás destruirán la soberana legalidad de donde reciben la virtud de su autoridad y la fuerza de su poder. Este principio de que sólo valgan los votos republicanos ha paralizado por mucho tiempo el movimiento, á cuyo calor debió formarse una mayoría de gobierno y concluirse la débil y confusa concentración antigua. Por él, por un error tan burdo, servían los votos monárquicos para derribar en la Cámara los gobiernos, porque se iban éstos al decreto de las mayorías, y no para mantenerlos, porque se iban, si, aunque tuvieran mayoría, no era esta mayoría republicana. Hora es, por cierto, ya de que acaben tamaños sofisteos insostenibles. Hora es ya de que á una parte del Parlamento se asienten los republicanos radicales, con sus afines comunistas, y á otra parte del Parlamento se asienten los republicanos conservadores, con sus afines monárquicos. Así, un partido será el motor que impele y otro el freno que modera; uno la máquina de vapor para correr, y otro el lastre para sostenerse; uno la fuerza expansiva, por la cual todo se dilata, y otro la fuerza concentradora, por la cual todo se organiza; uno el medio de que los avanzados puedan tener esperanza en el progreso, asimilándoseles el partido progresista, con lo cual no volcará la república por su izquierda, y otro el medio de que los reaccionarios puedan guardar el culto á sus recuerdos, asimilándoseles el partido conservador, con lo cual no volcará la república por su derecha, combinados los átomos de manera que resulte la salud pública inalterable por la medida lucha de los humores vitales, y el gobierno y el poder firmes por un movimiento progresivo regular unido con verdadera y sólida estabilidad.

VIII

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL
ATENEU BARCELONÉS

En las elecciones municipales últimas acaba de mostrarse, como no se muestra en otro ejercicio de la vida y del espíritu políticos; cuán enorme falta fuera la negación del calificativo de republicanos conservadores á cuantos hoy sustentan la república liberal y parlamentaria, tan apartada de los partidos dictatoriales como de los partidos soñadores en los comicios del sufragio universal. Y no son pocos en verdad los que así piensan y votan. Había el ministerio Bourgeois excitado los ánimos con fórmulas circulares, mitad radicalescas y mitad comunistas, usando del crédito que á las palabras de arriba prestan los de abajo en Francia, muy habituados á la obediencia; el nombramiento de funcionarios adictos á su política y cooperadores á sus maniobras había preparado la materia electoral en favor del radicalismo y de los radicales como nunca; sin embargo, han salido en su mayoría inmensa regidores los adscritos al programa de una estabilidad legal incommovible y de una conservación progresista estable. El idéntico movimiento se ha notado en los consejos generales ó diputaciones de provincias. Así que la utopía del impuesto progresivo, impuesto comunista, saliera por los proyectos de Hacienda, las protestas en provincias sonaron tanto y tuvieron intensidad tan sincera, que se aterró el gobierno radical y se arrestó el circunspecto Senado á destruirlo. Pues un republicano de abolengo, con servicios políticos largos y con propósitos conservadores formales, fundaría partido conservador numeroso, generador de mayoría conservadora firme, con lo cual quedaba establecido el nuevo régimen establecido y afianzado para siempre sin temor alguno á los combates de la reacción y á los delirios de la utopía. No hay más que pararse á contemplar el partido socialista un momento para persuadir-

se á proclamar su imposibilidad. Tantas opiniones, cuantos individuos. En escuelas donde un principio tan absorbente y concentrador como el principio socialista, debia establecer disciplina militaresca, reina el más espantoso caos de ideas personalísimas, pues cada jefe lleva un símbolo de fe propia é individual en su cabeza, y como cuentan los autores del socialismo tal número de ellas, y digo mal cuentan, pues aparecen innumerables, apenas hay medio, no ya de obtener fieles para cada Iglesia, ni siquiera sacerdotes, quedándose los pontífices en soledad completa para unos á otros excomulgarse y maldecirse. Desde un socialismo tan mitigado como el socialismo de Goblet, predicando aquellas reformas sociales compatibles con el derecho individual y la propiedad, hasta el remedo y traducción de las ideas colectivistas alemanas ó del nihilismo ruso, hay tantos matices doctrinales, como socialistas existen, porque no fundado aun sistema de tal género en verdades objetivas, aplicables por tanto en una oportunidad posible, carecen de aquel imperio sobre las conciencias, ejercido naturalmente por los principios verdaderos y justos. El socialismo queda en París hoy, cual estuvo en Atenas y en Roma por largo tiempo, una enfermedad propia de la grande ciudad, en que la electricidad intelectual sobradísima, el continuo choque de ideas, las tempestades condensadas por grandes pasiones, el extremo de la riqueza y de la miseria conviviendo juntos, las tentaciones del poder y del lujo, los entusiasmos ardorosos producidos por legiones de pensadores y de artistas, cuyas cabezas parecen volcanes en erupción, remontan los nervios colectivos de un modo, acaloran las fantasías con fuego tan abrasador, sobreexcitan los ánimos con sobreexcitaciones de tal fuerza y de tanta intensidad que la inteligencia común cae pronto en los ensueños y pesadillas de la utopía porque se halla sobreexcitado y enfermo el sentido común. Las ciudades pitonisas más sirven para la inspiración que para el gobierno. Con solo constituir una mayoría republicana conservadora, desvanécese la utopía y se acaba el socialismo.

IX

Héme detenido mucho en el cambio político de Francia para poder dar abasto á todo lo que resta por decir. Parece un reloj de arena la tierra con el tiempo arriba enviando y la eternidad abajo recibiendo, como imperceptibles granillos, las almas. Cuatro amigos míos acaban de morir, que merecen un recuerdo en estas páginas: Galimberti, Seé, Cernuschi, Simón. El cardenal Galimberti, á quien debí extraordinarias atenciones en mi viaje á Roma, fué víctima de contradictorios juicios. Penetrado el Papa de que á su autoridad pontifical atañen los oficios de paz y de concordia entre los pueblos y los príncipes cristianos, envió Galimberti á Viena, para que le conciliase Austria con Alemania, como envió Czakg á París para que le conciliase Francia y su República. Las artes diplomáticas empleadas en congraciar al Papa con la triple alianza le costaron al latino de abolengo censuras tan acerbas, como le costaron al eslavo de abolengo también las artes diplomáticas empleadas en congraciar al Papa con la República y la democracia francesas. No obstante censuras tales, llevadas por las pasiones de partido hasta lo desmesurado é injusto, así en la redacción del *Monitor Romano*, como en la cátedra de Historia eclesiástica, mostró Galimberti la elevación de su criterio y la variedad de su ciencia. Otras esferas de la vida hoy acaban de perder también almas luminosas. Por tal deberá considerarse á un médico de tanto mérito como el doctor Seé, muerto á muy avanzada edad en París. Semita en su sangre, judío en su religión, por el temperamento linfático parecía del frío Norte, y por la variada ciencia parecía de origen ario. Si la corte de Napoleón III, y sobre todo su emperatriz, escucharan las advertencias del gran médico en Julio del 70, no le ocurriera la catástrofe de Sedán en Setiembre, pues llamado á consulta para ver si el emperador estaba en posibilidad com-

pleta de dirigir una campaña, mirólo con su ojo médico cierto, estudiólo en la clínica de su experiencia sabida, y obedeciendo al superior criterio de una sabiduría profunda y á la moral severa de una profesión ejercida como verdadero sacerdote, declaró que, adoleciendo de un mal, agudo ya, y agravado aquel año como la piedra, no podía emprender una guerra, ni aun podía montar á caballo. Catedrático de la Sorbona en su sección de ciencias, miembro del Congreso de Medicina, doctor consultadísimo, la ciencia de curar le debió muchos progresos y el ramo de patología médica observaciones profundas, adelantos múltiples, muchos remedios apreciadísimos. Fué médico de Napoleón III, de Víctor Hugo, de Julio Simón, de León XIII. Nuestra sociedad madrileña le ha debido muchas grandes curaciones, cuyo recuerdo está en la memoria de todos, y yo, que le conocí en casa de Julio Simón, donde disertábamos muchas noches en agapes científicas, he profesado toda mi vida una grande admiración y una inextinguible amistad. En paz descanse. No menor amigo el correligionario Cernuschi, republicano liberal y conservador, como yo, y como yo enemigo implacable de las utopías socialistas. Nacido y criado en Milán, de donde le expulsó el entusiasmo por la independencia italiana en tiempo de las persecuciones austriacas, se retiró á París. Esta doble vida le costó parecer un francés entre los italianos y un italiano entre los franceses. Banquero y negociante de primer orden, su apego á la banca y á la Bolsa y al negocio no le impedían una consagración religiosa casi al arte y á la ciencia y á la política. Sobre todo privaba en él esta última. Riquísimo, le mandó á Gambetta doscientos mil francos para que trabajase contra Napoleón III en el postrer plebiscito suyo, y le mandó también otra cantidad crecida más tarde á Cavallotti para que trabajase contra los fautores de la triple Alianza en los comicios italianos. Perdonaron los franceses á Gambetta que recibiera dinero para fines políticos de un francés italiano, y no quisieron los italianos sus compatriotas perdonar á Cavallotti que recibiera

dinero de un italiano francés. Alto y erguido como un álamo de Lombardía; calculador frío en los negocios y sectario entusiasta de la política, muy conversador en un francés que, puro de sintaxis, tenía en el acento y sabor milanés es muy pronunciados, Cernuschi era uno de los hombres más queridos en París, y uno de los demócratas con mayor influjo sobre los estados mayores de las escuelas democráticas; con puro amor á las dos naciones, consideradas por él como una sola patria, Francia é Italia.

X

Pasemos á Julio Simón. Este último trató, como los alejandrinos, de conciliar en lo antiguo Aristóteles y Platón para conciliar en lo moderno el Cristianismo y la Filosofía. Puede asegurarse que á este fundamental espíritu de conciliación ha obedecido toda su vida. El quiso conciliar los movimientos progresivos con la estabilidad necesaria. El, cuando se hallaba en el volcán de la segunda República, intentó conciliar los proletarios y los capitalistas. Afre de la filosofía, como este mártir en nombre del cielo corriera las barricadas de Junio hasta encontrar la muerte, corrió él en nombre de la libertad estas mismas barricadas encontrando algo peor que la muerte misma, el desengaño. Su papel en las Asambleas del imperio fué también papel de conciliación entre orleanistas y republicanos. Llamado al gobierno de la defensa nacional, fué sin duda el más circunspecto y el más conciliador entre todos aquellos ministros. Ido á Burdeos para procurar la paz, revocó el decreto expulsando los imperialistas de las Asambleas republicanas y llamó á las Asambleas republicanas todos los ciudadanos. En el ministerio de Thiers significó una conciliación entre la Escuela y la Iglesia. En su ministerio bajo Mac-Mahon, quiso conciliar al general con la República y á los republicanos entre sí. De todas estas conciliaciones unas permanecieron y otras pasaron. Mas no cabe

dudar que le infligieran muchísimas amarguras y lo encerraron en el cuerpo de inválidos á que relegó la República los mejores republicanos. Para el partido demócrata era Simón sobradamente conservador y para el partido conservador sobradamente demócrata. Los imperialistas no le perdonaban que hubiese negado su asentimiento al imperio y los enemigos del imperio que no hubiese predicado la revolución. Para los católicos era un filósofo; para los filósofos era un católico. En el terreno de la teoría no se acordaba mucho de su política y en el terreno de la práctica mucho de su teoría. Consumado catedrático, filósofo clarísimo, publicista no menos grande que orador, ameno sin ligerezas, profundo sin obscuridad, vario y no superficial, como una melodía en sus improvisaciones literarias y como una tempestad en sus discursos políticos; mi muerto hermano del alma será siempre una luz del espíritu moderno y una gloria del siglo XIX.

XI

Cumplidos estos deberes con los muertos amados, que van haciendo á diario de nuestra memoria un cementerio, resumamos las capitales cuestiones políticas para departir acerca de todas ellas con mayor amplitud en revistas futuras. La que primeramente sale al paso, por su importancia para nosotros y para todos, es la cuestión de Cuba. No ha mucho nos holgábamos con los mejores aspectos, á nuestra vista presentados, por tan terrible conflicto. Ahora un amargo dejo de tristeza dan al ánimo las últimas noticias. José Maceo en Oriente; Antonio Maceo en Occidente, y Máximo Gómez entre los dos caudillos, corriendo ya por Matanzas á socorrer al segundo y sacarlo del atolladero donde se ha metido, Pinar del Río, dan á la guerra un interés dramático, pero también un carácter agudo que no ha tenido antes. Nada valiera esto, en verdad, ni para nuestras fuerzas, ni para nuestro ejército, si la insurrección infame no fuese de continuo nutrida y sustentada en el

seno de los filibusteros yankees, consentidos por el gobierno aquel y amparados por el pueblo, en auxilio de la rebelión cubana, con detrimento de la patria nuestra, y de ahí la gravedad enorme revestida por el apresamiento de los piratas entregados á los consejos de guerra. La opinión americana se fija para defenderlos en el derecho estricto y en los tratados internacionales que tienen legal vigor; pero la opinión europea, que es á la postre un gran jurado, recurre para condenarlos á principios universales de moral fijados en la conciencia pública, que son incontrastables. Si la insurrección antillana careciera del auxilio moral y material, que América le presta, nada tan fácil como aplicar á los ciudadanos de América las reglas internacionales y cuantos convenios solemnes hoy rigen; pero sabiendo todos en Europa, cualsaben, que esos ciudadanos apelan á su ciudadanía improvisada y súbita para combatir y atentar al sagrado de la independencia y de la integridad española, todos ponen su grito en el cielo y la moral pública sobre leyes capaces de amparar tales crímenes, pidiendo un castigo ejemplar. El gobierno español ha conjurado este conflicto entre la vigente legalidad y la conciencia humana por una revisión del juicio sumario, cuyas sentencias habían á pena capital condenado los reos, prometiendo cumplir todos sus deberes con los Estados Unidos y observar todos los pactos. Mas deberá presentar un cúmulo de reclamaciones vigorosas en Washington, porque los procedimientos del pueblo y del gobierno americano con España son de todo en todo intolerables.

XII

Algo como la cuestión de Cuba es la cuestión de Transvaal. También aquí filibusteros, también aquí guerra, también aquí por desgracia invasiones de gentes extrañas en pueblos autónomos, también aquí la conciencia pública indignándose contra que se quiera sobreponer al espíritu la letra del derecho internacional. Sabíamos por una serie de fundadas

sospechas la complicidad, de los gobernantes del Cabo con la criminal irrupción en armas del doctor Jameson dentro del Transvaal, pero no había prueba ninguna fehaciente, y en esta falta de pruebas se fundaba el gobierno británico para tratar á Cecil Rhodes, jefe del Cabo, como un amigo cariñoso y no como un reo de alta y verdadera traición al derecho inglés y al derecho internacional. Mas, entre los despojos dejados por el doctor Jameson al caer vencido en manos de los boeros se han hallado muchas cartas, y en estas cartas muchos testimonios de que un protegido por Inglaterra, como Rhodes, no sólo era cómplice del detenido, era verdadero coautor con el detenido. Condenados á muerte los cabecillas irruptores, Inglaterra se ha creído en el caso de interceder por ellos y Kruger, el presidente de Transvaal, por su parte, hase creído en el caso también de mostrar á Inglaterra que aquellos reos habían perpetrado el crimen horrible de su irrupción por mano de Inglaterra misma ó lo que es igual, por mano de sus protegidos, y de sus representantes y de sus gobernadores y de sus delegados en el Cabo de Buena Esperanza. Imaginaos cuál habrá sido el debate armado por la oposición radical del Parlamento á estas noticias, teniendo como tienen al gobierno conservador cogido entre dos puertas y mostrándole como le muestran que sus delegados ó pupilos son reos de verdadera traición. Cumberland, el ministro de las Colonias, muy ahupado por la opinión mientras apareciera reprobando la irrupción de Jameson en Transvaal, ha quedado maltrecho desde que se ha visto cómo, sin quererlo y sin saberlo, había sido de la irrupción, por sus delegados y pupilos, un inocente coautor. Y así está la cuestión africana, produciendo en el ministerio conservador cada día más quebranto y menguando al extraordinario aventurero, cuyos esfuerzos tiran á establecer vastísimo imperio africano para la gran Bretaña, que se dilate, sin solución alguna de continuidad, desde los mares descubiertos por Gama y sus lusitanos hasta el río de los misterios y de los jeroglíficos, en siglos de siglos dominado por los fa-

raones y sus egipcios. No vale argüir con la maestría de Chamberlain para obscurecer los acontecimientos puestos por la oposición radical en evidencia irrefragable. Los uitlanderes, ó sean, los ingleses, con gran fervor pedían derechos políticos en el Transvaal, complemento de sus derechos individuales; y con grande constancia los boeros, ó sean los holandeses, á la concesión de estos derechos se resistían; primero por el instinto de conservación que ha puesto Dios en todas las sociedades humanas; después, por el temor al carácter de aventureros en los demandantes reconocido, buzos del oro africano, manipuladores de la Bolsa universal, maestros en chanchullos, de juego y holgorios á la continua, dotados por ende de las riquezas allegadas en titánicas explotaciones, pero dolientes y enfermos de los vicios connaturales á las jugadas de minas y á los juegos de cartas. ¡Grave situación la del gobierno conservador en la Cámara! Si da la razón á los boeros, ofende la susceptibilidad de los uitlanderes, que aparecen sus protegidos, y disminuye á Cecil Rhodes, creador para Inglaterra y donante á Inglaterra de un imperio casi mágico y fabuloso, como los cantados en las orientales *Mil y una noches*; pero si da la razón á los uitlanderes, acepta la responsabilidad entera del crimen cometido por éstos al armarse desde la colonia inglesa del Cabo contra la república ó Estado independiente del Transvaal, y romper en guerra que sólo ha concluido con su ignominiosa é irreparable derrota. Labouchere lo ha dicho en sus naturales atrevimientos: «La bandera británica únicamente ondea en el Cabo para proteger y amparar, á la sombra gloriosa de sus pliegues, un Mónaco gigante, una gran casa de juego.» Ya veremos cómo sale del conflicto Chamberlain, obligado á no herir el patriotismo inglés, pero así también á satisfacer la conciencia humana. Pidamos como siempre que concluimos nuestras crónicas, al cielo y á su providencia la paz y la libertad universal.

EMILIO CASTELAR.

Madrid 27 de Junio de 1896.

LA LITERATURA CASTELLANA Y PORTUGUESA

SEGUNDA PARTE

CONCLUSIÓN

Las parodias tienen la rima constante en *ir* ó *i*, mientras el romance viejo junto á *dezir*, *huir*, etc., tiene *lid*, *paladín*, etc., y *ti*, *ofrecí* unidos con *marfil*, *fiz* con *mil*. Compárese, además, el todavía muy rudamente rimado fragmento del viejo romance: «Por el mes era de Mayo» en el «Cancionero general» (ed. de Amberes, 1557, fol. ccx, en que *calores*, *amores*, *prisiones*, *noche*, riman con *albor* y *galardón*) con las glosas de este romance hechas por Garci Sánchez de Badajoz que están en la misma obra (fol. ccxv), y los romances enteros que se hallan en el «Canc. de rom.» (fol. 265) en que por lo menos todas las rimas son asonancias sordas ó sea agudas: Pero también en los romances populares se nos presenta á las veces la rima pura, llana ó sorda, persistente en toda la composición, como en los romances del Cid número 38 de la «Primavera», en *ón*, y lo mismo en el romance que se halla en Timoneda («Rosa de rom.» pág. 53): «Angustiada está la reina». Estos ejemplos prueban que entonces las rimas en general rudas, propiamente tan sólo asonantadas, de los antiguos romances populares se ha-

bían tomado por consonantes *mal dolados*, cuya imperfección procuraban corregir los poetas artísticos, y que las rimas á las que seguían sílabas átonas (preferentemente cuando á una *a* ó una *o* agudas seguía una *e* átona) valían por sordas ó agudas, es decir, que se presentaban unidas con tales rimas llanas. Nos ofrecen múltiples corroboraciones de ello los más antiguos romances populares, y sobre todo, los juglarescos del ciclo de leyendas carolingias. Entre estos últimos es cosa conocida que la mayor parte y hasta los más largos tienen rima constante en *a* aguda; aunque entremezclados tan á menudo con palabras de rima en que á la *a* aguda sigue una sílaba con *e* átona y eso donde esta sílaba no cabe apocoparla etimológicamente (como *padre, madre, etc.*), que los posteriores editores y arregladores de rimas se acogieron al admirable recurso de agregar á todas las rimas sordas ó agudas monosílabas una *e* (no sólo á los infinitivos en *ar*, nombres en *al* y otras palabras semejantes, en que podía justificarse etimológicamente, sino que también en las inflexiones gramaticales como en *estáe, han-e, etc.*), para restablecer así una simetría asonantada, puesto que para ellos las rimas agudas bisílabas que se presentaban en todos los antiguos cantos populares y eclesiásticos, no valían ya como para los músicos como tales (cf. *Ueber die Lais*, pág. 172) (1).

(1) Depping y Alcalá Galiano (V. Depping, l. c., I, páginas xv, Lxxv y 326-327) han fijado su atención en estas rimas agudas bisílabas de los antiguos romances populares y juglarescos, pero las han explicado como «licencia poética» ó «modo de hablar antiguo». El último de los dos citados señores, hablando del romance de Isabel de Liar (l. c., p. 324), que puede servir de ejemplo, dice: «En punto á lo que nota el señor D. sobre las asonancias del romance 231, debe notarse que no sólo en los romances relativos á Carlo Magno y sus pares, sino en muchos antiguos está añadida una *e* á varias terminaciones que hoy son en la letra consonante, como, por ejemplo, los infinitivos de los verbos en *ar* y sustantivos que acaban en *r*, *y* ó *l*. De ello es ejemplo el romance del Cid inserto en la colección presente que dice: «En Burgos está el buen Rey» etc... y así va aconsonan-

Pero aún en un romance muy posterior, corto pero popular, el de Enrique de Guzmán (en la «Silva» de 1550 y en las ediciones á las romances de Sepúlveda, ed. de 1566 «Primavera», núm. 80) se hallan tales rimas sordas bisílabas en *a-e* unidas con monosílaba en *a* (como *san-*

tado todo lo que hoy no podría, un verbo en *ar* y dos sustantivos en *al* y *an* con padre y madre. Este era modo de hablar antiguo. Y aquí conviene añadir que en el romance 231 deben añadirse *ees* finales á versos segundos y cuartos de las cuartetas donde faltan» etc. Este enlace, empero, ni es una licencia poética ni se regula por antiguas inflexiones gramaticales; sino que surgió sencillamente del uso en los cantos populares de rima aguda bisílaba y de su enlace con la monosílaba. Así es que Durán al hablar del romance del Conde Arnaldos (I, núm. 286, pág. 153) en que *Flandes* está enlazado con rima aguda en *a* dice: «Aquí en el canto debía pronunciarse haciendo muda la última sílaba, como sucede *aun* cuando *la gente del campo* entona esta clase de romances». Este enlace de rima aguda monosílaba y bisílaba se presenta á menudo en los ya citados poemas de «María Egipciaca» y de la «Adoración de los Santos Reyes.» Mas como la poesía artística los halló demasiado rudos para su rima más exacta y los repugnó muy pronto, sucedió que los editores posteriores, que no veían en estos enlaces aparentemente desiguales nada más que una rusticidad, procuraran, ó remediarla mediante un cambio por rima aguda monosílaba (que es lo que ensayó, por ejemplo, Timoneda con los romances precitados de Isabel de Liar, en que á pesar de haberse alterado muchos versos é intercalado otros nuevos han quedado todavía un par de rimas agudas bisílabas, como *adelante, madre*; conservándose el enlace primitivo con rima aguda bisílaba en *a-e* en un *pliego suelto*, V. «Primavera» núm. 104), ó restablecerla mediante la ya mencionada añadidura de una *e* á toda rima monosílaba aguda para que formara asonancia en *a-e*, fenómeno curioso y contra toda etimología. El conocido romance: «Asentado está Gaiferos» constituye un ejemplo muy evidente de la relación entre aquel primitivo modo de rima y los arreglos que de ella hicieron los posteriores editores. Está en rima aguda en *a*, según la versión que da el «Canc. de rom.», se entremezclan las agudas monosílabas y bisílabas (*a-e*), según la versión manuscrito que ha seguido Durán (I, pág. 248, núm. 377) se obtiene una asonancia simétrica en *a-e* por la agregación de una *e* á todas las palabras agudas que riman, mientras que según la «Floresta» se ha restablecido artísticamente la monorríma por arreglos, alteraciones é intercalaciones.— De aquí se sigue que en una edición crítica deben restablecerse en tales romances la antigua rima popular, sin sancionar ó imitar la mala inteligencia de los editores posteriores manteniendo la *e* añadida indebidamente. Mientras Dozy (l. c., p. 615) concuerda con mi opinión respecto á estas

gre, condestable, grande). Además de los ya citados tenemos ejemplos de romances con rima sorda monosílaba y bisílaba en *o* y *o-e* «Por el mes era de Mayo», los dos antiguos romances de Fernán González, anteriormente citados, («Castellanos y Leoneses» y «Buen conde Fernán

rimas agudas bisílabas hallándola bien fundamentada en la poesía popular románica, Amador de los Ríos en su reseña de la «Primavera» me la vitupera vivamente, intentando rectificarla con un pasaje de la «Gramática castellana» de Antonio de Lebrija (Salamanca, 1492).—Este pasaje de un libro muy raro y que me es inaccesible, dice así, según Amador de los Ríos (cap. VIII. De los géneros de los versos que están en el uso de la lengua castellana):

«El tetrametro yámbico que llaman los latinos octonario é nuestros poetas *pie de romance*, tiene regularmente diez é seis sílabas: é llamáronlo tetrametro, porque tiene cuatro asientos; octonario, porque tiene ocho pies, como en este romance antiguo (esta teoría de Lebrija no hace más que corroborar la comparación presentada más arriba de las redondillas dobles con el *octonarius* ó *quaternarius* reduplicado):

«Digas tú, el ermitaño, que hazes la vida santa;
Aquel ciervo del pie blanco ¿dónde haze su manida?»

»Puede tener este verso una sílaba menos, quando la final es aguda..., como en el otro romance:

«Morir se quiere Alexandre de dolor de corazón:
Embió por sus maestros quantos en el mundo son.»

»Los que lo cantan, porque hallan corto é escasso aquel último espondeo, suplen é rehazen lo que falta, por aquella figura que los gramáticos llaman *paragoge*, la qual... es *añadidura en fin de palabra*, e por *corazón* e *son* dizen *corazone* é *sone*.»

De donde el Sr. Amador de los Ríos saca estas consecuencias: «Ahora bien: ¿será posible rechazar su (de Lebrija) inequívoco testimonio como hijo de la arbitrariedad ó de la ignorancia? (palabras con las cuales he denotado el proceder de los editores, y *sigo denotándolo todavía*). No sospechamos que haya quien lo intente (!). Lo que clara y palpablemente se deduce es, que si antes de 1492 se cometía espontáneamente por los cantores populares la figura de que nos habla el sabio maestro de la Reina Católica, para satisfacer plenamente la inevitable *necesidad del canto* (!) siguióse llenando este requisito de igual suerte durante el siglo XVI, mostrándose devotos de la tradición los primeros editores de los romanceros,

González», en que están unidos con monosílabos en *o*, *divisiones*, *Ordoñez*, *razones*, *traidores*, *mandones*, *hombres*, *labradores*) (1).

Las rimas sonantes que ocurren más á menudo en los romances populares del «Canc. de rom.» son en *a-a*, *a-o* é *i-a*; rimas que son precisamente las mismas que se nos presentan en los más antiguos poemas semi-populares semi-artísticos (como en los dos del Cid, en que predomi-

y siendo en consecuencia dignos de la alabanza de los doctos (!)... De todos modos, el uso de las *ees* paragógicas en los asonantes agudos, principalmente con *relación al canto* (!), es un hecho altamente histórico (!!), y de no exigua importancia en la de los romances castellanos.»

A pesar de todo lo cual—y con todo el respeto que se debe á la ilustración de los señores Lebrija y Amador de los Ríos—me quedo, como he dicho ya, con mi opinión pues me parece que á estos señores, por exceso de ilustración precisamente, los árboles no les han dejado ver el bosque.—O más bien puedo decir que Lebrija presintió la razón, pero por su erudición unilateral se ofuscó tanto y ofuscó tanto al otro y se expresó tan poco claramente en la fraseología escolástica de que gustaba, que pudo muy fácilmente ser mal entendido por los que más bien que juzgar independientemente conforme á la naturaleza de las cosas mismas, juzgan *in verba magistri*.—No ya los músicos ó cantores populares, que siguiendo la analogía del canto llano sólo contaban la *última* vocal *acentuada* sobre la que hacían consonar el tono de las no acentuadas;—sino los poetas artísticos que creían justificada por esta tonalidad la aceptación de la rima *propiamente sonante* ó asonancia que correspondía más á su principio, dieron ocasión á esta reforma de la rima popular, para la cual es natural que hubiese pronto un nombre en la gramática clásica (paragoge) de un humanista de escuela como era Lebrija. Durán ha expuesto muy bien (l. c. t. I. pág. XLIII) este proceder de los poetas artísticos: el poeta... ya pronuncia como *mudas*, vocales que *no deben existir* en las palabras; ya *hace mudas* las que *no lo son*. Por lo demás, ¿por qué no se hallan estas formaciones falsas, totalmente inetimológicas más que en la rima? (a).

(1) Los más antiguos de los romances populares sordamente rimados, del «Canc. rom.» tienen en general *a* ú *o* como vocal de rima; hallándose, sin embargo, entre ellos algunos con *e* sorda (como el de *Vergilios*, «Primavera» núm. 111; *Rico franco*, núm. 119; *Caballero de lejas tierras*, núm. 156) y con *i* sorda (como: *Bodas hacen en Francia*, núm. 157; *Tiempo es el caballero*, núm. 158; *Del Soldán de Babilonia* núm. 196).

(a) Véase lo que largamente contestó Amador de los Ríos á estas observaciones en el tomo 2.º de su *Historia de la literatura Española*.

nante es la rima en *a-o*) siendo las que más corresponden al sistema fonético y flexivo de la lengua española. Es cosa, por lo demás, que de por sí se comprende que también estas rimas sonantes pasan á la asonancia, pero que no eran intencionalmente tales, y por lo tanto que hay que considerarlas nada más que como rima imperfecta.

Es obvio, empero, y se ha demostrado concluyentemente en el pasaje citado de Martínez de la Rosa, que debía desenvolverse, y como tenía que hacerlo cada vez más, la asonancia de la monorrimia imperfecta, sobre todo de la sorda, en un lenguaje tan rico en vocales plenisonantes como es el español y así lo que en realidad en un principio era un *defecto* de la poesía popular, imitado primero paródicamente por la artística, fué por último empleado adrede y con conciencia como tosca joya y gala de arte. Pues no cabe cuestión de que por el intencionado evitamiento de la consonancia perfecta y por su cambio en mera asonancia de vocales se resolvió la monotonía fatigosa que persistía en el romance entero en un acorde agradable; así que lo que en el origen servía para la satisfacción de la necesidad natural de un ritmo que se hiciera perceptible, y que debe compararse no con el martilleo de la consonancia uniforme sino con el guitarreo de la asonancia del conjunto, se hizo una armonía realzada por el contraste, de una disonancia intencional, propia para un goce artísticamente refinado.

Desde fines del siglo xv, empero, cuando la poesía artística española se acercaba cada vez más á la popular, y empezó á darse cuenta y enterarse de los romances populares y juglarescos, á parodiarlos y glosarlos (1), y final-

(1) Rengifo (l. c., pág. 44) dice: «No ha muchos años que comenzaron nuestros poetas á glossar romances viejos, metiendo cada dos versos en la segunda de las dos redondillas. Y han sido tal bien recibidas estas glossas

mente hasta á imitarlos, se muestran como productos de esta acción y reciprocidad mutuas entre las poesías artística y popular en el desenvolvimiento de los romances, sobre todo por la influencia de la artística; las rimas puras sordas y la introducción de las sonantes (1); después por la reacción de la poesía popular incorregible en este respecto, primero la tolerancia y después la imitación paródica de los enlaces impuros asonantados; posteriormente el cultivo intencionado de la asonancia en artística diferencia de la consonancia; y finalmente la asonancia artística introducida á conciencia en la poesía popular y elevada hasta el predominio (2).

Es, por lo tanto, la validez de la rima como tal y como sorda á la vez un criterio para juzgar la antigüedad y carácter popular de los romances; los que tienen rima sonante, aun cuando á las veces todavía imperfecta, pertenecen ya á fines del siglo xv, y los que tienen asonancia más cultivada, esto es, más artística y todavía más sonante (3) han sido compuestos ó por lo menos arreglados

que les han dado los músicos muchas sonadas, y se cantan y oyen con particular gusto.»

(1) Así es que en los más largos romances juglarescos ya señalados han llegado hasta nosotros los enlaces primitivos en su rusticidad, lo menos alterados que sea posible.

(2) Se han admirado algunos de que no hallara aceptación alguna la asonancia en la lengua italiana no menos rica que la española en terminaciones vocales plenisonantes; pero esto se explica si se piensa que la poesía italiana ya desde un principio fué meramente artística, y que bajo la unilateral influencia de ésta se desenvolvió la posterior poesía popular de los italianos. En la poesía portuguesa, que tuvo un proceso evolutivo semejante, se introdujo la asonancia por la influencia del cultivo de la poesía artística española. Los demás idiomas románicos y germánicos eran demasiado pobres en terminaciones vocales plenisonantes, y así ha sucedido que sólo en el castellano llegó á ser dominante la asonancia cultivada artísticamente, porque sólo en él concurrían las dos condiciones para ello: el vocalismo y el desenvolvimiento popular de la poesía artística.

(3) La poesía artística gusta en general de rima sonante más rica, que es de su invención (v. *Ueber die Lais*, pág. 171), y sobre todo ha culti-

formalmente desde mediados del siglo xvi. En tiempo de Lope de Vega es cuando por primera vez, como lo ha notado Martínez de la Rosa (l. c., t. 1, pág. 204), se hizo corriente la asonancia aun en las poesías con versos cortos, de redondilla menor, como romances cortos, letrillas, endechas, seguidillas, etc., y dominante en general en las canciones populares. (V. también Alcalá Galiano, en Depping, l. c., 1, pág. LXXII.)

Finalmente, por lo que hace referencia á la composición *estrófica* y á la división de los romances, he dado ya arriba las razones por las cuales infero que fueron compuestos originariamente en cuartetos. Voy á añadir aún á este propósito que la primitiva cuarteta se conservó y llegó á pasar por tipo normal aun después del enlace y fusión de los romances populares en más grandes conjuntos, á modo de epopeyas, con asonancia general, y á pesar de la transformación en algo semejante á tiradas, enlace y fusión introducidos por la poesía juglaresca. Lo prueba una vez más el ya mencionado pasaje del «Arte de poesía castellana», de Juan de la Encina, en el cual cita expresamente entre las «coplas ó versos de quatro pies» los romances: «Y aun los romances *suelen ser de quatro en quatro piés etc.*», añadiendo en la misma obra después que ha tratado de las estrofas de cinco ó seis versos: «Mas desde seys pies arriba por la mayor parte suelen tornar á hazer otro ayuntamiento de pies de manera que serán dos versos (dos estrofas) en una copla (doble estrofa), y comúnmente no sube ninguna copla de doze pies arriba porque parecería desvariada cosa: *salvo los romances que no tienen número cierto* (1).

vado la asonancia sonante para hacerla más perceptible; pero precisamente por esto evitaba las asonancias alternadas (v. Du-Méril, *Essai*, página 108). Así es que todos los romances moriscos tienen asonancias sonantes desarrolladas.

(1) También Rengifo (l. c., pág. 40) cita la división de los romances en

De donde se sigue que por una parte es cierto que todavía entonces servían las cuartetetas de estrofa fundamental y normal de los romances, pero por otra parte, en tiempo ya de Encina era tan vaga en la mayoría de los casos la división estrófica de ellos, que no se daba medida alguna determinada de renglones ó igualdad de ellos en las estrofas que fuera mantenida y marcada con precisión. Pero esta vaguedad é irregularidad están en parte basadas en este género de estrofas y en los cantos populares en general y en la monótona melodía del romance en particular (1); en parte fueron favorecidas en la poesía

«Quartetetas». Entre los modernos se llaman las cuartetetas de romances y redondillas en general «cuartetetas», y las estrofas consistentes en cuatro versos más largos «cuartetos» (v. Salvá, «Gramática castellana», 7.^a edición, París, 1846, 8, pág. 407). En pro de esta acepción de *cuarteteta* habla también el siguiente pasaje de las «Seyscientas Apotegmas y otras obras en verso» de Juan Rufo (Toledo, 1596, 8, hoja 26); pasaje interesante para la historia de la poesía romancesca en general: «Sin duda *este tiempo florece de poetas que hazen romances, y músicos que les dan sonadas: lo uno y lo otro con notable gracia y aviso. Pues como es casi ordinario amoldar los músicos los tonos con la primera copla de cada romance, dixo á vno de los poetas que mejor lo componen, que escusase en el principio afecto ni estrañeza particular, si en todo el romance no pudiesse continualla: porque de no hazello resulta, que el primer quarteto se lleua el mayorazgo de la propiedad de la sonada, y dexa pobres á todos los demas». Así es que hallamos un romance épico del año 1496, «Primavera», núm. 102, impreso en un *pliego suelto* en cuartetetas separadas de hecho, y designadas en el título como «coplas» mientras otra impresión, como la de la «Silva» de 1550, da á la misma versión el nombre de «romance».*

(1) Cuán fácilmente pasa este género de estrofas en general á pareados no estróficos, lo he demostrado en mi obra *Ueber die Lais*, páginas 122-181-183 (esto es también lo que ha inducido á Du-Méril, *Essai*, pág. 197 á considerar como poema estrófico á «Lai roman et le romance espagnol», v. W. Grimen *Zur Geschichte des Reims*, pág. 169). Cuanto más antiguos y más populares son los romances, tanto menos se disponen en una división estrófica regular. Huber (Introducción, pág. xxvii), dice con razón: «Pues aunque hay y habrá muchos romances que se cantan y cantaban en coplas de á cuatro versos, y que, por consiguiente, se habían pensado y sentido en esta forma por el poeta, también hay muchos y principalmente entre los más populares que se cantan sin distinción de coplas, y con toda la

juglaresca por la introducción de la monorrimia y la fusión de muchos pequeños romances en un conjunto mayor; en parte, finalmente, son la consecuencia inevitable de la transmisión oral expuesta á tantas omisiones y adiciones y de las posteriores anotaciones, á menudo incorrectas, sobre todo si no se tenía en ellas en cuenta la melodía. Nos encontramos, por lo tanto, con que los romances están impresos aun en las más antiguas coleccio-

solemnidad ó monotonía épica que se pueda desear.» Así es que la melodía de los romances lleva naturalmente la suya, que Durán (l. c., t. 1, pág. LIV, nota 14) caracteriza así: «La música primitiva de los cantos populares se ha perdido del todo cuando la de los romances se conserva inalterable. Esta parece un gemido prolongado y monótono, pero que no deja de producir su efecto cuando acompaña las danzas pausadas del país.» Los más largos romances juglarescos podían muy bien haber sido meramente recitados en tiempo posterior, por lo cual se disipó por completo la división estrófica conservada tan sólo por la melodía.

La ingeniosa autora que escribe bajo el nombre de Fernán Caballero ha dado en su novela *La Gaviota* (Madrid, 1856, 8, t. 1, páginas 127-128) una descripción del canto de romance todavía corriente en Andalucía, tan encantadora y característica, que creo deber reproducir aquí este pasaje en su original. Dice así: «El pueblo andaluz tiene una infinidad de cantos; son estos boleras, ya tristes, ya alegres; el ole, el fandango, la caña, an linda como difícil de cantar, y otras con nombre propio, entre las que sobresale el *romance*. La tonada del romance es monótona, y no nos atrevemos á asegurar que puesta en música, pudiese satisfacer á los *dilettanti*, ni á los filarmónicos. Pero en lo que consiste su agrado (por no decir encanto), en las modulaciones de la voz que lo canta, es en la manera con que algunas notas se ciernen, por decirlo así, y se mecen suavemente, bajando, subiendo, arreciando el sonido ó dejándolo morir. Así es que el romance, compuesto de muy pocas notas, es difícilísimo cantarlo bien y genuinamente. Es tan peculiar del pueblo, que sólo á estas gentes, y de entre ellas á pocos, se lo hemos oído cantar á la perfección; parécenos que los que lo hacen, lo hacen como por intuición. Cuando á la caída de la tarde, en el campo, se oye á lo lejos una buena voz cantar el romance con melancólica originalidad, causa un efecto extraordinario, que sólo podemos comparar al que producen en Alemania los toques de corneta de los postillones, cuando tan melancólicamente vibran suavemente repetidos por los ecos, entre aquellos magníficos bosques, y sobre aquellos deliciosos lagos. La letra del romance trata generalmente de asuntos moriscos, ó refiere piadosas leyendas ó tristes historias de reos.»

nes (hasta en el «Cancionero» propio de Encina) sin división estrófica, habiendo seguido no sin razón este seguro proceder los más de los modernos editores (1).

(1) Entre los españoles casi todos, como Quintana, Reguero, Durán, Ochoa, etc. Depping, por el contrario, ha concedido singular importancia á la división en cuartetas, intentando emplearlas en todos los romances sin excepción. Donde se vió sin embargo obligado á admitir estrofas de seis renglones, lo explica por una especie de licencia poética, en cuanto los dos versos así añadidos á la cuarteta «se cantaban con acompañamiento de guitarra y castañuelas, más de prisa y como entre dientes» siendo así cubierta y aplanada esta irregularidad. La inconsistencia de esta suposición ha sido mostrada por Alcalá-Galiano en las notas á la Introducción de Depping (t. I, páginas XIV-XVI y pág. LXXVI) aun cuando él también esté por la división en cuartetas. Hasta tal punto es esta opinión la derecha que, como ya lo he mostrado, la cuarteta fué y sigue siendo en realidad la estrofa fundamental y normal de los romances, pudiéndose dividir sin estorsión alguna según ella muchos de los posteriores, más líricos y artísticos. Aún hay más, y es que concedo que á menudo, cuando queda sobrante un pareado, éste debe agregarse á la estrofa final (como v. gr., en el romance del conde Alarcos que se deja dividir en cuartetas, sin más que los dos versos que el poeta ó el juglar ha añadido como epílogo á la estrofa final: «Acá nos dé Dios su gracia y allá la gloria cumplida.») Pero el ejemplo mismo de Depping ha mostrado del modo más evidente cuán impracticable es aplicar este sistema á todos los romances, aun á los antiguos populares y á los juglarescos, y cómo apenas puede evitarse, sin ayuda de la melodía, una división insegura y caprichosa. El editor de la impresión londonense de la colección de Depping, Salvá, se ha explicado ya así (t. I, páginas XII-XIII): «Creyendo Depping equivocadamente, según lo expresa en su prólogo, que es de rigor el que el romance castellano esté dividido en estrofas de á cuatro versos, adoptó este corte, y no resultándole muchas veces, ya en medio del romance, donde el sentido queda completo en el segundo, y aun en el primer ó tercer verso de sus imaginados cuartetos, ya en el fin, porque así el romance como el sentido de cada una de sus partes, pueden tenerlo en cualquier verso; completa á su modo los cuartetos que cree faltos, agregándoles versos que pertenecen á otro concepto ó á otro miembro del período. De aquí resultan muchos errores que producen oscuridad y chocantes despropósitos, confundiendo el sentido y la rima. etc.» Hasta á la nueva edición se puede objetar esto, puesto que Depping ha persistido en su manera de dividir los romances (compárese, v. gr., el que empieza: «A Calatrava la vieja» en la división de Depping con la de Salvá, en el primero de los cuales no se ha tenido en cuenta la alteración de la rima separando muy á menudo en dos estrofas lo que está íntimamente unido por el ré-

Por el contrario, en los romances posteriores, compuestos ó arreglados por poetas artísticos, y aun en los modernos populares, se vuelve á observar con tanta exactitud la división en cuartetos, que no puede menos de reconocerse que es así, y que las colecciones más modernas del siglo xvii están ya impresas con separación de las cuartetos, como ya lo hice notar en la primera parte, tratando del número 21.

Como resultado de esta indagación, podría presentarse el hecho de haberse conservado en los romances secundarios la medida de versos y estrofas de los romances primarios (1), y que sólo sufrieron modificaciones las maneras de rima que no habían surgido puramente del principio de la poesía popular; y precisamente en este respecto han sido también influidas mayormente por la poesía popular las formas de las canciones populares de otras naciones, y aún más que los romances, que por lo menos no admitieron la rima propiamente alternante, y las estrofas artísticas, que sólo por ella se hacían posibles. Pues los romances total ó parcialmente en estrofas redondillas, quintillas, etc. (2),

gimen gramatical, como v. gr., en el romance de Reinaldos de Montalván; t. II, pág. 45, el último verso de la segunda y el primero de la cuarteta). Hállanse también en una tardía colección como los «Romances varios de diversos autores», Madrid, 1655, algunos romances contemporáneos impresos con una división estrófica muy irregular (como v. gr., páginas 146, 147, 155, 158, 163-166, etc.)

(1) La conformidad de un maestro tal como G. Grimm, me satisface en alto grado. Dice así (*Zur Geschichte des Reims*): «Los citados poemas del siglo ix hacen probable el que también en los idiomas románicos la estrofa de cuatro versos era la forma natural y más antigua de los cantares populares, con las diferencias que hemos notado en el latín: lo cual vale también para los más antiguos romances españoles como lo ha demostrado F. Wolff.»

(2) Así, por ejemplo, el fragmento de un poema romanceado en redondillas con rima alternante, atribuido á Alfonso XI (v. Argote de Molina, «Nobleza de Andalucía», lib. II, cap. 74);—lo mismo los romances que se hallan en el «Cancionero de romances», fol. 237 v.º de Torres Naharro, y fol. 272 v.º, que empieza: «Desamada siempre seas», en redondillas octo-

son meros productos artísticos ó arreglados é interpolados por poetas cultos, los cuales, como se había puesto de moda entre ellos hacer romances, llevaban á éstos ó daban como tales esos y semejantes artificios, como añadidos y apéndices de coplas, villancicos, letrillas, octavas, etc. (1), que no tenían de común con aquéllos mucho más que el nombre. Dentro del espíritu de la poesía popu-

sílabas.—Totalmente, en quintillas están el que hallamos en la misma colección, fol. 293 v.º, que empieza: «Después que por mi ventura;»—el de Rugero del «Romancero general», en Depping, II, pág. 159 (distribuido por éste defectuosamente; bien en la edición de Salvá, II, pág. 316).—En quintillas está, por ejemplo, el discurso del arzobispo en el romance del Conde Claros («Primavera», n.º 190), según el Can. de rom.,—pero que propiamente es una intercalación en vez del pasaje del antiguo romance, que está por separado en el «Canc. de rom., fol. 90 v.º, y en el «Cancionero general» con una glosa de Francisco León, muchos versos de la cual están repetidos en aquellas quintillas. Además, en el «Cancionero de romances» y en la «Floresta» van agregadas á estos romances como apéndice cuatro quintillas (Su tío el conde—Respuesta y fin) que estan también tomados de aquella glosa. Este romance, admirablemente hermoso, fué arreglado de múltiples maneras por los poetas artísticos del siglo xv, pues fuera de aquellas adiciones, Lope de Sosa imitó paródicamente en un romance el discurso del paje (empezando desde el verso: «Mas envidia he de vos conde»), añadiéndole un «villancico por desecha» (en el «Can. de Rom.», fol. 91, y también en el «Canc. general»), y este romance de Soria fué de nuevo glosado por otro trovador, Soria (en el «Canc. gen.»).

(1) Como lo acabo de mostrar en el romance del conde Claros. También Encina tiene un par de romances unidos con villancicos (v. su «Cancionero», fol. LXVII); igualmente están enlazados con villancicos y coplas en el «Canc. de rom.» (fol. 255 y 284), los romances de Nuñez y Villatoro. Con más frecuencia aún hallamos agregadas *letrillas* á los romances de los siglos xvi y xvii, procedentes de poetas artísticos, como pueden probarlo innumerables ejemplos en el «Romancero general», y hasta octavas se unían á ellos, v. gr. en Depping, I, pág. 63, á lo que observa Alcalá Galiano: «No es peculiar de este romance, sino al revés, común á muchos (es decir, de los procedentes de poetas artísticos) el variar de metro, ya sustituyendo consonantes, ya empleando versos de medida más larga que la octosílabo.» Pero á las veces pasan las redondillas á versos cortos, como v. gr. de siete sílabas con rima alternante (v. l. c., p. 314). Es sabido que los poetas artísticos posteriores, después de la introducción del endecasílabo, hicieron romances hasta en este verso, llamándolos «romances heroicos».

lar, sólo sucedió la unión de las estrofas de romance con estribillos ó refranes, lo cual podía ocurrir en romances populares genuinos, pero más líricos (1). Los romances cortos destinados al baile y la representación llevan lo más á menudo, como es natural, letrillas y estribillos, si bien estas antiguas y genuinas formas de cantares del pueblo sólo se diferencian, por lo demás, de los romances más épicos por el metro corto, los *redondillos de arte menor*, de seis sílabas, totalmente nacionales (2).

(1) Alfonso X, como se ha dicho, unió ya sus romances espirituales con *estribillos*. Así, el famoso de: «Paseábase el rey moro», en algunas ediciones de la «Historia de las guerras civiles de Granada», de Hita, lleva el refrán: «¡Ay de mí, Alhama!»—Entre los romances históricos, sin embargo, están provistos de estribillo la mayor parte de las veces tan sólo los posteriores y procedentes de poetas artísticos, como, v. gr., muchas de las posteriores ediciones de la «Silva» y del «Romancero general» que tratan del Cid, de D. Pedro el Cruel, de D. Alvaro de Luna, del rey D. Sebastián, etc. (en Depping, I, pág. 235, 318, 332, 354, 358, 407, etc.). Más frecuentemente, como es natural, en los líricos, de que contiene muchos ejemplos el «Romancero general».—Rengifo (l. c., pág. 40) dice á este propósito: «Los romances ordinarios no llevan repetición que no sea de los mismos versos de cada quarteta. Pero hay otros que repiten un verso tras cada dos redondillas, como este que hemos puesto por exemplo: otros tras cada una, y otros que no repiten versos enteros, sino una palabra con algún affecto. La qual variedad suele nacer de la música.» Comp. los ejemplos de romances que están contruidos en alguna forma divergente de la normal, y que, como es natural, proceden de poetas artísticos, reunidos por Durán en los tres primeros apéndices de su edición.

(1) Sarmiento (loc. cit., pág. 194-195) ha hecho notar ya que los redondillos de seis sílabas no son menos antiguos ni menos populares. Un ejemplo muy notable y antiguo de ello es la *serranica* ó *cántica serrana*, que hallamos en el Arcipreste de Hita (en la edición de Ochoa, pág. 481): «Cerca la Tablada», etc., un fragmento de la cual considera Argote de Molina como un romance de «Domingo Abad de los romances». Toda ella está en redondillos de seis sílabas, entre ellos muchos con ritmo dactílico (ó esdrújulo), de tal manera que, unidos dos, dan ya el prototipo de los *versos de arte mayor*. Tiene una *cabeza* en quarteta monórrima, y consta de quartetas en pareados ó monórrimas con un refrán que rima con la *cabeza*, es decir totalmente á la manera de las *letrillas con estribillo*.—Las demás *serranicas* del Arcipreste de Hita están compuestas en redondillas octosílabas con rima alternante.

FERNANDO WOLF.

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL
SR. D. ANDRÉS BARRALONÉS DEL

NOTAS BIBLIOGRAFICAS

La extradición ante el Derecho internacional, por JOSÉ GASCÓN MARÍN.—
Zaragoza: M. Turmo, 1896. Un vol., 161 páginas.

Precedido de una breve carta laudatoria del Sr. Gil Berges, acaba de publicarse este libro en Zaragoza. Consta de nueve capítulos y cuatro apéndices, componiendo 161 páginas.

Después de unos preliminares destinados á explicar la necesidad de la extradición y á exponer el criterio de las diversas escuelas que se dividen el campo del Derecho internacional penal, estudia el Sr. Gascón Marín el concepto de la extradición, empezando por analizar las definiciones de Pascale, Martens, Fœlix, Billot, Calvo y García Parejo. La extradición es según él, «la institución jurídica y acto de mutua asistencia internacional, por el cual un Estado hace entrega de un individuo perseguido, acusado ó condenado por un delito ó tentativa, ó complicidad de infracciones punibles, cometidas fuera de su territorio, á otro Estado que lo reclama y que es competente para juzgarlo y castigarlo».

Resume luego el Sr. Gascón Marín los precedentes históricos de esta institución, fijándose especialmente en los tratados de fines del siglo XVIII y en los de la presente centuria, é insertando una lista muy completa de los suscritos por España, y de las leyes nacionales vigentes en los Estados Unidos, Inglaterra, Bélgica y el Canadá.

El fundamento de la extradición lo halla el autor, no en el interés de los Estados, ni en los tratados internacionales, ni en la cortesía, ni en motivos de moral internacional, sino en lo que Savigny llama solidaridad jurídica de los Estados. Por virtud de los lazos con que éstos se hallan unos á otros ligados en la sociedad internacional, la extradición constituye un deber jurídico perfecto como medio de cooperar al cumplimiento del Derecho.

En el capítulo quinto se examinan importantes cuestiones, tales como si la reciprocidad debe ó no figurar como condición de la extradición; si es ó no conveniente que exista una ley normal de extradición en cada Estado; qué carácter deben tener los tratados de extradición, etc.

Y los capítulos restantes, siguiendo el plan de Martens, estudian las personas que pueden ser objeto de extradición, los delitos por que puede concederse, el procedimiento para la extradición y sus consecuencias.

El Sr. Gascón Marín, como se ve por este resumen, ha sabido condensar en pocas páginas las ideas más importantes acerca de la extradición. No se encuentra en su libro mucho pensamiento propio, pero sí excelente criterio para aceptar el de los demás, y, sobre todo, el de F. de Martens, que en el último tomo de su *Tratado de Derecho internacional*, expone esta materia con la concisión y la claridad características de sus estudios. Resumiendo su doctrina, criticando la de otros autores respetables, y publicando la lista completa de los tratados de España, el Sr. Gascón Marín ha hecho, en mi sentir, una obra útil, de cuya consulta no deberán prescindir cuantos en nuestro país muestran afición á estas cuestiones.

A. SELA.

La Pathologie sociale, por PABLO LILIENTFELD, vicepresidente del Instituto Internacional de Sociología, con un prefacio de Renato Worms. Un volumen de la *Bibliothèque sociologique internationale*, tiene 335 páginas, su precio 8 francos.—Paris, V. Giard y E. Briere: 1896.

El sociólogo ruso Pablo Lelienfeld es ya conocido por otros trabajos sociológicos de gran interés. Sin embargo, como advierte nuestro ilustre amigo el Sr. Worms en su prólogo, dichos trabajos no han sido tan leídos como se merecen, sin duda porque su autor no ha vivido siempre en los centros científicos de Europa, y porque el más importante de todos ellos, escrito primero en ruso, es de proporciones demasiado grandes para que pueda ser obra de fácil manejo. Consta ésta, titulada: *Pensamientos sobre la ciencia social del porvenir*, de cinco grandes volúmenes (1), entrañando por tanto una lectura que resultará para la generalidad de las gentes, aunque sean *del oficio*, un tanto fatigosa. Pero, á pesar de todo, el nombre de Liliensfeld, es un nombre justamente célebre en sociología, por la originalidad y atrevimiento de su concepción sociológica fundamental.

En efecto, la *idea del organismo social*, esto es, la asimilación de la sociedad humana á un organismo natural, con un sentido y alcance *realista*, directo, no meramente figurado y metafórico tuvo en Liliensfeld quizá el primer teorizador cien-

(1) He aquí el título de cada uno de los cinco libros de la obra del Sr. Liliensfeld: 1.º La sociedad humana como un organismo real. 2.º Leyes sociales. 3.º La psicofísica social. 4.º La fisiología social. 5.º Ensayo de una teología natural. Un resumen en español de esta obra puede verse en el *Boletín de la Institución libre de enseñanza* (Madrid, tomo III, páginas 27 y 37). Está hecho por el Sr. Cossío, bajo el título de *Un libro de sociología contemporánea*.

tífico, verdaderamente reflexivo. Así lo reconocen todos, incluso el mismo Schäffle, que sin llegar á las conclusiones de Liliensfeld, ve en sus doctrinas un antecedente muy directo de las suyas. Realmente, piénsese lo que se quiera acerca del valor científico y filosófico de la tesis del organismo social, como tal tesis, es una de las más definidas y en cierto sentido seguidas, con estas ó aquellas atenuaciones, por los sociólogos más ilustres—Schäffle, Spencer, Fouillée, Worms, etc.—La historia de la sociología no puede, en verdad, prescindir de la doctrina á que dicha tesis he dado margen, y la historia particular de la doctrina será incompleta, si no figura en primera línea la obra de Liliensfeld.

En la *Pathologie sociale*, el Sr. Liliensfeld hace una aplicación especial á ciertos fenómenos—los patológicos—sociales, de la teoría general del organismo social, insistiendo, claro es, en la asimilación del aspecto morboso de los organismos naturales con las perturbaciones agudas ó crónicas por que las sociedades pasan. En rigor, el tema—patología social—con el alcance que dicho tema tiene en el libro de Liliensfeld, se imponía en el desarrollo lógico de su doctrina. Si una sociedad es un cuerpo vivo, al modo que lo es un ser individual cualquiera de los que figuran en la escala zoológica, la sociedad debe tener al lado de una vida normal, de formación y disolución espontáneas, obra del desarrollo gradual y graduado de las fuerzas que en su seno se producen, una vida posible anormal, enferma; la consideración de las enfermedades sociales se imponía, pues, de un modo necesario. Ahora bien; el estudio de estas enfermedades, ó más bien los orígenes y los caracteres de las mismas, es lo que constituye el contenido del libro de Liliensfeld de que hablamos.

Acercas del buen éxito filosófico ó científico del intento de *Patología social* realizado por el sociólogo ruso, habría mucho que decir. Por de pronto, como el ilustre Tarde advierte en el último número (Junio) de la *Revue philosophique*, de M. Ribot, la idea del organismo social ha sido con tal patología sometida

á una prueba de las más decisivas, siendo ya bastante que la teoría no haya resultado después de ella en quiebra completa. Podrá en efecto discutirse la verdad de la equiparación del organismo *fisiológico* y del organismo *social*; podrá también ponerse en pleito si cabe en rigor hablar de enfermedades sociales, tachando de caprichoso y exagerado decir, por ejemplo, que la sociedad musulmana padece una diátesis religiosa; pero con todo eso el intento de Lilienfeld debe estimarse como muy útil, si no por lo que tiene de sistemático, por lo que tiene de atrevido, de original y de sugestivo, sobre todo de *sugestivo*. Hoy que tanto se discute acerca del organismo social, y más particularmente del carácter orgánico del Estado, estudios como el del ilustre vicepresidente del Instituto Internacional de Sociología, son de utilidad indudable.

He aquí ahora en breves términos una ligerísima idea del contenido de la *Patología social*: Comprende tres partes, después de una interesante introducción, donde el autor expone su criterio general y su método preferente. En la primera parte, bajo el epígrafe de principios generales, indica el Sr. Lilienfeld sus ideas sobre la naturaleza de la sociedad humana, que es de todos los *agregados orgánicos* el que manifiesta la conexión y cooperación de fuerzas más variadas y más complicadas, indicando después las causas de las anomalías sociales. En la segunda parte estudia el autor las enfermedades en las diversas esferas sociales—esferas económica, jurídica, política (interesantísima esta última).—En la parte tercera expone nuestro sociólogo una *terapéutica social*: después de los males los remedios; los títulos de los dos primeros capítulos de esta parte, son muy significativos; helos aquí: *el médico y el hombre de Estado: tratamientos*; el último capítulo habla de la ciencia y de la religión. La obra termina con una especie de ojeada sintética, á manera de *conclusión*, en la cual el autor define concretamente su ideal sociológico, y el papel y función propios de la patología social. Sus últimos párrafos son muy interesantes. El Sr. Lilienfeld examina

de pasada las concepciones clásicas y modernas de las utopías sociales. Todas ellas las encuentra el autor defectuosas, bien por referirse á las regiones menos elevadas de la vida social, bien por su carácter limitado. «Toca á la patología social, dice, guiada por el método inductivo, estudiar todos esos sistemas incompletos y defectuosos, y apreciar en qué tanto reflejan las leyes naturales é inmutables que presiden la evolución progresiva de la sociedad humana», siendo deber de la misma patología social, poner de manifiesto las enfermedades de las diferentes comunidades humanas, é indicar el pronóstico de las anomalías que la realización de aquellas utopías debe necesariamente provocar, así como toca á la terapéutica social, después de fijar lo que los defectos y anomalías sociales tienen de curable, señalar los medios de curación y de satisfacción. La aplicación de esos medios es del dominio del arte social ejercido por los hombres de Estado colocados á la cabeza de las colectividades autónomas. «En cambio el sociólogo, colocado por encima de los partidos y libre de las pasiones que agitan á las masas populares, está llamado á juzgar de una manera consciente, cosa que no pueden hacer sino de un modo vago é instintivo los corazones dominados por la pasión y arrastrados á los excesos, mil veces involuntarios, en la lucha inexorable por la existencia.»

A. POSADA.

Il Protezionismo sociale contemporáneo, por G. FIAMINGO: un volúmen, 326 páginas. Roux Frassati y compañía, editores.—Turin, 1896.

Si numerosa es la literatura genuinamente socialista, ó por lo menos simpática al socialismo, también lo es la que de un modo resuelto y sin contemplaciones combate al socialismo en sus fundamentos filosóficos, en sus concepciones políticas, en sus aplicaciones prácticas y por fin, en sus efectos sociales, que se estiman en extremo perniciosos. No hay para qué recordar aquí los libros que siguen una ú otra tendencia; pero si advertiré que pocos días ha todavía se hablaba en estas notas de una obra resueltamente antisocialista; la del barón de Garofalo (*La superstición socialista*), y hoy tenemos que dar cuenta de otro libro, obra de un conciudadano del ilustre criminalista, y que como el de éste está inspirado en el deseo de combatir abiertamente las doctrinas socialistas, defendiendo las tendencias y soluciones radicalmente contrarias. Este libro es el del distinguido sociólogo italiano, escritor fecundo, gran conocedor de los problemas genuinamente *sociales* y uno de los directores de la *Revista de sociología*, Sr. Fiamingo.

Si comparásemos la obra del Sr. Fiamingo—*El Proteccionismo social*—con *La superstición socialista*, hay entre ambos libros algunas diferencias que en definitiva pueden interpretarse en favor del primero. Ambos libros están escritos con cierto apasionamiento, pero el del Sr. Fiamingo tiene la ventaja de no circunscribirse á rebatir un socialismo: el revolucionario, sino que recoge por entero todas las manifestaciones del socialismo, en el sentido que según él tiene esta palabra, es á saber, como doctrina del *proteccionismo social por obra de la coacción ejercida por el Estado*. Es decir, que, aun cuando

del título pudiera inferirse otra cosa—proteccionismo social dice, sin más,—en el fondo, el Sr. Fiamingo no estudia más que el proteccionismo que se traduce en una manifestación coactiva del poder público, metido á *distribuidor* de bienes, y contra la justicia, la eficacia y la bondad moral de semejante proteccionismo, es contra lo que diserta, largo y tendido y con una erudición verdaderamente rica y escogida, que revela en el autor vastos conocimientos de las fuentes más indicadas de información.

He aquí cómo se desenvuelve el razonamiento fundamental, núcleo del libro. El socialismo tiene como nota común el supuesto de una igualdad esencial de los hombres; por ahí proviene de Rousseau y por ahí se orienta hacia la utopía que implica su propósito último: á saber, la distribución equitativa de los medios de goce. «Todo el edificio de los socialistas, dice, descansa sobre su concepto de la igualdad. Ahora bien; el concepto de igualdad... es tan poco verdadero y natural que, para verlo triunfar, deben recurrir á una personalidad especial: el Estado; el Estado es quien impone la igualdad y el bienestar de los individuos. Para esto se suprime la concurrencia social, pudiendo así definirse el socialismo como un expediente cuyo fin es sustraer al individuo á las dificultades y á los rigores de la lucha por la existencia, gracias á la intervención del Estado». Dado esto, para el Sr. Fiamingo, toda intervención del Estado en el arreglo ó distribución de la vida económica, toda manifestación de la acción coactiva del poder por medio del impuesto para obtener de quien los tiene en demasía, medios que por difusión política deben ir á menos de quienes carecen de todo medio, es práctica del socialismo, lo que implica práctica anulación de la función de la justicia.

Según el Sr. Fiamingo la pretensión del socialismo; reparto equitativo de los bienes entre todos, entraña una imposibilidad práctica. *No hay para todos*. Para demostrarlo, acude á las estadísticas, de las cuales resulta que, por ejemplo, ciertos productos necesarios no se obtienen en cantidad

suficiente para que cada individuo obtenga lo indispensable. La doctrina es *pesimista* en el fondo: los pobres tienen un fundamento irremediable, así que todo cuanto haga el Estado para extirpar el proletariado será por lo menos inútil; por tanto, el Estado debe abstenerse y dejar á la evolución y manifestación libres de la fuerzas humanas que den con el paliativo posible.

La tesis—que tan escuetamente queda indicada—es, como se ve, de las discutidas y discutibles. Seguramente que hay bienes que no existen en la proporción debida para que nadie carezca de ellos; pero también lo es que los que hay no están bien y equitativamente distribuidos; ahora bien; porque la injusticia no pueda estirparse en absoluto, ¿no ha de atenuarse en cuanto sea dable? ¿No consiste el progreso en parte, en la difusión del bienestar social por el mayor número posible de seres humanos? Y ante el espectáculo que la injusticia de la distribución de los bienes ofrece ¿debe el Estado—el órgano del derecho—permanecer indiferente?

Realmente si la intervención del Estado, para la afirmación de la justicia humana, se tradujese sólo en el ejercicio de la función coactiva por medio de la ley y como facultad de los gobiernos, no estamos muy lejos de inclinarnos á la opinión del Sr. Fiamingo, que es en definitiva la de Spencer y la del individualismo liberal. Del poder coactivo de los gobernantes, sobre todo cuando éstos son quienes suelen ser, gentes de oficio sin grandes ideales y no muy exquisita moralidad, poco debe esperarse. Pero la acción *del Estado* puede tener otro alcance; puede tener el alcance de una acción indirecta modificadora del desequilibrio económico, que implica la existencia de gentes desposeídas en absoluto, de desheredados que no les queda más recurso que la desesperación, y puede además tener el alcance de una acción directa manifiesta en el influjo de la opinión pública que, ya sea obrando sobre todos por el influjo del mejoramiento moral de las gentes, ya condensándose en soluciones legislativas reclamadas imperiosamente, im-

pone la necesidad de una mayor difusión de los elementos de goce. En rigor, cuando se reduce el socialismo á la fórmula de una intervención circunstancial del gobierno por medio del impuesto, para obtener de los ricos medios que han de pasar en forma de pensiones á los obreros inútiles, de seguros contra la vejez, etc., etc., á manos del proletariado, se empequeñece el movimiento que implica, y se lanza de él á una porción de gentes que no simpatizan con la *Estatolatría*. Pero no debe olvidarse que hay una fórmula más amplia de proteccionismo social, en la cual caben todas las tendencias regeneradoras de la humanidad aún no redimida, y que entraña en definitiva el deseo santísimo de que haya para todo ser humano un minimum de condiciones para la vida moral, económica, política, jurídica, como consecuencia práctica del reconocimiento del principio, según el cual el hombre es fin en sí mismo...

Pero observo que me salgo de los límites en que estas notas deben encerrarse, y que ya no tengo espacio para decir más del hermoso libro del Sr. Fiamingo. Hago punto, pues, y termino felicitando al simpático sociólogo italiano por su obra utilísima y plausible.

ADOLFO POSADA.

OBRAS NUEVAS

- Abril y Ochoa (J.)—La teoría del equilibrio político. En 8.º, 88 páginas: 1 peseta.
- Acosta de Samper (S.)—Consejos á las mujeres. Consejos á las señoritas, seguidos de los consejos á las madres, y cartas á una recién casada. En 8.º, 175 páginas. En tela: 2,50 pesetas.
- Agulló y Prats (B.)—Sistemas hipotecarios. En 8.º mayor, 35 páginas: 0,50 pesetas.
- Antón del Olmet (F. de)—Fantasías. En 12.º, 31 páginas.
- Arenal (C.)—Obras completas. Tomo XI. La instrucción del pueblo. En 8.º, 370 páginas: 3 pesetas.
- Balaguer (V.)—Coriolanus; tragedi fran katalanskan af Doctor Göran Bjorkman. Stockholm. Samson et Wallin. S. a. (1896.) En 8.º, 24 páginas y un retrato.
- Baró (T.)—Cuentos del Ampurdán. En 4.º, 64 páginas: 0,75 pesetas.
- Beligerantes y neutrales; rebeldes y amigos. Estudio de derecho internacional público. En 8.º mayor, 42 páginas: 1 peseta.
- Berra (F. A.)—Resumen de las leyes naturales de la enseñanza. En 8.º mayor, 336 páginas: 10 pesetas.
- Biografías, artículos y datos espiritistas. En 8.º menor, 224 páginas: 1,50 pesetas.
- Boletín oficial del magisterio filipino. En 4.º mayor, 100 páginas y una lámina.
- Bretón (T.) y Morphy (C. de).—Discursos leídos ante la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando. En 4.º mayor, 71 páginas: 2 pesetas.—Temas: Barbieri.—La ópera nacional.
- Bueno (M.)—Viviendo: cuentos é historias. En 8.º menor, xvi-205 páginas: 2 pesetas.
- Calendario-Agenda para 1896 y Guía de la Ciudad de Alcoy. En 8.º, 78 páginas y un plano: 0,30 pesetas.
- Calvo y Madroño (J.)—Instituciones de derecho romano. En 8.º, 364 páginas: 5,50 pesetas.
- Canalejo y Soler (J.)—La fotografía ascética, por medio de los rayos Röntgen. En 8.º, 93 páginas: 1,50 pesetas.
- Catálogo de la 5.ª exposición biennial del Circulo de Bellas Artes: Mayo 1896. En 8.º, 62 páginas: 0,75 pesetas.
- Cobles que en llahor del Beato Salvador de Horta, honor de Catalunya, cantava la poble catalá en vida de aquell varó sant. Precio en pergamino, 5 pesetas; en papel de hilo, 0,50.
- Colección de disposiciones vigentes sobre 2.ª enseñanza. En 12.º, 87 páginas: 0,50 pesetas.
- Concas y Palau (V. M.)—El combate naval del Papudo el 26 de Noviembre de 1865. En 4.º, 103 páginas y un mapa: 5 pesetas.
- Díaz Rodríguez (M.)—Sensaciones de viaje. En 8.º mayor, 179 páginas: 4 pesetas.
- Escobar y Barberán (M.)—Guía de

- jurado. En 12.º, 62 páginas: 0,50 pesetas.
- Foye (R.)—Contrabando y defraudación; faltas y delitos en materia de aduanas. En 4.º, 406 páginas: 8 pesetas.
- Framarino dei Malatesta (N.)—Lógica de las pruebas en materia criminal. En 4.º, 2 tomos, 392 y 430 páginas: 15 pesetas.—Biblioteca de Jurisprudencia, Filosofía é Historia.
- Garofalo (B. R.)—La superstición socialista. Traducción española, por el Dr. Luis Marco. En 4.º, 248 páginas: 5 pesetas.—Biblioteca de Jurisprudencia, Filosofía é Historia.
- González y Francés (M.)—Góngora, racionero. Noticias auténticas de hechos eclesiásticos del gran poeta, sacadas de libros y expedientes capitulares. En 8.º, 83 páginas.
- González Sugrañes (M.)—La república en Barcelona. Apuntes para una crónica. En 4.º, 523 páginas: 5 pesetas.
- Guillén de la Torre (M. M.)—Breve compendio de historia de la Iglesia católica. En 8.º, 260 páginas. Encartonado: 1 peseta.
- Hernández Villaescusa (M.)—Oro oculto; novela. En 8.º prolongado, 207 páginas: 2 pesetas.
- Herráiz (G.)—Tratado de antropología y pedagogía. En 8.º mayor, 564 páginas: 7 pesetas.
- Hinojosa (R. de)—Los despachos de la diplomacia pontificia en España. Tomo I. En 4.º, LVIII-425 páginas: 10 pesetas.
- Irigoyen (Dr.)—Límites con Chile. Artículos publicados en la prensa de la Capital y recopilados por Arturo B. Carranza. (El tratado.—La convención.—El protocolo.) En 8.º, 80 páginas.
- Jorroto Paniagua (M.)—Guía paraciana: Cuaderno cuarto. En 4.º, 40 páginas: 2 pesetas.
- Juste (P.)—Literatura española. En 8.º, Tomo I, 176 páginas: 5 pesetas.
- Kabezón (K.)—Neógrafos contemporáneos. En 4.º, 21 páginas.
- Labaila (J.)—Novelas íntimas. Dos Tomos. En 12.º, 181 y 189 páginas: 0,50 pesetas.
- Labra (R. M. de)—La reforma colonial en las Antillas. En 8.º, xv-204 páginas: 2 pesetas.
- Lampérez Romea (V.)—Apuntes para un estudio sobre las Catedrales españolas. Conferencia leída por su autor en el Ateneo de Madrid el día 17 de Marzo de 1896. En 8.º, 62 páginas: 1,50 pesetas.
- La oficina de farmacia española según Dorvault. Décimo sexto suplemento de la segunda serie. En 4.º mayor, 244 páginas á dos columnas: 5,50 pesetas.
- Larrubiera (A.)—Historias madrileñas. En 12.º, 187 páginas: 0,50 pesetas.
- López del Arco (A. R.)—Sor María de las Nieves (novela). En 8.º, 204 páginas: 1 peseta.
- López Campello (J. M.)—La revolución. En 4.º, 14 páginas, 0,25 pesetas.
- Magnaso (O.)—La cuestión de límites. El alegato chileno (refutación.) En 8.º, 55 páginas.
- Mella (R.)—Lombroso y los anarquistas. En 8.º, 123 páginas: 1 peseta.
- Ministerio de Fomento. Dirección general de Agricultura, industria y comercio. Montes. Estadística de las siembras y plantaciones. En 8.º mayor, VIII-239 páginas.
- Moneva y Puyol (J.)—Derecho obrero. En 4.º, 384-xxi páginas: 4 pesetas.
- Moraleda y Estevan (J.)—Mis viajes. Primera parte. España y Mediodía de Francia. En 12.º, 96 páginas: 1 peseta.
- Moreno Torrado (L.)—En busca de la igualdad, poema. En 4.º, 79 páginas: 1 peseta.
- Murviedro (J. J. de)—Bosquejo de un plan de campaña en la isla de Cuba. En 8.º, VII-118 páginas: 1 peseta.
- Oliver y Esteller (B.)—Derecho inmobiliario español. Exposición fundamental y sistemática de la Ley Hipotecaria vigente. Cua-

- dero 5.º, fin del Tomo I. (Páginas 641 á 935). En 4.º El tomo primero completo: 18 pesetas.
- Orti y Lara (J. M.)—El error del partido integrista. Opúsculo. En 4.º, 78 páginas: 1 peseta.
- Ossorio y Bernard (M.)—Cuentos ejemplares. En 4.º, 36 páginas con grabados: 0,30 pesetas.
- Idem.—Epigramas infantiles. En 4.º, 38 páginas con grabados: 0,30 pesetas.
- Pardo Bazán (E.)—Obras completas. Tomo XIV. Adán y Eva (Ciclo), Memorias de un solterón. En 8.º mayor, 269 páginas: 3,50 pesetas.
- Paz (A. de)—Mar de batalla; prosa y verso. En 4.º, 320 páginas: 3 peseta.
- Pereda (J. M. de)—Obras completas. Tomo XVI. Al primer vuelo. En 8.º, 489 páginas: 4 pesetas.
- Pérez Nieva (A.)—Los dos regalos. En 4.º, 31 páginas: 0,30 pesetas.
- Pflüger (J.)—Tratado de estadística gráfica al alcance de todos. En 4.º, vi-135 páginas y 15 láminas: 20 pesetas.
- Prefacio á unos apuntes sobre el Euskara. Publicado por El Basco. En 12.º, 32 páginas: 0,05 pesetas.
- Prieto Losada (C.) y Rodríguez Espina (F.)—Algo sobre el desfalco en el ayuntamiento de Zamora. En 8.º, 38 páginas: 1 peseta.
- Repullés y Vargas (E. M.) y Alvarez Capra (L.)—Discursos leídos ante la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando. En 4.º, 69 páginas.—Tema: La casa-habitación moderna desde el punto de vista artístico.
- Riva (E. de la)—1.º de Mayo. El trabajo y el capital. (La verdad en su punto.) En 8.º, 21 páginas: 1 peseta.
- Rosseli (A.)—Desahogo. En 8.º menor, 28 páginas: 1 peseta.
- Sendra (J. B.)—Guía eclesiástica de España para el año 1896. En 4.º, 352 páginas á dos columnas, con retratos y grabados: 10 pesetas.
- Torre (E. de la).—Mapa de ferrocarriles á cuatro colores con índice alfabético de estaciones. En 8.º, 24 páginas de índice: 1 peseta.
- Vergara de Prado (A.)—Para todos los gustos. En 8.º, 204 páginas: 2 pesetas.
- Vesteiro Torres (T.)—Poesías. En 8.º, 172 páginas: 3 pesetas.
- Villaamil (F.) y Castellote (J.)—Informe acerca de las causas probables de la pérdida del Crucero «Reina Regente». En folio, 31 páginas.
- Zubiria (J. M. de.)—Compendio bilingüe de gramática inglesa. En 8.º, 80 páginas: 2,50 pesetas.

INDICE

	<u>Págs.</u>
<i>La regeneración del teatro español</i> , por Miguel de Unamuno...	5
<i>Recuerdos</i> , por José Echegaray.....	37
<i>Aventuras y desventuras de un soldado viejo, natural de Borja</i> , por un Soldado viejo.....	51
<i>El progreso científico en Méjico</i> , por Rafael Delorme Salto.....	79
<i>La Prensa internacional</i> , por el Licenciado Pero Pérez.....	97
<i>Crónica literaria</i> , por E. Gómez de Baquero.....	119
<i>Crónica internacional</i> , por Emilio Castelar.....	159
<i>Sobre la poesía de los romances de los españoles</i> , por Fernando Wolf, con notas de M. Menéndez y Pelayo.....	182
<i>Notas bibliográficas</i> , por A. Sela y A. Posada.....	196
<i>Obras nuevas</i>	206